

Cosmópolis

MESEGA MURCIA



Ayuntamiento de Madrid

Madrid, Mayo 1930

Precio: 1 pta

FABRICA NACIONAL DE ORFEBRERIA RELIGIOSA
CUBIERTOS Y ORFEBRERIA GENERAL DE MESA

PLAZA DE CANALEJAS N.º 4
APARTADO DE CORREOS 186 MADRID

PLATA MENEZ

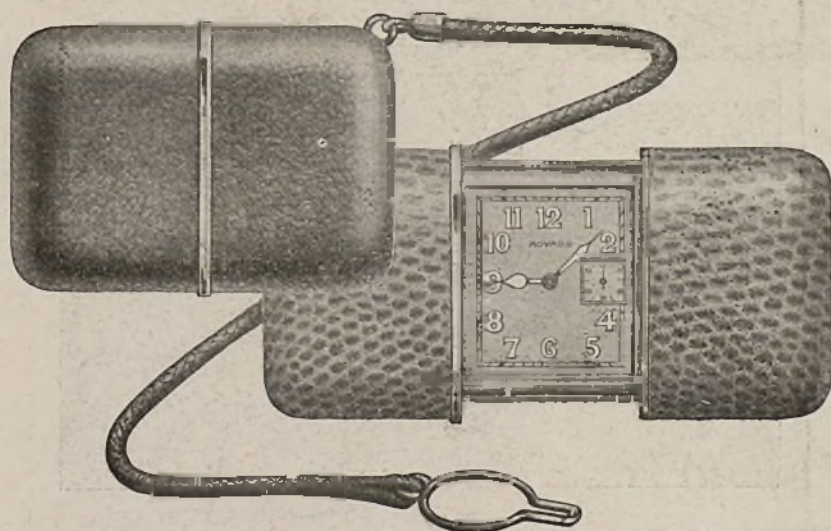
BARCELONA FERNANDO VII 19
SEVILLA SIERPES 8
BILBAO BIDARRIETA 12 Y VALENCIA PAZ 5

CASAS EN



COMERCIO DE PLATA

FABRICA CALLES DE RAMON DE LA CRUZ Y HUNEZ
DE BALBOA : CASA FUNDADA EN 1840



ermeto MASTER



ermeto NORMAL



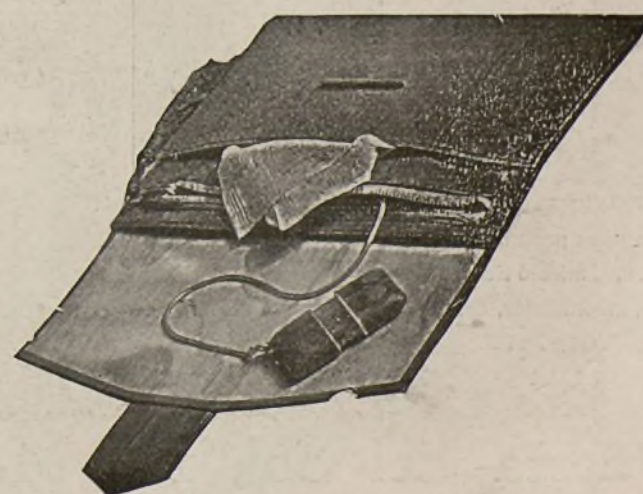
ermeto BABY

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
JOYERIAS Y ESTABLECIMIENTOS
ESPECIALIZADOS EN RELOJES
FINOS

AGENCIA GENERAL:
HERMÉTICA, S. A.
Galería del Comercio, 55
LAUSANA (SUIZA)

ermeto
MOVADO

EL MOVIMIENTO DEL RELOJ *ermeto*,
DE UNA PRECISION PERFECTA, AL
ABRIGO DE LOS CHOQUES, DEL POLVO
Y DE LA HUMEDAD; ES EL RELOJ IDEAL
DEL HOMBRE Y DE LA MUJER DEL SI-
GLO XX. DEPORTIVO, ELEGANTE Y
PRACTICO.



Le
in
te
re
sa
conocer
todos



Delicioso libro de viajes
de FELIPE SASSONE



Apasionante novela de
CONCHA ESPINA



Cuentos admirables
de JOSE FRANCES



Biografía novelada
del escultor Manuel
Hugué, por JOSE
PLA



Un libro sobre la ac-
tualidad, por LUIS JI-
MENEZ DE ASUA

estos
libros



Ensayos profundos,
pero, al mismo tiem-
po, amenísimos, del
DOCTOR PITTA-
LUGA



Intrigante novela de
aventuras de ED-
GARD WALLACE

C.
I.
A.
P.
Li
brería
Fer
nando
Fe,

Puerta del Sol, 15.-Madrid

LA REINA DE LOS BAÑOS TERMALES

VICHY Abril, Octubre

A CINCO HORAS DE PARIS

Contra las enfermedades del hígado, estómago, gola,
diabetes y arterioesclerosis.

Sanatorio termal el mejor instalado del mundo

Casino, teatros, conciertos.

200 hoteles de todas las categorías.



SPORTING CLUB DE VICHY
(ABIERTO TODO EL AÑO)

Golf, tennis, esgrima, tiro de pichón, carreras de ca-
ballos. Gran parque a las orillas del Allier. Excursiones
pintorescas. Muchos hoteles con comida de régimen.

Revista mensual ilustrada

Cosmópolis

AÑO 4 MAYO 1930 NUM. 29

Fundador y Director: Enrique Meneses

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Príncipe de Vergara, 42 y 44

Teléfono 53742.—Apartado 31.—Dirección telegráfica y telefónica: «Cosmópolis»

DELEGACION EN MADRID:
Puerta del Sol, 15, Librería Fernando Fe;
Plaza del Callao, 1, Librería Renacimiento

En Barcelona: Ronda de la Universidad, 1, Librería Barcelona.—En Sevilla: Camo-pana (junto a Sierpes), Librería Fe.—En Cartagena: Isaac Peral, 14, Librería Fe.—En Buenos Aires: Florida, 251

PRECIOS DE SUSCRIPCION:
España, Portugal y América: Un año, 12 pesetas; un semestre, 7 pesetas.—Francia y Alemania: Un año, 20 pesetas; un semestre, 11 pesetas.—Demás países: Un año, 30 pesetas; un semestre, 17 pesetas.



*La bellísima «estrella» de la pantalla
Joyce Compton, en una de sus más
afortunadas «poses»*

AUTREY FX 10



LA CAZA

El placer de los dioses
y el deporte de los grandes señores

E

l hombre tiende, por inteligencia, a la ociosidad; y la ociosidad requiere, para no ahogar el placer que en sí lleva con sus propias manos, el auxilio de la distracción, la ayuda del placer.

La caza fué el placer de los dioses. Y la distracción de los grandes señores. Los primeros llenaron con ella su magnífica ociosidad. Los grandes señores buscan—hallan—en el ejercicio de la caza la distracción que puede resarcirles de más graves y enfadosas obligaciones cotidianas.

Deporte viril, propio de espíritus arriesgados, remeda en sus incidencias las empresas guerreras de otros tiempos; es acicate y satisfacción para el animoso y audaz que aplaca noblemente en ella su levantada sed de más peligrosas hazañas; placer, y regocijo, y enseñanza. La lista de sus enamorados la integran los reyes más famosos y los hombres más ardidos.

La historia del mundo podría decirse que la llenan los hechos de armas y las partidas de caza.

Tan elevado concepto tuvo Grecia del arte de la caza, que a todos sus dioses los hizo grandes cazadores.

Cuando Marte, celoso de Adonis, urde su venganza para mejor herirle se transforma en jabalí y lo destroza con sus garras prestadas.

Acteón, todo vanidad olímpica, se proclama cazador más astuto y valiente que Diana y esta suprema ofensa la castiga la diosa gentil por excelencia, eternamente armada con un arco y seguida de perros, haciendo que éstos, azuzados por ella, despedacen al insolente.

En la caza, el hombre pone su voluntad y su corazón, su vanidad y su amor propio, su acometividad y su inteligencia.

Por eso es el placer de los dioses y el deporte de los grandes señores.

Primitivamente, la caza fué una ocupación utilitaria.

Los marqueses del Mérito, con los duques de Algeciras, el de Fernán-Núñez y el conde de Elda, en el Sudán



Des mundos antagónicos. La gracia delicada de la marquesa del Mérito, cuya feminidad parece separarla por incontables centurias de las dos bellas sudanesas contemporáneas que la acompañan

Tras la culminación, la decadencia.
La invención de los perdigones, a fines

Los primeros pobladores del planeta iniciaron su diferenciación dividiéndose según su temperamento batallador o ardido, o por las condiciones del suelo, en cazadores arriesgados y pastores pacíficos. En tales tiempos la caza distaba mucho de ser un placer, quedando en dura necesidad ineludible. Sus características son entonces la habilidad y el engaño, únicas armas que podían ayudar al triunfo del más débil. La escasa eficacia y corto alcance del arco y la ballesta, hizo imprescindible la trampa. Cuando es el propio sustento el que depende del éxito de una empresa, surgen siempre, justificándose, toda clase de marrullerías. Es necesario que cambien las condiciones de la existencia humana; que la vida empiece a ser más fácil o simplemente menos dura, para que la caza comience a ser un placer.

No basta a lograrlo que el laboreo de la tierra haga rendir al surco frutos bastantes para mantener al hombre, y que el producto de la caza pase a ser casi un barbarismo valorizado por los riesgos a que obliga.

Es necesario, en Europa, que se desmorone el formidable imperio romano, y que su caída, al diseminar en infinitas manos los atomizados restos de su poder, haga posible el feudalismo, con cuyo régimen asoma por primera vez la ociosidad, para que la caza llegue a convertirse en una distracción con que los señores tratan de llenar el vacío que en su existencia dinámica dejan las treguas forzadas entre una y otra empresa bélica.

Convertida en vehículo de placer, la caza se ennoblece.

El señor feudal, orgulloso de su fuerza, desplaza los engaños y admite la ayuda del caballo y de las aves de rapina, costosamente amestradas, con las cuales nace la montería, casi épica, y la cetrería, todo un arte.

Es la época gloriosa del deporte.

GRAN MUNDO

del siglo XVI, haciendo posible la aplicación de la pólvora, hasta entonces únicamente guerrera, al arte de la caza, dióle a la cetrería un golpe que había de acabar con ella.

Sin embargo, la virilidad y nobleza del deporte consiguen salvar el peligro de vulgaridad que significaba para él la democratización de las armas de fuego. Los más cultivados espíritus no renuncian al placer de la caza, hecho de riesgos, y abandonando las piezas menores, fácilmente asequibles, a los intrusos van retirándose en busca de empresas de mayor empeño.

Las antiguas partidas de caza se convierten en largas excursiones. Europa envía la noble ennoblecida de su mejor aristocracia a los más apartados continentes. La carabina moderna irrumpe en la selva sagrada. Saltan, en una cabriola trágica, los fieros leones y los tigres astutos y rápidos; caen pesadamente los pausados elefantes, tan cercanos al reino vegetal, como árboles añosos que hubieran entrecruzado sus troncos adquiriendo una insospechada vida, toscos ídolos de quiméricas tribus; ruedan los búfalos endurecidos; los hipopótamos hidrópicos; el vivo pedernal de los cocodrilos; los osos arropados, como frutos de peluda corteza, que parece que habrían de ser tan pequeños, dentro de su crespada envoltura.



La caravana, con sus servidores, dispuesta a comenzar una de sus interesantes jornadas

Enfrentarse con tales enemigos ha de ser siempre un sabroso placer para aquellos cuyo espíritu, libre y desembarazado, puede volar y expandirse en busca de tales emociones.

Y es bueno que ello sea.

La caza temple el corazón y adiestra el ánimo. Enseña a ser precavido y prudente, a la vez que valeroso y decidido.

Es buena escuela de hombres fuertes y nobles.

* *

—Casi exhausta de caza mayor Europa, poco conocida o demasiado lejanos otros continentes, África se ofrece hoy a los cazadores con la tentación de la variedad y abundancia de su fauna, capaz a satisfacer las exigencias de la escopeta más ambiciosa.

Es el conde de Elda quien habla. El joven aristócrata, en unión de su hermano, el duque de Fernán Núñez, el duque y la duquesa de Algeciras y los marqueses del Mérito, a cuya partida hubieron de unirse el capitán G. Wood y el conde F. Khewehuciller, acaba de realizar la más interesante excursión cinegética.

Fino, nervioso, todo fibra, en la sobriedad entonada y severa de su despacho del viejo palacio de Cervellón, D. José Falcó y Álvarez de Toledo, a tiempo que despliega ante nosotros la inmovilizada maravilla de infinitas fotografías, en las que la máquina ha recogido los momentos más típicos e interesantes de la cacería realizada, las va poniendo el comentarista, todo revelación, de sus detalles más interesantes.

—La excursión, sugerida por el marqués del Mérito, cazador insatiable, ha sido por el Sudán para el que partimos en 1.º de enero desde Marsella, tocando en El Cairo, Luxor, etc., hasta Kartum, en cuyo punto puede decirse que comienza la cacería, a últimos de febrero.

Esta se ha desarrollado siguiendo el curso del Nilo Blanco, desde Kartum hasta Mongalla, pasando por Bahari, Zeraf a la ida y remontando a la vuelta el Bahari-Gayal, hasta cerca del lago Amadi, embarcados en una *dahabiah*, buque de escasísimo calado, que le permite el acceso a los lugares en que el Nilo tiene menos profundidad y dotado de todo el confort que pueda encontrarse en el hotel más moderno y cuidadosamente montado. El recorrido efectuado puede



El duque de Algeciras con el notable ejemplar de Nilo Lechuwe (Mrs Gray) cobrado por él



La duquesa de Algeciras, y el conde de Elda, después de derribar el único león logrado durante la cacería



El conde de Elda con uno de las más importantes «víctimas» de su carabina.

calcularse en unos 3.650 kilómetros, aproximadamente.

—La caravana, claro es—aventuramos—, abandonaría el barco de vez en cuando para internarse tierra adentro, en busca de la caza.

Pero el conde de Elda nos ataja, rápido:

—No; no es necesario. El método seguido, el más práctico y a la vez el más cómodo, es seguir embarcado el curso del río. La época elegida, única en que la caza es posible, fué la llamada seca, que comprende los meses de octubre a mayo. En contraste con la época de lluvias, en estos meses el sol abrasador—70 grados centígrados al mediodía—quema la tierra; los arroyos se secan; las charcas desaparecen, y la caza, sedienta, tiene que buscar las márgenes del río, única faja de terreno que conserva alguna humedad, yendo a beber en sus aguas.

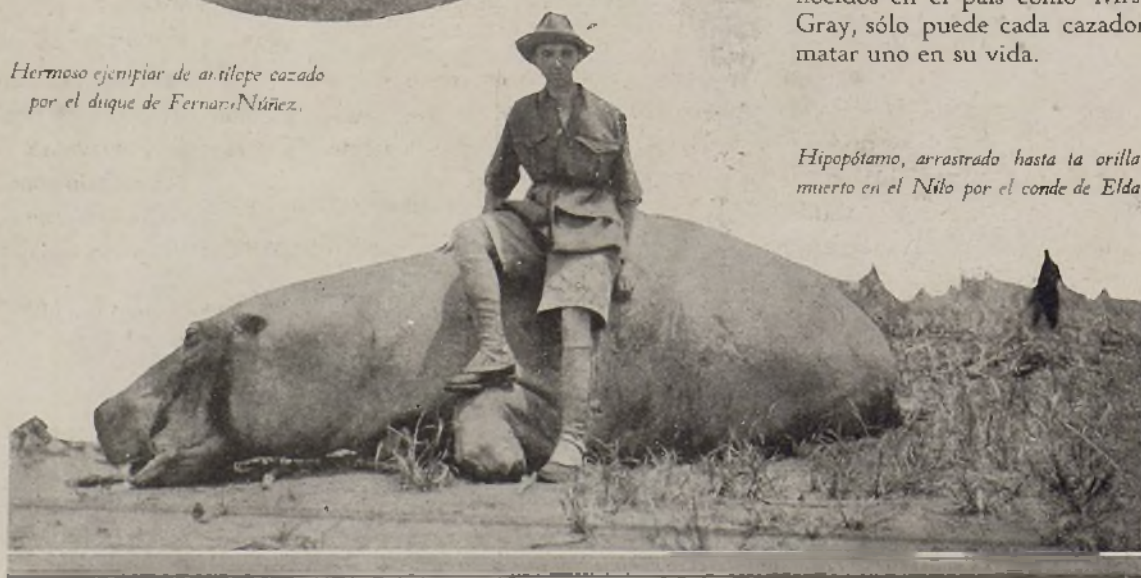
Gracias a ello, sin abandonar el buque pueden distinguirse los rebaños a lo lejos, y entonces es cuando se desembarca, procurando al hacerlo marchar en contra del viento y dando el oportuno rodeo para que los animales no huyan antes de que queden en el radio de acción de las modernas carabinas.

Terminada la jornada, se vuelve a la embarcación, a la civilización, como si dijéramos, pudiendo así gozar del contraste: la vida selvática, primitiva, llena de incomodidades y peligros, en que todo es enemigo del hombre, y la ultracivilizada, en que cualquier esfuerzo se simplifica, adaptándose amablemente a las necesidades más nimias.

Por esto, sin duda, y pese a los



Hermoso ejemplar de antílope cazado por el duque de Fernán Núñez.



Hipopótamo, arrastrado hasta la orilla, muerto en el Nílo por el conde de Elda.

GRAN MUNDO

bruscos cambios de temperatura, que hacen descender el termómetro de los 70 grados que acusa al sol a sólo unos 20 que marca por las noches, la excursión ha sido completamente feliz, sin que la caravana haya tenido que lamentar la menor enfermedad en ninguno de sus componentes. Y eso que la malaria suele hacer serios estragos en esta época.

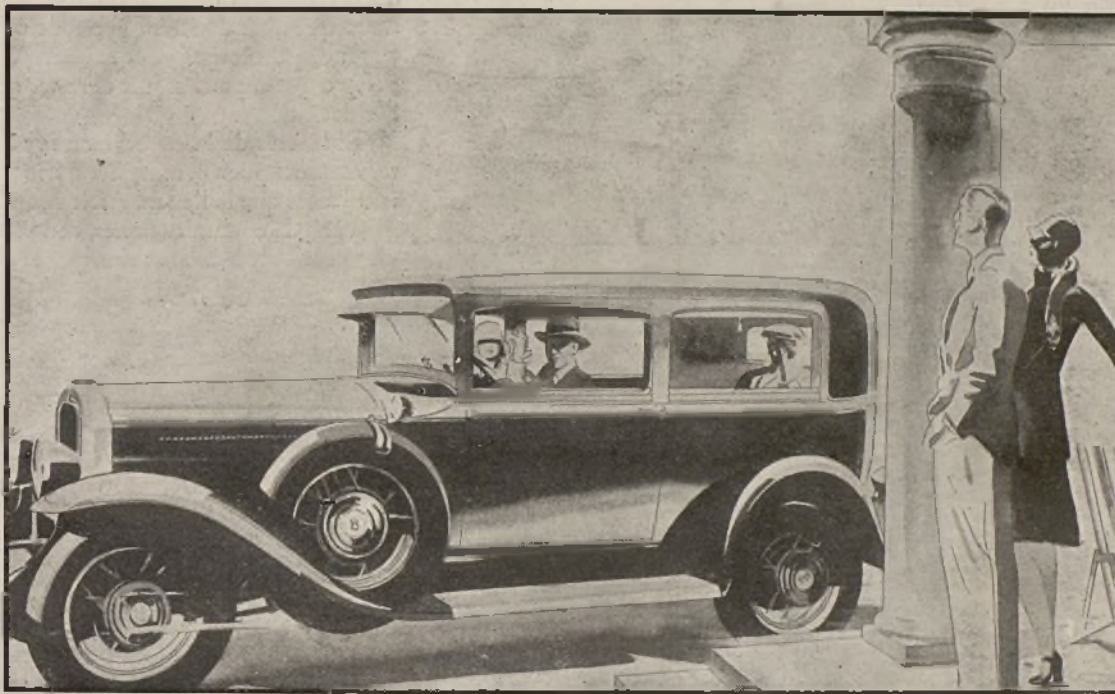
—¿La caza?

—Verdaderamente abundante. Habremos visto unos 2.000 elefantes y más de 600 búfalos. La única contrariedad, que pone un freno a las más entusiastas escopetas, es que no le es dable a un cazador derribar a su antojo cuantas piezas se pongan a su alcance. El Gobierno del Sudán, bajo cuyos auspicios se organizan todas las excursiones de esta índole, aunque brinda a los cazadores todo género de facilidades, les impone ciertas restricciones, a las que hay que someterse, pues de otro modo, sobre incurrir en penalidad, difícilmente evitable, ya que los servidores imprescindibles son gentes del país, aleccionadas de modo conveniente, acabaría por desaparecer la caza, víctima del ardor de los tiradores, y esto sería, en verdad, lamentable para todos.

Así, cada cazador sólo puede derribar durante sus excursiones dos elefantes, dos búfalos y un hipopótamo en el mismo año. En cuanto a los rarísimos antílopes, llamados *Nitr Lechive*, vulgarmente conocidos en el país como Mrs. Gray, sólo puede cada cazador matar uno en su vida.



Disfrute de su tiempo libre haciendo excursiones e invitando a sus amigos



En el concesionario más cercano vea los diferentes modelos y observe todos los detalles de su carrocería. Entérese también de las facilidades de pago que da la General Motors (Acceptance Division)

DE un lado el mar batiendo los flancos de la carretera, del otro las praderas escalonadas en las montañas o los bosques que se aclaran hacia la cumbre. Y delante la línea gris de la ruta que le marca el camino. Viajando cómodamente sentado en los almohadones del Buick podrá usted disfrutar de la belleza del paisaje y ofrecer a sus amigos una excursión agradable.

Como en un salón, podrá usted sostener la conversación sin ser molestado por el más mínimo ruido. Por su puesta a punto el magnífico motor Buick —de fama mundial— funciona en completo silencio. Aunque se vaya haciendo tarde llegará usted a tiempo,

acelere un poco más y verá que aun tomando las curvas, sea cual sea el estado de las carreteras, su suspensión de ballestas semielípticas y la potencia de su motor le permiten sostener una media muy elevada. Si lo necesita lance usted el coche a 120 con plena seguridad. Verá cómo su motor responde admirablemente y su construcción esmeradísima y sólida resiste sin dificultad

Sus frenos de expansión interna le aseguran el dominio del coche en cualquier momento, operando con rapidez y suavidad.

Pruébelo conduciéndolo en una excursión y verá lo que significan los estudios y pruebas de General Motors durante 26 años.

CONCESIONARIOS
EN TODAS PARTES

Concesionario exclusivo para Madrid, Auto Madrid, S. A., San Agustín, 2

BUICK

Fabricado por General Motors



Cocodrilo
cazado
por
el
marqués
del
Mérito

GRAN MUNDO

El resto de la caza es ya libre, y la buena suerte, ayudada por la habilidad y destreza de cada cual, es la que decide.

Gracias a ello, el resultado de nuestra excursión es altamente satisfactorio. He aquí la relación de las piezas cobradas:

Un león, ocho elefantes, siete búfalos, dos hipopótamos, cuatro antílopes Mrs. Gray, diez Tiangs, quince Wiltearedcob, diez Reed Buck, dos Bush buch, quince Water buck, tres Wart hoz, tres Roan, cuatro Hartebesk, ocho gacelas Mongalla y cinco Rufifrous, cuatro cebras, un gato montés, quince cocodrilos, un Lesser bustard y tres monitores. En total, 121 piezas.

Desde luego, los felinos son lo que menos abunda. La leona que tuve la suerte de cobrar yo, por un afortunado azar, fué el único que vimos. Un leopardo tan sólo que distinguimos, acerté a herirlo; pero no tan decisivamente que le impidiese la huida; se internó por la espesura, y hubo que abandonar su persecución, dadas las especiales condiciones del terreno, por consejo del capitán Wood, gran conocedor del país y del peligro que supone seguir el rastro de una fiera como ésta, no mortalmente herida.

El interés de la expedición supera, desde luego, a cuanto pueda relatare. Cualquier lenguaje es frío cuando trata de reproducir los mil incidentes que la llenan. Africa es, sin disputa, el paraíso de los cazadores.

Fácil de comunicaciones, con vías fluviales de la importancia del Nilo, cuyo ancho cauce permite que la civilización, hecha cómodo barco, se



El «dahabiya» a bordo del cual remontarán los excursionistas el curso del Nilo, hasta Mongalla

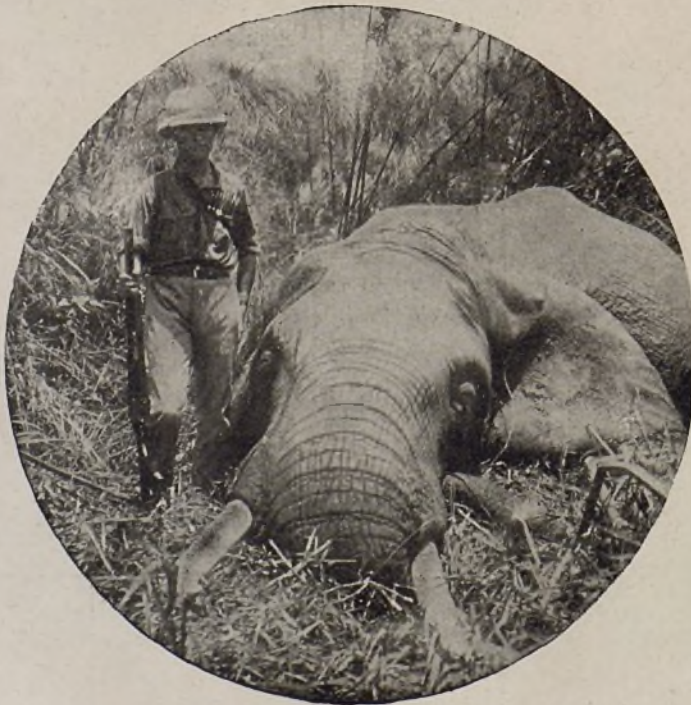
interne continente adentro, el Sudán—en árabe Belad—Sudán—o País de los Negros, la antigua Nigricia de los viejos geógrafos, brinda al cazador, con la abundancia de su caza y sus excitantes aventuras, nunca exentas de peligro, el hondo atractivo de su exotismo, el curioso espectáculo de la vida primitiva en que permanecen las tribus que lo pueblan.

Baris, shilluks, dinveas y nyambaras conservan íntegros sus ritos, sus costumbres. Sus tallas de ébano, que el paganismo a que viven entregados conserva casi desnudas, por considerar el empleo de vestidos como cosa vejatoria y afrentosa, se adornan con cascabeles, anillas de alambre, tatuajes y pinturas. Los shulis, por ejemplo, se pintan el rostro de encarnado, manteniendo en negro el tronco, que otros creen adornar embadurándolo con motas y estrias amarillas entremezcladas.

Y casi todos, sin contar los poblados que se recorren durante la excursión, acuden espontáneamente a reunirse a la caravana, atraídos por el festín que para ellos representa la carne de la caza, que se abandona una vez desolladas las piezas que se han cobrado durante la jornada.

Los indígenas están ya familiarizados con los cazadores, y han perdido todo temor. Únicamente costó algún trabajo hacer que las mujeres penetrasen en el barco. Temían que nos las lleváramos, pues el comercio de esclavos aun no ha desaparecido por completo de la tierra, aunque lo parezca desde Europa.

Noable
ejemplar
de
elefante
muerto
por
la
certera
escopeta
del
marqués
del
Mérito





La marquesa de Valdeavilla

Ayuntamiento de Madrid

GRAN

Este fué el fondo pinteresco, constante, siempre distinto y siempre el mismo, sobre el que se desenvolvió toda la cacería, desde un principio, a lo largo de los tres meses que invertimos en realizar nuestros proyectos, bien puntualizados antes de salir de Madrid.

La excursión, comenzada en 1.º de enero, terminó a los tres meses justos, con el mes de marzo, y en 1.º de abril, próxima ya la estación de las lluvias, emprendimos el regreso, llegando juntos hasta Nápoles, desde cuyo golfo nos desperdigamos, tomando cada uno distintas direcciones, según sus proyectos o sus necesidades.

—De lo que yo estoy bien seguro—dice el conde de Elda—es de que ninguno de los que hicimos juntos viaje tan interesante, olvidaremos fácilmente estos tres meses transcurridos en una grata convivencia, animada en todo momento por la presencia de las señoras, la marquesa del Mérito y la duquesa de Algeciras, a cuya incomparable valentía y entusiasta arreo se deben no pocas de las piezas que cobramos en el desarrollo de nuestra cacería.

—¡Si viera usted con qué ardimiento, con qué entusiasmo intervinieron en todas las excursiones, tomando parte activa en cuantas batidas hicimos! La mayor parte de los antílopes que se derribaron lo fueron por sus tiros certeros. Ni un solo momento flaqueó su voluntad, manteniendo despierta la nuestra con sus excitaciones y su ejemplo.

En el momento en



Mientras los servidores descuartizan las piezas conseguidas durante la jornada, los indígenas aguardan el momento de apoderarse de la carne que los cazadores les abandonan, y que constituye para ellos un espléndido festín

—Un redactor de COSMÓPOLIS.

Un apretón de manos y una despedida cordial.

Ya en la calle, con el rico bagaje de datos y fotografías que, sin tasa, ha puesto a nuestra disposición la gentil amabilidad, toda cortesía, del conde de Elda, nuestra imaginación vuela hacia las riberas del Nilo, cuyas márgenes fueron el escenario de cuanto nos ha relatado el joven aristócrata.

¡La caza! ¡El más viril e interesante de todos los deportes!

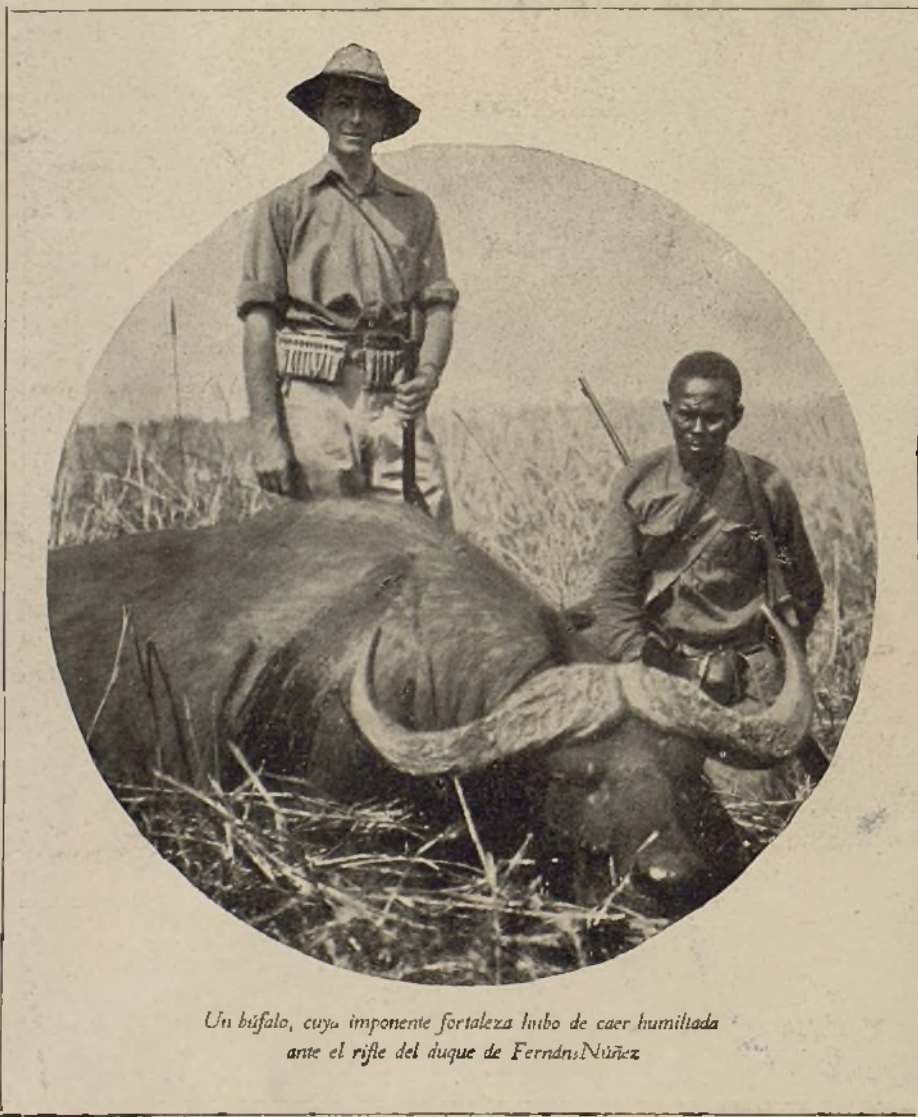
He aquí un placer que nos está vedado.

En la caza, el hombre pone su voluntad y su corazón; su vanidad y su amor propio; su acometividad y su inteligencia...

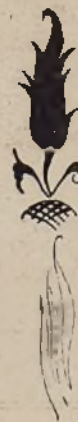
Es, en suma, el placer de los dioses.

Y el deporte de los grandes señores.

JUAN DE BAEZA



Un búfalo, cuya imponente fortaleza hubo de caer humillada ante el rifle del duque de Fernán Núñez



PARA EL PASEO

CREACIÓN: HEIM MAGGY ROUFF



Vestido de la casa Heim, en crepé de china, estampado con dibujos rosas, blanco y negro, sobre fondo azul claro. El cinturón es de cuero rojo.

Pequeño conjunto marinero de la casa Heim. La chaqueta es de fiarse inglés azul marino. La falda, con «go-dets» en «drap» blanco.

Vestido de Maggy Rouff, de crepé de lana, formando corpiño blanco y negro. El cuello y los puños son de piqué blanco, y los botones forrados.



Vestido de Marchal y Arnaud, «Fusette», de crepé «georgette» azul marino. El cuello y los puños son de organza blanca, recubiertos de minúsculas perlas blancas.

CREACIÓN: CYLES
MARCHAL Y ARNAUD



Vestido de Cyles en crepé «marocain» negro. El cuello es de linón azul, cruzado por nervaduras y guarnecido de encajes. La calda sobre el lado del vestido es roja y negra. La falda está guarnecida de pliegues.

TRES LINDOS MODELOS

CREACIÓN: CALLOT

JANE REGUY



Abrigo del conjunto «Le feu de hasard», de la casa Callot. Es de tistú «grom», de piel «beige» claro, guarnecido de un echarpe malva y de sabios recortes formando pliegues.

Vestido del conjunto «Le feu de hasard», de la casa Callot. Es de crepé de china azul marino, guarnecido de nervaduras muy gruesas, trazadas en diagonales sobre el corpiño.

Abrigo del conjunto «Ristigri», de Jane Reguy. Es de «matté» gris; está guarnecido de un hermoso cuello de «renard» del mismo color y de recortes.

Esto no se ha dicho nunca

Señora: Busque por los comercios de Madrid la tela cuyo dibujo más le agrade, pregunte su precio, pida una muestrcita y venga luego a SEDERIAS DE LYON, donde podrá hacer su compra

Sobre igual calidad

a un precio, por lo menos,

20 por 100 más barato

Como se trata de ahorrarse Vd. misma unas pesetas rogamos a Vd., Señora, que haga cuanto le decimos. Nosotros, por nuestra parte, haremos también ahora como siempre, cuanto prometemos



Sederias de Lyon
S.A.

CENTRAL: CARRERA DE SAN JERONIMO. 36 MADRID
SUCURSAL: AVENIDA DE LA LIBERTAD, 25. SAN SEBASTIAN

ROLDÓS-TIROLESSES S. A.

TRES CONJUNTOS

CREACIÓN:
JANE REGYU, POIRET



Vestido del conjunto «Chesterfield», de la casa Poiret. Es de «shantung» grisrosa con seda negra. El cuello es de muselina de seda grisrosa.

Abrigo del conjunto «Chesterfield», de la casa Poiret, de dril «setune» grueso. El cinturón es de cuero negro guardado de gruesa seda blanca.

Vestido del conjunto «Misteguín», de la casa Jane Reguy; es de crepé «marroquí», con adornos de «satin» gris claro. El cinturón es un ancho cuero gris.



CASA PASSAPERA FUERTES

Adela

Vestidos

Abrigos

Sombreros

Génova, 19 MADRID Teléf. 33125

ALGUNOS LIN



CREACIÓN:
CHANEL

Vestido de noche, de Chanel, en encaje y muselina rosa.

Vestido de noche, de Chanel, en muselina de seda guarnecida de volantes en seda cruda.

Vestido de noche, de Chanel, en tul guarnecido de largas tiras ligeramente plisadas.



DOS MODELOS

CREACIÓN:
LUCIEN LELONG
WORTH



Vestido de noche «Kadute de Worth», de crepé «marocain» blanco.

Pequeña chaqueta del conjunto «Kadute de Worth», bordada en azul y blanco.

Conjunto de noche de «Lucien Lelong»
Pequeño abrigo de terciopelo azul claro. Vestido de muselina estampada.

MUEBLES POYMAR

M. Comba 1930

POYMAR

APARICIO MENENDEZ S. EN C. CARRETAS 10 ENTREPUERTO

EL TAJO DE RÓNDA

Manchas cálidas, desgarrones brillantes, marañas de un verdor vario y sabroso, piedras azules, remansos diáfanos del agua en su lecho de oro, en suma, cuantos pintorescos motivos caben en la naturaleza meridional, congregáronse en el TAJO, que anuncia las acuarelas granadinas.

F. García Sanchiz

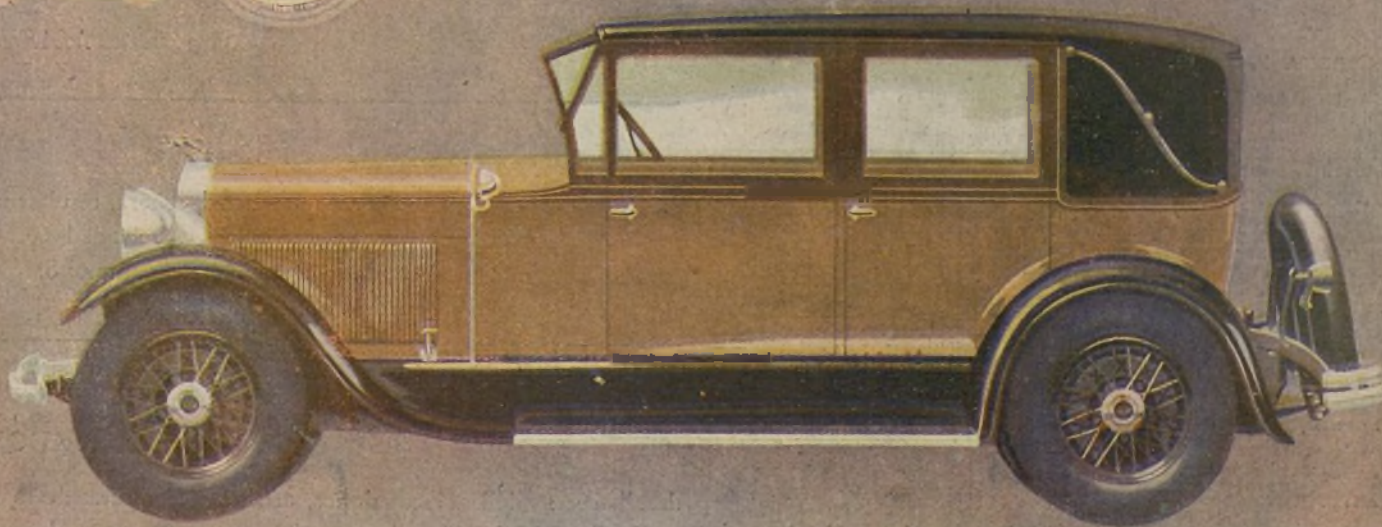
Poseer un LINCOLN, es la más alta demostración de gusto impecable, de refinamiento, de elegancia... LINCOLN es el coche preferido por los espíritus selectos, que ven reunidas en él las más destacadas cualidades de belleza, personalidad única, gran lujo y confort.

¡Qué placer contemplar desde un LINCOLN los paisajes españoles...!

LINCOLN

Ford
COCHES Y
CAMIONES
Fordson
TRACTORES

Motor 12
VCELO



Una carta de Elizabeth Arden **CONSULTORIO**

No existen más secretos de belleza

Tratando de la belleza, los ritos misteriosos e inútiles han pasado completamente de moda. La mujer moderna reconoce que la única manera de adquirir la belleza del cutis es conservar su salud.

La salud del cutis se obtiene exactamente como la salud general del cuerpo: por medio de una limpieza perfecta, de ejercicios racionales, de una protección inteligente y una sana nutrición.

La limpieza con agua y jabón no es suficiente. Hay que utilizar una crema limpiadora, preparada especialmente para penetrar dentro de todos los poros y desalojar las impurezas.

El ejercicio debe hacerse siguiendo prácticas verdaderamente saludables. Lociones y cremas tienen que ser escogidas con cuidado para favorecer la vitalidad del cutis.

Cada uno de mis métodos y preparaciones han sido estudiados con un solo objeto: favorecer científicamente la salud del cutis. Siempre cuidó yo misma de la fabricación de las cremas, lociones y polvos que ofrezco, para asegurarme de que constantemente conservan sus excepcionales cualidades.

La verdadera y encantadora belleza es la belleza natural, y la mejor manera de obtenerla es usando con confianza los siguientes tratamientos y productos, que son tan eficaces y saludables como la naturaleza misma:

TONICO ARDEN PARA EL CUTIS
(Venetian Arden Skin Tonic)
Blanquea, da transparencia, firmeza y lozanía juvenil al cutis. Se utiliza a un tiempo y después de la crema limpiadora. Pesetas, 7, 17 30.

CREMA ARDEN LIMPIADORA
(Ardena Cleansing Cream)
Penetra dentro de los poros, desaloja el polvo y las impurezas, deja la piel suave y sensible. Pesetas, 10, 18, 30.

CREMA ARDEN PROTECTA
(Ardena Protecta Cream)
Da una transparencia exquisita al cuello y a los brazos. Impermeable al agua, constituye una magnífica crema protectora para el baño. Pesetas, 30.

CREMA VELVA ARDEN
(Ardena Velva Cream)
Crema delicada para cutis sensible recomendada para suavizar las caras llenas, sin engordarlas. Pesetas, 10, 18, 30.

LOTION ARDEN LILLE
(Ardena Lille Lotion)
Protege perfectamente contra el sol, el viento y las pecas. En colores blanco y crema natural, Rachel especial y Rachel español ocre. Pesetas, 16.

CREMA ARDEN AMORETTA
(Ardena Amoretta Cream)
Crema fugitiva y protectora, de una perfecta suavidad y un perfume delicioso. Adherente y agradable, sirve para recibir los polvos. Pesetas, 18.

ELIZABETH ARDEN

691, FIFTH AVENUE NEW YORK
MADRID: CALLE DE ALCALÁ, 65 (71 antiguo)

LONDON PARÍS (REPRODUCCIÓN RESERVADA) BERLÍN ROMA

DE BELLEZA

RAQUEL

Puede usar sin ningún temor el Sudoral, puesto que no suprime el sudor, sino que lo desodora. No tema usted por sus vestidos, porque no se le mancharán. El frasco tiene la indicación de cómo debe usarse. Eche en el agua de lavarse unas gotas de esencia de limón; es un gran refrescante para el cutis.

AZULINA

Fricciónese el rostro con alcohol. Con los polvos Freya blancos y el Arrebol rosa pálido, logrará el tono de color que conviene a su cutis. Un astringente muy sencillo de hacer es agua alcanforada con media onza de glicerina y una de bórax.

UNA FEA

Puede usar el ricino mezclado con ron, que hace crecer y fortifica las pestañas. Como cosmético, la recomiendo se dé Pastimel al Humo de Sándalo.

M. N. R.

La loción Ondulina conserva mucho el rizado. Puede comprarla en cualquier perfumería. No, señorita; no se estropea el cutis por usar colorete, si éste es bueno, como el que me indica usted que usa.

LECTORA DE «COSMÓPOLIS»

El aceite de ricino es inofensivo para la vista, aunque escuecen un poquito los ojos si entra dentro de ellos. Hace crecer mucho las pestañas. Las arrugas se disimulan dándose fricciones con hielo. Enyuelva usted en un lienzo muy fino un poquito de hielo, y fricciónese con él la frente. Una vez hecho esto, mezcle una clara de huevo con un poquito de limón y déselo. Téngalo por espacio de un poco de tiempo, y luego lávese. A los pocos días de hacerlo notará la diferencia.

PECOSA

El nácar y limón he visto varios casos en que ha dado un buen resultado. Se despelleja la cara; pero luego queda el rostro con muchas menos pecas, y las que quedan, más disimuladas.

MARIBEL

Tratamientos de belleza "Misterio"

Son los únicos con los que conseguirá usted, señora, resultar mucho más hermosa, pues quitan años, presentándose en sociedad con una cara encantadora. Informes en la perfumería del autor. San Onofre, 6, Madrid. Teléfono 18463.

CONSEJOS UTILES

PARA LA ADQUISICIÓN

de alhajas, medallas, escapularios, artísticas esculturas de marfil del Sagrado Corazón, Purísima, etc., y relojes, tengan presente los señores compradores la Joyería de Pérez Molina, Carrera de San Jerónimo, 29; Madrid, de gran confianza. Teléfono 12646.

LA CERAMICA

TOLEDANA



Y SU CONTINUADOR

EN el mapa monumental y artístico de las ciudades españolas, Toledo presenta los realces emocionales que sugiere la tradición, la leyenda y el arte de todos los siglos. Evocador de su glorioso pasado, es relicario y museo donde el genio de todas las razas dejaron plasmada la expresión maravillosa de su magnificencia arquitectónica.

Brilló en las bellas artes con luz propia, siendo solaz de artífices sobresalientes cuya fama perdura a través del tiempo. Continuadores de esa tradición, forjados en su ambiente, existen hoy en la Imperial Ciudad artistas de valía que con meritoria labor sostienen el prestigio de antaño.

La cerámica toledana, de recio abolengo artístico, cuenta también con hábiles continuadores que se adentraron en los secretos árabes para conseguir las tonalidades encantadoras y los contrastes multicolores que la hicieron célebre.

Enamorado de su arte, viviendo tan sólo para él, existe un viejo ceramista que trabaja con esfuerzo por renacer el arte cerámico de la Ciudad Imperial, consiguiendo reconstruirlo con sus características propias, con la belleza incomparable de ornamentación y riqueza cromáticas, tal como salían de aquellos hornos mudéjares en tiempos pretéritos.

Y es que don Sebastián Aguado, el laureado maestro, practica su arte por el arte, como un sacerdocio, sintiendo la espiritualidad y exquisitez que a través de las edades palpita en la cerámica toledana.

Frente al templo de San Juan de los Reyes se levanta el tradicional Palacio de la Cava, defendido por airoso torreón y almenados muros, que antaño sirviera de vivien-

da a la desgraciada Florinda, a quien los árabes llamaron *la Cava*, y hogaño alberga el estudio y mansión del anciano artista.

Así no es de extrañar que el visitante, al enfrentarse con el venerable maestro Aguado, figura de rabí arrancada del retablo de los maeses artífices del decimoquinto siglo, de faz serena y sonriente, encuadrada por blanca barba y cubierta cabeza con típico gorro de astracán, sienta la emoción del pasado por el ambiente, el lugar, la figura y la decoración que le rodea.

Y en charla efusiva y jovial, como si me conociera de toda la vida, me cuenta en amenísima conversación, salpimentada con ingeniosas agudezas y arranques juveniles, los recuerdos de su pasada lucha hasta conseguir imponerse en la práctica de aquel arte que constituyó siempre el eje de su vida.

Nacido en Jimena (Cádiz) hace setenta y seis años, marchó a Sevilla muy joven para asistir a las clases de dibujo y modelado de la Sociedad Amigos del País. A los diecisiete años se trasladó a Barcelona, trabajando en los talleres de escultura de los hermanos Valmitjana, volviendo más tarde nuevamente a Sevilla, obteniendo colocación en la fábrica de cerámica Pickman, donde manifestó su vocación por el arte cerámico.

Para ampliar sus estudios marchó al Extranjero, perfeccionando sus conocimientos y adquiriendo cierto renombre, regresando a Madrid, donde le conoció el eminente artista Arturo Mélida, quien, apreciando su valía, le requirió, al inaugurarse la Escuela de Artes Industriales de Toledo (1902), a hacerse cargo de la clase de Cerámica.

Para ampliar sus estudios marchó al Extranjero, perfeccionando sus conocimientos y adquiriendo cierto renombre, regresando a Madrid, donde le conoció el eminente artista Arturo Mélida, quien, apreciando su valía, le requirió, al inaugurarse la Escuela de Artes Industriales de Toledo (1902), a hacerse cargo de la clase de Cerámica.



De la Exposición de cerámica toledana de Santa María la Blanca

LA CERAMICA TOLEDANA Y SU CONTINUADOR —

mica. Y desde entonces está en Toledo, no siendo un toledano más, sino una institución artística que encarna una tradición.

Ella hizo que, acicatada su conciencia de profesor, intensificara su estudio sobre la renombrada cerámica toledana, llegando a rehacerla, especialmente la más distintiva y del más puro abolengo, la llamada de *cuerda seca*, que consiste en ir marcando el complicado dibujo con una línea oscura y los espacios que determina rellenos con colores esmaltados.

Las obras que en Toledo pregonan su mérito y maestría, son: las tejas de colores que cubren los chapiteles de las torres de la puerta de Bisagra; los zócalos de la galería alta y baja del Alcázar; el de la ermita de la Virgen del Valle y otras varias de azulejos y mosaicos, determinativas de su factura tradicional de aquella cerámica toledana prodigiosa en coloraciones y reflejos metálicos.

Sentía verdaderos deseos por conocer las distintas fases de la cerámica, que desde el taller de la alfarería donde el barro se amasa y moldea, pasa al estudio del artífice para recibir la regia vestidura del arte que luego el fuego fija, avalora y abriga.

El maestro Aguado, con acogedora comprensión a mi imperitine curiosidad, va explicándome la entraña de la cerámica y sus particularidades.

Y la historia de la cerámica va brotando de sus labios con la unción del creyente, mientras sus manos nos presentan ejemplares difícilmente conseguidos cuya factura tradicional representa la continuación de la antigua cerámica toledana.

BERNABÉ DE ARAGON.



Don Sebastián Aguado, el venerable maestro ceramista, en su taller



Jardinera de reflejos metálicos y azul, que obtuvo primera medalla en la Exposición de Artes de Grenoble

(Fotos Rodríguez)

ENVIO

Maestro Aguado: En el ambiente toledano eres una figura más del magnífico retablo de artistas que la imperial ciudad forjó en su seno, haciendo florecer una tradición española.

Perfumaste los tiempos presentes con las exquisiteces artísticas del pasado, blasonando la industria castellana con el sacerdocio supremo de tu arte brujo.

Por ello, el cronista, como recuerdo de su visita, y con la visión emotiva de tu excelsa cerámica, ríndete la pleitesía de estas sinceras líneas, que llevan en sí la admiración para el hombre que supo hacer del Palacio de la Cava un museo pleno de idealidad.



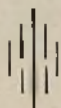
Patio toledano adornado con mosaicos del siglo XVI



EL DEPORTE EN EL MAR

Un yacht español alcanza un gran triunfo en las regatas internacionales de Génova

*El amor al mar
de S. M. el Rey*



*La proeza del «Lau»
en aguas italianas*



ABLAR de los deportes del mar, especialmente de los que caen dentro de la denominación de «yachting», y no citar al Rey es olvidar el nombre de su más entusiasta mantenedor. Podría decirse, sin temor a caer en la exageración, que en España difícilmente se concibe ninguna gran prueba de regatas a vela en la que el Soberano no acuda con sus balandros, diríamos mejor a la que la familia real no concurre con sus embarcaciones. Nuestros balandristas ya saben que la competición real es una de las más duras, por corazón y por pericia, con la que han de contar en las regatas estivales de nuestra costa Norte.

Brillantemente clasificado en la cotización internacional, nuestro balandrismo debe principalmente su auge y desarrollo a la labor personal de nuestro Rey, que con tenacidad verdaderamente ejemplar pocas veces con más propiedad que ahora podríamos decir ha sostenido el timón con buena y certera mano, acrecentando con sus entusiasmos y su ejemplo el gran volumen de afición al balandro ya existente en España.

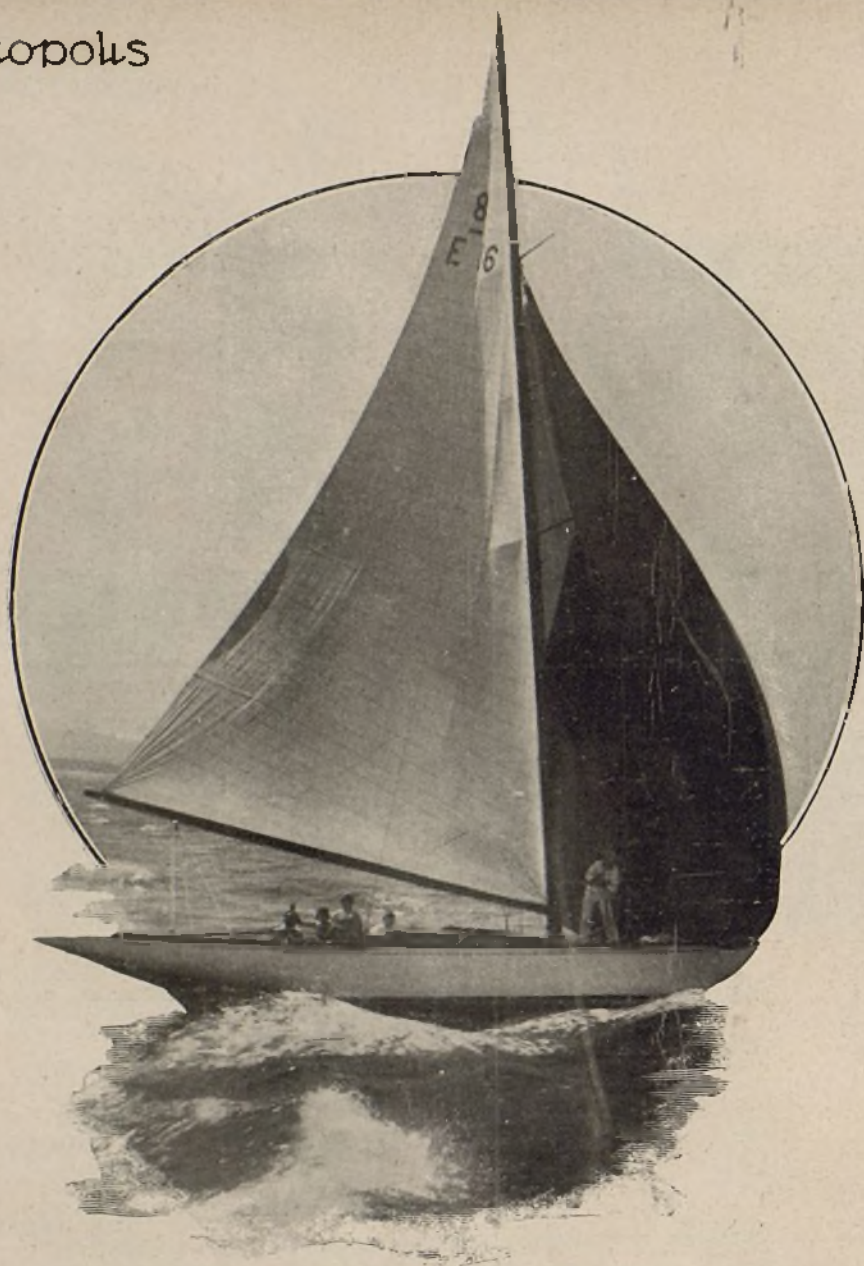


S. M. el Rey cuyo amor a los deportes marítimos le ha colocado como figura activa principalísima de cuantos se celebran en España.

Y si no responded, ¿en qué gran prueba a vela no recordáis un balandro real entre los participantes? Cuatro, en la serie de ocho metros, posee actualmente la familia real española: «Hispania V», del Rey; «Osborne», de la Reina; «Hispania», del Príncipe, y «Cantabria», del Infante don Jaime. Todos ellos de la mejor fabricación en su clase y de condiciones marineras tales que sería labor difícil señalar categóricamente la supremacía de unos sobre otros.

La envergadura del balandrismo español ha rebasado hace ya tiempo la categoría de nacional para adentrarse por las amplitudes internacionales, a las que llevó casi siempre el nombre de España unido al éxito. Recientemente un nuevo triunfo ha venido a sumarse a los ya anteriormente alcanzados en el medio internacional. Un triunfo claro, rotundo, magnífico, esperanzador: el del balandro «Lau» en aguas genovesas.

El domingo 27 de abril terminaron en Génova las grandes pruebas internacionales de regata a vela, organizadas por el Regis Yacht Club Italiano, que patrocina el rey Víctor Manuel.



El «yacht» «Hispania V», de S. M. el Rey

En las citadas pruebas participaron los balandros de más consolidada fama mundial, tales como el campeón sueco «Biss bi»; el francés «Rosita II», de excepcional clase y uno de los mejores de su país; el campeón italiano «Twins» y los de la misma nacionalidad y verdadera fama «Viky» y «Dadu». ¿Y para qué citar más? Cada país envió su mejor lote. España se dispuso acudir con el «Lau» y con el «Cisco», gemelos de tipo; pero un impedimento imposible de resolver de momento retuvo a última hora al «Cisco»—que tan buen papel hubiese hecho—en nuestras aguas, y sólo se desplazó el «Lau», propiedad del señor marqués de Bolarque y de los hermanos señores de Gandarias, núcleo de rancio abolengo deportivo atento siempre a todas las manifestaciones del sport.

El «Lau», con toda la tripulación española, y patrocinado por la pericia y la entereza de ese gran deportista que responde por don Pedro de Gandarias, puso una vez más el pabellón español a la altura

que el linaje vasco de los Gandarias, en las proezas del mar como en las empresas de la tierra, nos tiene acostumbrados.

En las siete regatas celebradas en Génova, el «Lau» obtuvo el primer lugar de la clasificación en tres de ellas; en dos, el segundo, y en las otras dos, el cuarto.

Pero este éxito, con ser grande, no es más que la mitad del mismo y perdonad esta pequeña pirotecnia. La otra mitad del éxito radica en la fibra racial del «Lau» de la más pura cepa vasca. Todo en el «Lau» es español, construido en Bilbao según planos del famoso arquitecto naval señor Beraza, que tiene en su historial barcos de tal renombre como el «Giralda», del Rey; el «Alai» y el «Gerineldo».

Bilbao, que cuenta en su matrícula con once hermosos barcos de la categoría del «Lau», puede sentir el orgullo del éxito bien logrado.

Este nuevo triunfo alcanzado por la matrícula vizcaína, sólo habrá de servir para que los nobles deseos de perfeccionamiento en la construcción marítima se acrecienten, y que el nombre del «Lau» sea primordialmente un jalón en el camino de grandes aciertos que en la arquitectura naval esperan al talento creador del señor Beraza.

Raza vasca, raza de enterezas, raza que ama el riesgo cuando por él se llega al triunfo. Este pequeño balandro «Lau», obediente a la mano enérgica y sobria de Pedro de Gandarias, tiene en la ejecutoria de su última empresa como el despertar claro de la risa después del ceño que compone el tesón. Una vela, dos velas, tres velas blancas como henchidas al soplo de la victoria desde la borrasca del Norte a las ondas largas y rizadas del buen mar latino.

Canta, marinero, canta.

RIENZI



Dos «productos» netamente españoles, el «E. 14» y el «E. 19», propiedad de los señores Arana y Bolarque, construidos en Bilbao según los planos del arquitecto naval señor Beraza.



Vidai



Quesada



Esparza



Rubio



Cosme



Triana



Morera



Torregrosa



Lazcano



Peña



Prats

EL CAMPEONATO DE ESPAÑA

Los grandes "onces" españoles

EL REAL MADRID EN LA BRECHA

ESTOY sobre las cuartillas en momentos en que el Real Madrid tiene anunciada su eliminación en los cuartos de final del Campeonato con el Valencia. Y aun en mi memoria danzan, envueltos con el recuerdo, mil detalles pasados que impregnaron la lucha de esa emoción honda y nueva que recorre estremecida los amplios graderíos de los campos de juego.

Los resultados de la dura contienda sostenida por el Real Madrid con el Arenas sólo vienen a robustecer las sólidas creencias que al espectador imparcial merece el cuadro realista. Resumiendo, con la concisión por norma y la sinceridad por mandato, podríamos calificar al Madrid como un once de buen juego; pero irregular, sujeto a las varias oscilaciones que impone una moral que

vacila, que tiembla, que está, en ocasiones, a punto del derrumbamiento.

Un cuadro que duda ante una formación inexperta como la del Patria, se revigora, crece, se afirma, en feliz recobro de toda su moral, frente a "once" de tan tradicional energía, tan peligroso y veloz como el Arenas. ¿A qué puede obedecer tal resurrección? A la alta calidad que en esencia vive en la formación madridista y que sólo necesita de un estimulante para transformarse en potencia. Los equipos de tan extraña condición como el del Ma-



Siemborn (guipuzcoano)

LOS
ARBITROS

Llovera (catalán)



Cómo interpreta Andrés Segovia —el maravilloso guitarrista la armónica belleza de la música...

EN manos de un artista de tan prodigiosas cualidades como Andrés Segovia, la guitarra resulta un instrumento nuevo y desconocido, en la que algunas veces parece esconderse una orquesta. Solamente así podría expresarse de un modo tan perfecto y maravilloso la armónica belleza de la música.

Andrés Segovia, admirable siempre, tiene momentos insuperables de verdadera magnificencia en su ejecución. Su repertorio, impresionado exclusivamente en discos «La Voz de su Amo», es un verdadero deleite para los espíritus artistas. La reproducción es exacta, y las notas brotan claras con tan limpia y perfecta sonoridad que maravilla.

Pida en una agencia «La Voz de su Amo» una audición del repertorio de Andrés Segovia, Casals, Chaliapine o cualquiera de los artistas españoles o internacionales que figuran en la lista de exclusivos de «La Voz de su Amo».



Tres magníficos discos de Andrés Segovia

«THÈME VARIÉ» (Sor)	{ AB-258
«GAVOTTE» (Bach)	
«COURANTE» (Bach)	
SONATINA EN «LA» MAYOR (Torroba)	AA-126
«FANDANGUILLO» (Turina)	{ AB-273
«TREMOLLO STUDY» (Tárrega)	



“LA VOZ DE SU AMO”

COMPANÍA DEL GRAMÓFONO. S. A. E., URGEL, 234, BARCELONA—PI Y MARGALL, 1, MADRID



Zaronaíndia
Etnery

EL CAMPEONATO DE ESPAÑA

drid se pierden por su confianza y se recobran por la conciencia de su propia valía. Este ha sido el fenómeno de pobreza y recuperación sucesivas experimentado por el cuadro blanco ante el Patria primero y ante el Arenas después.

Ha tenido siempre el Real Madrid una tradicional característica de juego que ha sabido conservar por un fenómeno de influencia histórica, y sin que para transfigurarla bastaran el paso por él de *equippers* de diversas regiones

que parecían habrían de imponerle el matiz singular y propio de aquellas regiones de donde procedían. Y así la influencia vasca apenas si ha dejado sentirse en las filas realistas, que han mantenido, apenas sin variantes profundas, el modo peculiar del Real Madrid de hace veinticinco años.

Como el Norte se ha caracterizado por la viveza y energía del juego y Cataluña por la elaboración matemática de la jugada, a Madrid ha vivido preferentemente de una tónica que era como la sutilidad misma de las normas, como la feliz improvisación para el arte, como la inspiración magnificada del esfuerzo. Y de ahí que el modo fino, de delicadeza extrema, de sabor de buena casa que ha tenido y tiene el juego del Real Madrid haya sido hasta hoy algo incopiable, porque es algo que parece vivir en la sangre misma de sus cultivadores.

Un verdadero juego de artistas, diría yo. Y, como de artistas, algo bohemio, desinteresado, cordial, confiado, inconstante y vario. No se quiere, y el *spleen* parece hundirlo todo en la más honda sima de la nada. Se quiere luego y surge la calidad suprema, la obra perfecta del artista que siente cómo la inspiración le roza con las alas la frente erguida y dispuesta.

y luz. Agua encharcada y espuma viva rota en mil nácares. Sueño y realidad. Acceso e imposible. Presa en la mano y ave que rauda vuela.

Es esta zozobra agri dulce uno de los mayores alicientes del deporte del balón redondo para los aficionados. Recuerdo a este respecto, y como prueba de la pasión desatada, de la inquietud que el fútbol lleva al espectador una anécdota:

Uno de mis conocidos, antifutbolista rabioso por aquel entonces, madrileño de pura cepa y «pastorista»—de Vicente Pastor—rabioso desde su tendido del 9, se molestaba y profería toda clase de denuestos contra «el balón» cada vez que en su presencia se hablaba de *chuts*, *córners* o *penalties*. Llegó el invierno; el hombre se encontró sin toros, y «para ver lo que era aquéllo», aprovechando una entrada que le proporcioné, fué un domingo a un partido.

Dejé de verlo una temporada, y cuál no sería mi sorpresa cuando un día le sorprendí diciendo:

—¡Fué Pelayo Serrano el que nos ganó el campeonato, y no el Español!

Y le pregunté:

—Pero ¿usted hablando de eso, y así?

Y me respondió:

—Sí, señor, y usted tiene la culpa. Aquella entradita, ¿recuerda? Pues aquella entradita me envenenó la vida. Yo, que era antes tan feliz.

Y como éste son la mayoría de los que, en el vocabulario de guerra, se llaman en el deporte «hinchas». Diría mejor «somos». Porque todos acudimos al campo con nuestros deseos, nuestras dudas, nuestras vehemencias, tras los colores blancos del Club campeón.

Con la conciencia de que una tarde, al fin, ha de hacernos feliz y otra tarde hacernos desgraciado. Y saber que jamás, jamás ha de ser posible que le sintamos constante y confiado. Todo fácil y todo imposible. Inquietud, zozobra, temor, desconfianza. ¿Será? ¿No será? Falso y simpático, atrayente y engañoso, frío y cordial, como esos hombres que han vivido mucho, como esos calaveras simpáticos que aman las mujeres con más amor cuanto más irrealizable es el sueño.

También cual estas enfermas eróticas, el madridista entusiasta, ciego de fe en su Club, puede decir en letanía con el poeta:

«Porque seguramente no te
querría
sin la atracción suprema que
tiene lo imposible.»

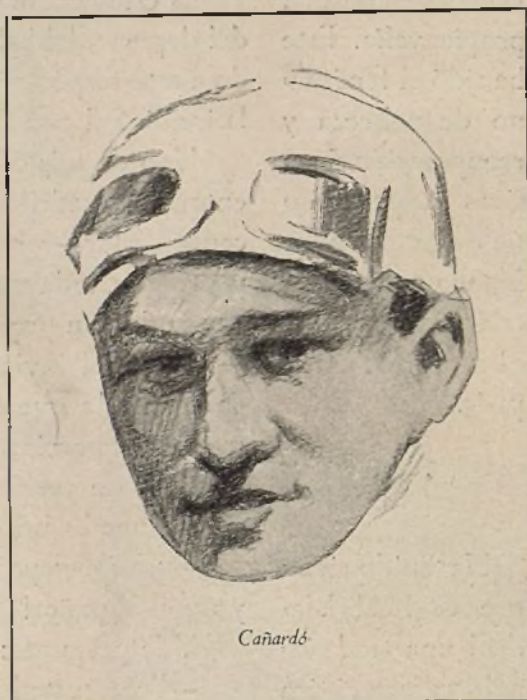
R.



Lipo, entrenador del equipo

CICLISMO INTERNACIONAL

La Liga Velocipédica de Bélgica organiza los campeonatos del mundo para 1930 * *



Cañardó

Y se cree que en ellos participarán los «ases» nacionales Español, Cañardó y Montero *

LA Liga Velocipédica Belga tiene en plena preparación estas importantes manifestaciones del ciclismo mundial, cuya organización le fué conferida por el último Congreso Internacional y que celebran los belgas, coincidiendo con las fiestas conmemorativas del centenario de su independencia.

Inútil decir que el país donde se disputaron los Campeonatos del mundo (profesionales y amateurs) de la carretera y de la pista, tiene a su cargo una misión de transcendencia porque esta prueba, como sucedió en Wurzburg Ring, en 1928, y en Budapest en 1929, reunirá lo más selecto de «pistards» y de «routiers».



Ricardo Montero

Las pruebas en pista se correrán en el nuevo estadio de Heysel. En cuanto al campeonato por carretera, la L. V. B. ha escogido el siguiente recorrido: Lieja, Spa, Francorchamps, Stavelat, La Roche, Marche, Basvaux, Bywaille, Rouvraux, Embourg, Chené, Bugleur, Lieja, distancia justa de

doscientos kilómetros. El circuito en cuestión reúne sus dificultades para los «routiers»; así cuenta el mismo con cuevas bastante rudas.

Entre Spa y Francorchamps los corredores deberán ascender a más de 350 metros, en un recorrido de ocho kilómetros.

Bélgica está realizando gestiones cerca de varios países para que el lote de ciclistas europeos participantes sea el más brillante posible, y entre esas gestiones figuran las que hace cerca de España para que a las grandes pruebas enumeradas acudan los mejores hombres de nuestro pedal nacional. Es por esto por lo que se cree que España estará representada en Bélgica por Julián Español, en los campeonatos de pista, y por Cañardó y Ricardo Montero en las pruebas por carretera.

Todo hace esperar, pues, que la serie de pruebas que componen el campeonato mundial dejará recuerdo en la historia del ciclismo internacional.



Julián Español

M A R M O N



POTENCIA, la que se desarrolla suave y constantemente en el motor de ocho cilindros en línea Marmon.

SEGURIDAD, el resultado de un perfecto equilibrio en marcha a cualquier velocidad.

LUJO, una consecuencia lógica de su tamaño imponente y de sus espaciosos y bien equipados interiores.

DISTINCION, la que se deriva de 28 años de experiencia en construir algo excepcional. El resultado de cuatro años de atención concentrada en la construcción de coches de ocho cilindros en línea espera su inspección. Cuatro nuevos coches de ocho cilindros en línea Marmon, a elegir en cuatro categorías de precios.

Crónica cinematográfica

Hacia un Congreso Hispanoamericano de Cinematografía



Maria Luz Callejo, figura principal del «talkie» español «El agujero en la pared» realizado por la Paramount

POR

Fernando
G. Mantilla



SEVILLA. II CONGRESO DEL COMERCIO ESPAÑOL EN ULTRAMAR

El II Congreso Comercial Hispanoamericano reunió en la Exposición de Sevilla a negociantes de aquende y allende el Atlántico. Hubo en él una auténtica aproximación de los países de cultura ibérica. No sabemos si fraternal. Ni nos interesa ahora. Pero la aproximación fué auténtica, porque entre la atmósfera pesada—oficial y espesa—de banquetes, discursos y consabidos lazos, sonó repetidamente una palabra, capaz de unir o enemistar a los hombres, de llevar a la Humanidad al amor o a la guerra. Esa palabra fué: dinero. La vibración metálica de las tres sílabas dotó de verdadero interés a todo lo allí tratado. Los discursos retóricos y con alusiones maríneas de carabelas, *plus ultras* y vínculos filiales y fraternales tuvieron un sugestivo fondo sonoro de ventanilla de Banco y rasgar de talonario de cheques. De lo hablado tenía que surgir, necesariamente, algo práctico.

No sabemos lo que pasó dentro de las fronteras del reino de Mercurio. Pero en el exterior se inició una idea de positiva eficacia cordial. Una voz—la de Fernando Viola—transmitió la generosa iniciativa de celebrar un Congreso Hispanoamericano de Cinematografía. Al conjuro del *cinema* se despertó la atención de los comerciantes asambleístas, y todos—de especial manera los americanos—ofrecieron su apoyo.

INTERVENCIÓN DE FRANCOS RODRÍGUEZ

El Sr. Viola recorrió con su proyecto las antecámaras de los ministerios. El Gobierno de la Dictadura, que de tan amplios poderes ha usado, nada

hizo en su apoyo. El porvenir reservado al proyecto era el de agonía y muerte en el fondo de un cajón. Le salvó de tan oscuro final un artículo publicado en *A B C* con la firma de Francos Rodríguez, en el que se aplaudía sin reservas la iniciativa y se reclamaba en su favor un auxilio que inmediatamente le fué prestado. El micrófono de Unión Radio—periódico de enorme difusión—sirvió para inyectar en toda España, en el aire, el entusiasmo que animaba al inventor del Congreso. Se recogieron opiniones, favorables sin excepción, de todos los embajadores y ministros plenipotenciarios de las Repúblicas de habla española, de personalidades oficiales, como la del marqués de Guadalquivir—actual ministro de Trabajo—, de escritores ilustres y técnicos. Dice Cambó en su libro *Las Dictaduras*: «El *cinema* ejerce hoy, no sólo en las ciudades, sino también en los pueblecitos más humildes, una influencia ya beneficiosa, ya funesta, y crea problemas de inmensa magnitud que los Poderes públicos habrán de afrontar; un invento que parecía un juguete para divertir a los niños, se está convirtiendo en un instrumento de propaganda de ideas, de costumbres, de modas, que supera a cuanto se hubiese podido imaginar. El predominio que en la producción del *film* tienen los Estados Unidos, Rusia y Alemania, proporciona a estos tres países un arma de invasión espiritual que puede ser más eficaz y más terrible que todas las armas de guerra.» Un criterio análogo es el que ha tonificado las opiniones en pro de la celebración del Congreso Hispanoamericano de Cinematografía, condensadas en un folleto de cuya exposición trasladamos unos párrafos:

«... La producción norteamericana ha conquistado los mercados del planeta. En especial los países de cultura española, que son los únicos penetrados sin resistencia por su parte. (Todos los pueblos civilizados

Página cine

oponen a la invasión yanqui una producción nacional considerable. Todos menos España y América.) La influencia del *cine* mudo americano era ya muy importante. Los usos y costumbres registrados en los *films* influían en alto grado sobre los países de Hispanoamérica. En cualquier pueblo de España o de las Repúblicas americanas se ha hecho popular el Broadway, los ranchos del Far West y las bodas protestantes. Se desconoce, en cambio, la Castellana madrileña o la Avenida de Mayo bonaerense, el cortijo andaluz o el rito matrimonial respectivo. La fama de Tom Mix ha eclipsado a la de Hernán Cortés, y Douglas Fairbanks es más popular que el Cid Campeador.»

«Pero la influencia del *cine* mudo ha sido decisivamente subrayada por la innovación del *film* parlante.

No bastaba la norteamericanización en lo que respecta al modo de ver y sentir la vida actual. Se pretende que la lengua inglesa sea hablada por todos: la sajonización de los pueblos. Convertirnos en colonias feudatarias. Hispanoamérica, la raza del Cid, Cervantes, Bolívar y San Martín, tiene imprescindible necesidad de resistir a esa fuerza arrolladora, de no dejarse morir invadida por el protestantismo, el desenfreno imperialista y las teorías puri-



Carlos del Pozo, uno de los principales intérpretes de
"La canción del día"

matográfica

tanías del país de los rascacielos. De no ver impasible la desaparición de nuestra hermosa lengua, que resonó un día en todos los ámbitos de la Tierra, como un clarín de triunfo, avasallada por el inglés gangoso del pueblo de Monroe. Y la única resistencia que cabe ha de ser desarrollada con armas iguales: oponiendo al *cine* el *cine*...

Suspendemos la transcripción. Estas últimas palabras nos parecen las más importantes: «Oponiendo al *cine* el *cine*...» La intención del texto íntegro—debido a nuestra pluma—de esa exposición y nuestro apoyo personal, prestado gustosa y activamente, dependía de la aceptación de ese concepto. No somos partidarios de atacar al *cinema* con palabrerías ni Congresos si de ellos no ha de surgir la esperanza de una producción cinematográfica. Al celuloide no se le puede combatir más que con celuloide. Armas iguales. Tal es, afortunadamente, el criterio del Congreso proyectado.

En la noche del domingo 13 de abril el micrófono volvió a propagar la necesidad de la Unión Cinematográfica Iberoamericana. La onda radiofónica fué el vehículo de una brillantísima conferencia del Sr. Francos Rodríguez en defensa del idioma y del *cinema* español. Conferencia que ha producido gran expectación en favor

Una bella escena de la revista Metro, "Hollywood Revue"



del futuro Congreso y que ha sido acogida con votos cordiales. Suscitado un homenaje. Despertado la atención nacional, exceptuando la de los españoles que viven del cine, que parecen no haberse enterado.

Integra la campaña un magnífico y vibrante artículo de Manuel Ugarte, titulado *El idioma conquistador*, y publicado en la nueva y brillante revista hispanoamericana *Bolivar*, regida por Pablo Abril de Vivero.

Página cinematográfica

ORGANIZACIÓN. ADHESIONES

El Comité organizador del Congreso Hispanoamericano de Cinematografía, cuya fecha de celebración será el día de la Fiesta de la Raza del corriente año, ha quedado constituido por los siguientes señores: Presidente, Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez; secretario, D. Fernando Viola, iniciador del proyecto; vocales: Sección de Prensa: D. Fernando G. Mantilla; D. Antonio Barbero, redactor de *A B C*, y D. Francisco Burgos Lecea. Sección hispanoamericana: D. Pablo Abril de Vivero, diplomático peruano y director de la revista *Bolivar*, y don Manuel Viola. Sección financiera: D. José L. Benito, catedrático de Derecho Mercantil, y el señor marqués de Navarrés, abogado. Ponencias: don Rodolfo Gil Torres (*Gil Benumeja*) (mundo sefardí e hispanomusulmán) y D. José Val del Omar (noticiario iberoamericano).

La Asociación del Cinema Español, representada por su ilustre presidente, D. Rafael Marquina, cooperará al triunfo de los ideales del Congreso. Y existe la posibilidad de que el Círculo de Bellas Artes, representado por un miembro de su Junta directiva, colabore en la organización y realización del proyecto.

Hagamos constar, sin reservas, nuestras esperanzas en la eficacia del Congreso Hispanoamericano de Cinematografía. Son éstos los momentos de actuar, y el mundo entero espera el advenimiento del *cine* español, repleto de posibilidades. Cabe apelar—en nombre de un patriotismo de buena cepa—a todos los recursos para el desenvolvimiento de una iniciativa de vital importancia para la Raza. Muy pocas veces puede aplicarse el patriotismo a un empeño de tan altos vuelos y positivos resultados espirituales y materiales.

"LA CANCIÓN DEL DÍA"

Por primera vez, en la pantalla cinematográfica, los héroes de dos dimensiones han hablado en español. En un castellano correcto, impe-

cable. No en el español de circo ni macarrónico de las películas *gringas* que exporta Hollywood. Se ha

oído la voz prodigiosa del tenor Tino Folgar; la flexible y bien timbrada de la intérprete. Consuelo Valencia; el castizo acento achulado de Faustino Bretaña, y la serena y grave del gran artista Carlos del Pozo. Todos, absolutamente todos, han cumplido con discreción, a veces con brillantez, su papel, a pesar de que los novicios ante la cámara estaban en mayoría.

Argumento y diálogo de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández. Música de Jacinto Guerrero. Capital: en gran mayoría, si no del todo, español.

¿Completamente producción nacional? No. Los capitalistas españoles, que han buscado argumentistas y músicos *españoles* y artistas *españoles*, han creído que no debían confiar la dirección del *film* a un director español. Criterio que nos habría parecido excelente si la elección hubiera recaído en Murnau, Dupont, Lubitsa, Borsage, Sternberg o cualquier otro gran director. Pero ha caído en manos de un *metteur en scène* que hace bueno al peor de los nacionales. Y de un operador que colabora *dignamente* con su jefe.

Resumen: Los intérpretes, bien; los argumentistas, regular; la música, mediana. La dirección y fotografía, detestables. El público..., deseando aplaudir y apoyar con generosidad todo ensayo de película parlante en español.

Lamentamos el error de los capitalistas españoles, por la excesiva desconfianza que han sentido hacia los realizadores nacionales; error que, afortunadamente, no ha de repercutir en el éxito económico de la producción, salvada por muchos conceptos, y alabamos su intención de crear un *cine* en español, digna de aplauso y aliento.

Noticiario

El Cineclub presentó en su última sesión el *film* documental *Historia de la brujería*, realizado por la Svenska, de Suecia, y precedido de una erudita disertación a cargo del ilustre doctor Lafora. Documental y conferencia análogamente interesantes. Se proyectó a continuación una historia del *cine* con dos graciosas películas retrospectivas. Lo mejor—cinematográficamente—de la sesión fué un *Noticiario* divertidísimo, realizado en gran parte por Giménez Caballero.

Juan Piqueras se traslada a París. Deseamos que un éxito internacional justifique su decisión, lamentable, porque su desplazamiento significa la pérdida de uno de los valores—tres o cuatro—más calificados de nuestro paupérrimo periodismo cinematográfico.

Ha terminado la filmación de la versión española de la comedia francesa *Le trou dans le mur*, confiada a Benito Perojo, y que ha tenido como intérpretes principales a Roberto Rey, Amelia Muñoz, María Luz Callejo, la Pino y Valentín Parera. Será la segunda película hablada en castellano, y está patrocinada por la Empresa norteamericana Paramount Films.

El director español Florián Rey pronunció ante el micrófono de la estación radiofónica madrileña Unión Radio, EAJ 7, invitado por su redactor cinematográfico, una interesante conferencia titulada *Defensa de la película española*, que ha merecido los honores de la reproducción en importantes diarios de España y América.



Una escena de «La canción del día», primer *film* parlante en español, en el que figura Carlos del Pozo, Faustino Bretaña y Tino Folgar, con otros destacados elementos artísticos.



CARAS NUEVAS

Y caras olvidadas. ¿Qué se hizo de la dulce Esther Ralston, la ingenua de tantas comedias cinematográficas, suma y compendio de las virtudes y gracias sajonas? ¿Cuándo anuncia su ocaso la esclava Pola Negri, símbolo de dramas de espionaje, fiestas en el palacio de los zares, bajo la luz brillante de las cristalinas arañas palaciegas? ¿Y cuándo volveremos a ver a la graciosa Louise

Brooks, musa de películas guerreras, madrina gentil de muchos soldados de celuloide?

Frente a esas caras olvidadas, ofrecemos en esta página las nuevas de Lya Tora, la brasileña designada en el concurso Fox, perla de la espléndida bahía de Río Janeiro; Imperio Argentina, delicado "cocktail" hispanoamericano, y la belleza en flor de la valenciana Pepita Velázquez, intérprete de algunas películas levantinas.





GUIA BIBLIOGRAFICA

**Lo que
encontrará
el lector
en cada libro**



EPISTOLARIO DE VALERA Y MENENDEZ PELAYO.—Han recogido piadosamente estas cartas dos hombres de singular cultura, de fino y avisado espíritu, y las han aderezado con introducción y notas que bastan para la completa comprensión del texto. Hace muchos años que no se ha publicado libro de más deliciosa lectura. Resucita ante nosotros aquel ingenio sutil, donoso, ariscado, burlesco, zumbón, que fué Valera, y resucita en la intimidad de su diálogo epistolar con Menéndez Pelayo, exponiendo juicios sobre sus contemporáneos, sin recato alguno. En estas espontaneidades sobre López de Ayala, Núñez de Arce, Castro y Serrano y otros escritores, que, conocidas en la época, hubieran promovido escándalos, se revela el depurado gusto, el recto sentido crítico, la bien guiada cultura de don Juan Valera. Para la vida literaria de España, y aun para la política y social, este *Epistolario* es un valioso documento histórico. En breves líneas de una carta queda trazado el cuadro del caciquismo en la provincia de Málaga con tal relieve que parece un cuadro del género de "Los Comuneros" o del "Fusilamiento de Torrijos". Los eruditos Miguel Artigas y Pedro Sáinz han prestado mayor servicio a las letras publicando este *Epistolario* que si hubiesen encontrado un código desconocido.

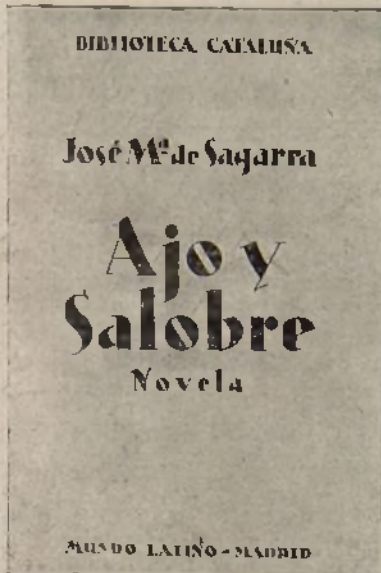
MEMORIAS. Volumen X de las Obras inéditas de Pérez Galdós, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.—Libro hermano del anterior, aunque menos íntimo y confiado. El lector encontrará aquí recuerdos de la vida de don Benito, el patriarca venerado de las letras españolas. Su visión de novelista proyectando su luz sobre su vida misma. Se lee con la sugestión de un cuento; hay en muchos instantes aquella emoción tierna, jugosa, buscadora de lágrimas, que no se encuentra más que en Galdós, en Dickens y en Daudet. Estas *Memorias* debieran constituir el último

presentaran en su consulta. Y este estudio biológico, aderezado con un alarde de erudición histórica, se ofrece al lector con el interés humano, con la pasión y la emoción de un ardimiento novelesco. En pocos libros del doctor Marañón como en éste puede llegar el lector de mediana cultura hasta él más enteramente. El médico ha sido superado aquí por el literato; el biólogo, por el escritor; el sabio, por el artista. Y, sobre todo, el lector encontrará aquí al hombre de corazón que hay en Marañón. La vindicación de Enrique IV y de su esposa es una obra de ciencia; pero, más aún, una generosa obra de misericordia.

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE VALENCIA. (*Relato de un procesado*), por Rafael Sánchez Guerra.—Entre los libros políticos publicados recientemente, se destaca éste con un extraordinario relieve. Es difícil que pudieran reunirse circunstancias más favorables para conseguirlo. Rafael Sánchez Guerra podía conocer mejor que nadie el pensamiento íntimo de su padre, don José, y los detalles todos del movimiento revolucionario, fracasado en Valencia, porque fué actor de este suceso desde su iniciación. Además, y esto es lo más importante para el caso, Rafael Sánchez Guerra es un periodista experimentado y sagaz, fácil narrador y perfecto conocedor del valor psicológico que tiene el detalle en toda información. Así, en este libro encontrará el lector no sólo el documento histórico valiosísimo que escribe el actor y testigo de los sucesos, sino el relato interesante, ameno, fluido, minucioso, que sólo puede

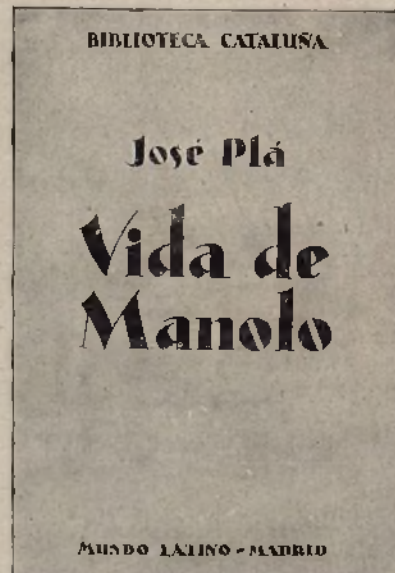
hacer el periodista hábil. Del acto caballeresco, noble, decidido, que realizó el señor Sánchez Guerra en Valencia, afrontando personalmente las responsabilidades de su actitud política, quedará honda huella en la política contemporánea. El libro publicado por su hijo Rafael logrará, mejor dicho, ha logrado que aquel acto caballeresco no pueda ser desvirtuado por erróneas versiones.

POR LA CONCORDIA, por Francisco Cambó. 2.^a edición.—En este libro encontrará el lector la exposición del pensamiento catalanista actual y su orientación frente al temor de que resurja en la política española lo que se ha llamado en la otra orilla del Ebro *asimilismo castellano*. Nadie duda en la posibilidad de una concordia y, más aún, en la necesidad de una concordia. En este aspecto, importa, sin duda, que cada español forme juicio personal y exacto del problema que llamamos catalán, y que en realidad es el problema de la constitución interna de España, planteado durante todo el período de la Reconquista, y que se mantiene vivo y se reproduce materialmente en las guerras civiles y en



tomo de los *Episodios Nacionales*, que la del asombroso escritor, fecunda y laboriosa, turbada de inquietudes económicas en sus postrimerías, es una página de la historia de España.

ENSAYO BIOLOGICO SOBRE ENRIQUE IV DE CASTILLA Y SU TIEMPO, por G. Marañón.—El lector encontrará en este libro de historia clínica, o de clínica arqueológica, el más interesante relato que puede imaginarse. De la vida del rey a quien sus contemporáneos llamaron *el Impotente* y de su esposa quedaron en las crónicas detalles suficientes para que un fisiólogo de la hondura, del arte y del ingenio que caracterizan a Gregorio Marañón, pueda reconstituir el estudio médico o clínico de aquellos cuerpos y de aquellas almas, como si fuesen enfermos que se



Gustavo Pittaluga

el Vicio la Voluntad la Ironía

Mundo Latino
M A D R I D

jurista, que une a su saber y a su visión científica de las cuestiones públicas un gran temperamento de artista y un gran arte de escritor. El lector, pues, encontrará aquí doctrina varia, interés intenso, emoción y pasión; cuanto puede hacer deleitosa la lectura de un libro.

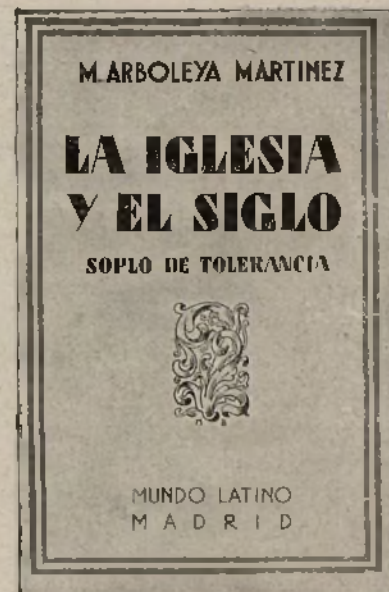
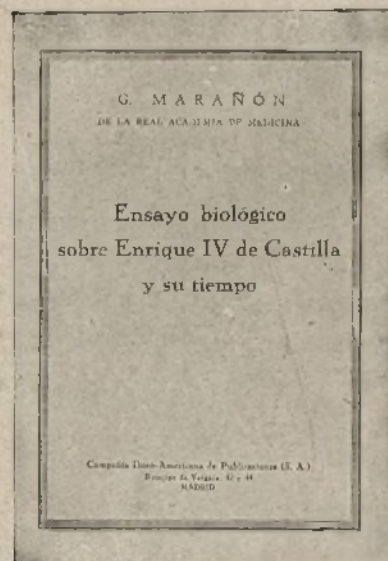
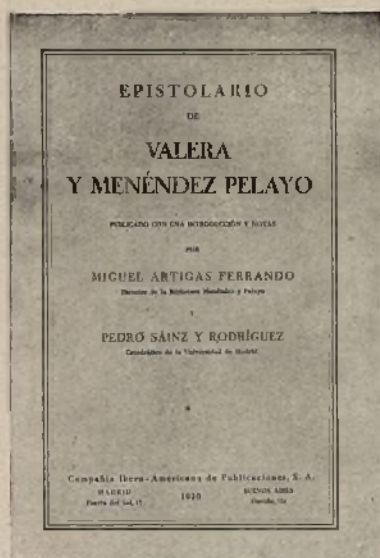
SOBRE LA DICTADURA, por José Félix Huerta.—Otro jurista, muy estimado por los profesionales, aunque su nombre no haya llegado todavía al gran público, plantea en este libro temas que apasionan hoy a buena parte de los españoles; parte bien pequeña, para la necesidad que tiene España de que todos sus hijos intenten ponerla en vías de mejor ordenamiento que tuvo hasta aquí. También Huerta ha adiestrado su pluma en el ejercicio del periodismo, y ahora, sirviendo en la administración de Justicia, templea su temperamento de escritor en el examen de las realidades de la vida, que llegan con toda intensidad y desnudez a los autos judiciales. El lector encontrará en este libro juicio claro, información y documentación suficientes, versión llana de problemas complejos y soluciones razonables, justas y convenientes, que preocuparán su atención y estimularán su juicio.

LA IGLESIA Y EL SIGLO. SOPLO DE TOLERANCIA, por M. Arboleya y Martínez.—Se publica este libro con licencia eclesiástica. El lector encontrará en sus páginas dichos y hechos que le sorprenderán, sin duda alguna. Una corriente de tolerancia, mejor dicho, una convicción, una profesión,

las doctrinas federales que conturban el período constituyente que se abrió en 1869. El libro de Cambó es un aspecto unilateral de este problema. Importa conocerlo a todo lector preocupado del bien de España.

NOTAS DE UN CONFINADO, por Luis Jiménez de Asúa.—Libro personal, relato de las deportaciones y prisiones que sufrió este profesor durante el período dictatorial, ofrece al lector, no sólo el recuerdo de sucesos que fueron conocidos, poco o nada, en las informaciones periodísticas, mutiladas o imputadas por la censura, sino las impresiones y juicios de este penalista y

gación científica. Nada más grato al profano que penetrar, sin el esfuerzo previo de prolijos estudios, en ciencias que desconoce. Para lograr plenamente este placer, es preciso que nos guíe en estos senderos la mano experta de un buen divulgador; sabio que tenga el arte de exponer clara y llanamente. Este es el caso de este libro. El lector encontrará en sus páginas tantas ideas nuevas y tantas observaciones precisas sobre la teoría biológica del vicio y la teoría erótica de la voluntad y sobre la ironía, el temperamento y el carácter, que quedará plenamente informado de cuestiones cuyo conocimiento tanto im-

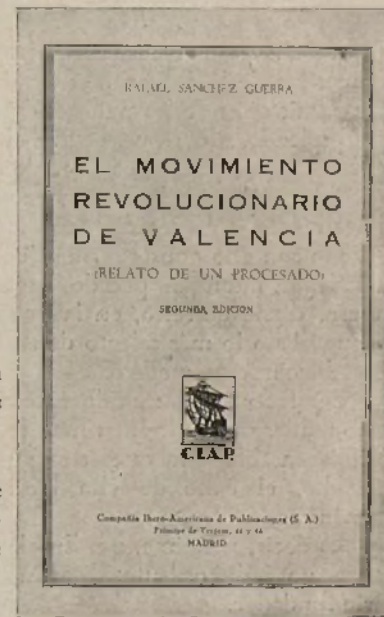
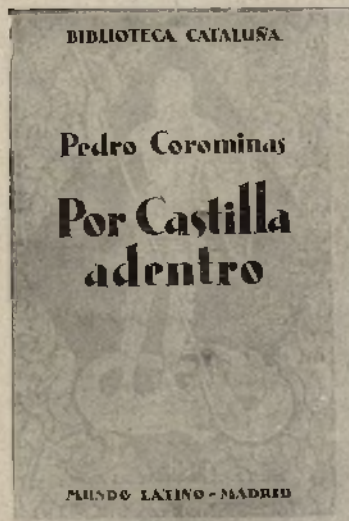
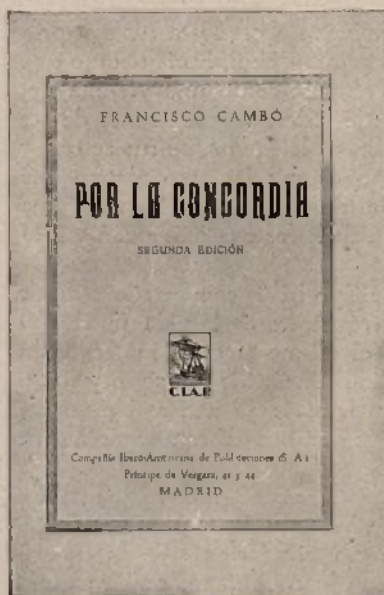


porta a todos como norma utilizable para regir y guiar nuestra conducta personal.

BIBLIOTECA CATALUÑA: VIDA DE MANOLO, por José Pla. **POR CASTILLA ADENTRO**, por Pedro Corominas. **AJO Y SALOBRE**, novela por José María de Sagarra.—Feliz idea y noble empresa política ésta de verter al castellano libros catalanes contemporáneos. *Vida de Manolo*, contada por José Pla, es un breviario de historia y de biografías. Con deliciosa ingenuidad, con humorismo mediterráneo se pinta la vida artística, literaria y picaresca de Barcelona y de Cataluña, sirviendo de personaje central el escultor Manolo Huguet. El lector encontrará en este relato noticias de artistas y escritores que le interesarán. Pedro Corominas no es desconocido en las letras españolas. Seguramente el lector tiene a este autor en la más alta estimación. En este libro, *Por Castilla adentro*, encontrará estudios admirables sobre la guerra nacionalista de las Comunidades de Castilla, sobre el concepto de la unidad política en la monarquía leonesa y sobre el sentimiento de la realidad en los libros de caballerías, y encontrará páginas vibrantes de emoción, como la que responde a la interrogante: "¿Duermes, Castilla?", o como la oración por Juan Bravo, capitán de Segovia, o como el fragmento en que se demuestra que el fantasma humano que resta es el caballero andante. En *Ajo y salobre*, José María de Sagarra reproduce un cuadro de vida catalana, con original desenfado que gustará a los aficionados a modernidades. No es lectura recomendable para toda clase de lectores; literariamente,

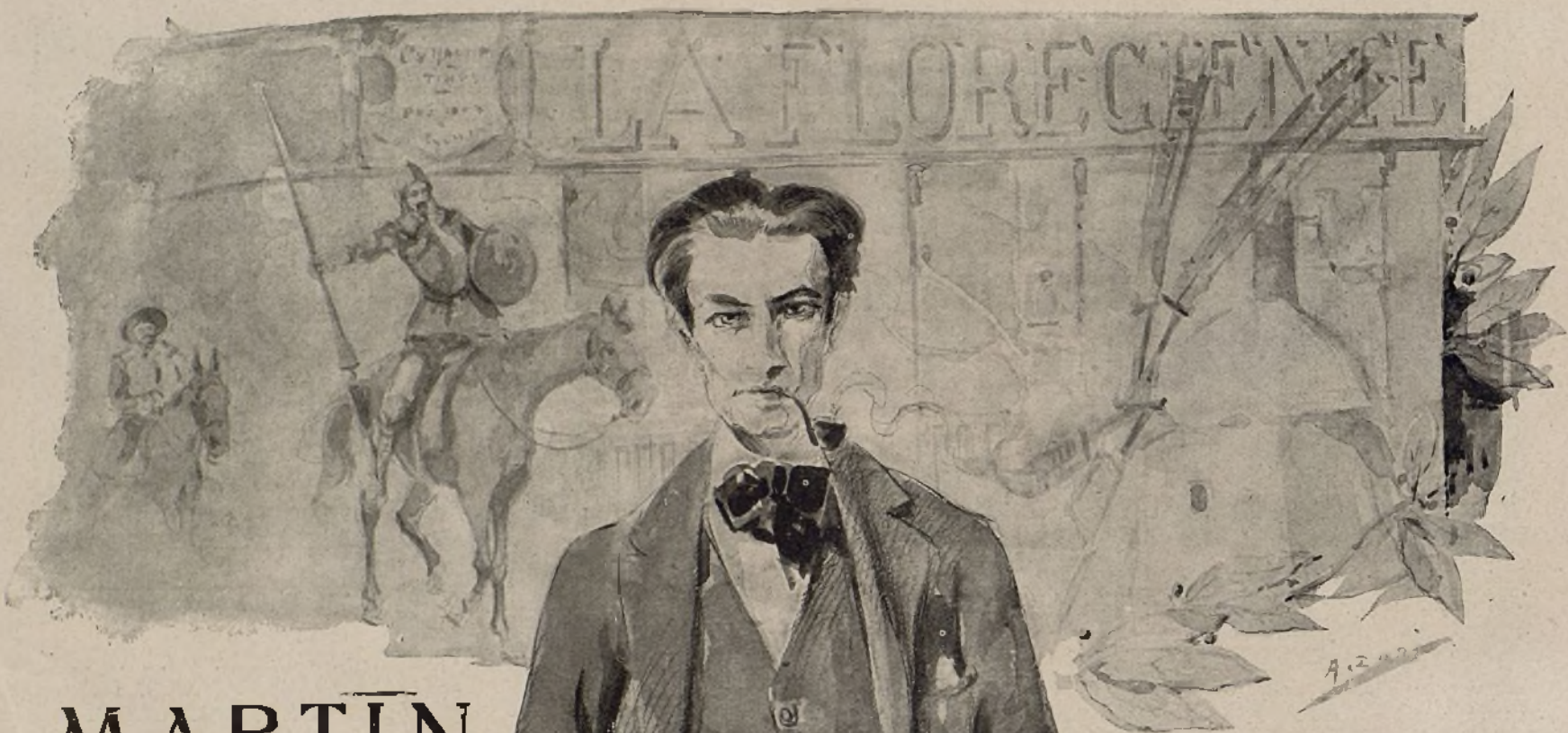
sin embargo, interesará a muchos la arbitrariedad en el estilo, que revela un afán de renovación. Hay en la novela un intenso ambiente de realidad y una gran tristeza de carne de alquiler. **EL ESPEJO DE LA MUERTE**, por Miguel de Unamuno.—Apenas queda espacio ya para hablar de esta colección de novelas cortas, publicadas en la colección, ya famosa, de *El Libro para Todos*. Siendo de Unamuno, el lector sabe que encontrará en sus páginas deleite grato, pensamiento hondo y preocupador, originalidad sorprendente. Parece innecesario todo elogio.

NAZARIN



La Iglesia viene dando el ejemplo y predicando la doctrina y tomándola como norma de conducta desde el pontificado fecundo de León XIII. La tolerancia inspira también ya a muchos que no comulgan en el seno de la Iglesia y es régimen normal de muchas instituciones, como la Oficina Internacional del Trabajo, cuyo director, el socialista M. Thomas, asistió al último Congreso que celebró la Internacional de Sindicatos cristianos.

EL VICIO, LA VOLUNTAD, LA IRONÍA, por Gustavo Pittaluga.—De los libros históricos, políticos y doctrinales, derivamos a los libros de divul-



MARTÍN QUIJANO

NOVELA ORIGINAL
DE
J. RAFAEL BALAGUER

Ilustraciones de A. DURÁ

Para Alberto Martínez Pardo



los treinta años de edad y siete de matrimonio, Martín Quijano, con ese gesto sencillo que suele preceder siempre a todas las resoluciones trascendentales, se dijo un día, como dirigiéndose a un concurso numeroso y exigente: —Ahora van a ver ustedes quién soy yo.

Y, todo actividad, alquiló un bajo espacioso, lo sustrajo temporalmente a toda mirada indiscreta por medio de una frágil muralla de cañizo, y, tras mes y medio de recibir en secreto a buen número de gentes que entraban y salían por una puertecilla inverosímil dando muestras de la mayor laboriosidad, ofreció una tarde a la admiración de los vecinos de la calle de Villanueva el esplendor, la riqueza y el depurado gusto de «La Floreciente», productos finos de allende los mares.

En que la tienda era un encanto convinieron todos. Realmente, sólo los ciegos y los envidiosos, y ya está dicho con ello que todos los dueños de establecimientos análogos, hubieran podido negar que aquella bombonera, digna de serlo, en la que Martín Quijano había acumulado lo más selecto de su elevado espíritu, era un establecimiento modelo.

Por fortuna, el mundo se compone de algo más que de tenderos de ultramarinos; condición, por lo demás, indispensable para que éstos puedan existir, y, gracias a ello, el éxito de «La Floreciente» fué grande y unánime.

Es decir, unánime, no. En el coro de alabanzas hubo una nota discordante: Martín Quijano, su propietario-fundador,

Nadie que le hubiera visto trabajar con tanto entusiasmo y perseverancia como había puesto en su obra hubiese podido prever esta inesperada consecuencia. Terminada la labor, cuando todos le aplaudían y felicitaban, Martín, viendo el fruto de sus afanes, comprendió que había hecho una solemne tontería: había triunfado. Era, pues, un majadero. Y tal como lo pensaba, lo dijo.

Preciso es reconocer que Martín se hacía justicia con una rara clarividencia, y que toda la razón que llevaban los que le aplaudían no mermaba en un ápice la que tenía él.

Porque Martín, pese a su situación, a su suerte, a su palidez de cera y a sus ojos profundos, de tormentoso azul, hacía tiempo que venía considerándose como una víctima del aturdimiento de la Vida, que las más de las veces no medita suficientemente sus actos.

¡Y a fe que jamás lamento alguno fué exhalado por ningún hijo de la nobilísima Avila de los Caballeros con más razón y fundamento!

Martín Quijano había comenzado a sentir la dura garra opresora de la vida puede decirse que en el mismo claustro materno. Su madre, Carolina Rincón de Almagro y Rute, que de soltera había sido una real moza sevillana, de aquéllas que dieron lugar a que Andalucía fuese llamada la tierra de María Santísima, fué de casada una real hembra, que sabía que lo era y presumía de serlo, a costa de no pocas tribulaciones de su esposo, el bonísimo don Juan Quijano, cada vez más

asustado y turulado ante el esplendor estallante de su dulce consorte.

La cual, llega 'os los síntomas primerizos de su primer embarazo, temerosa de perder la esbeltez y la línea antes de tiempo, hizo sufrir al que había de ser heroico protagonista de esta verídica historia, además de las naturales estrecheces del mencionado claustro, las más abrumadoras y crueles de un corsé de los que se usaban en tonces, cuando se estilaban las chaquetitas cortas, los talles de avispa y las faldas de capa.

Si tuvo la culpa la madre, si el chico *salió* a un tío que había pertenecido a la Escolta Real, o si fué obra tan sólo del emballenado corsé, está todavía por averiguar; pero lo cierto es que el torturado vástago nació largo y retorcido como un flexible, al que costó trabajos inauditos poner derecho, y que no acertó a mantenerse de pie hasta bien corridos los tres años.

Durante este tiempo, y salvo lo de l'amar serafín a un mocoso que estaba bien lejos de serlo, todo fué bien. El chico consiguió, al fin, tras año y medio de hacer pinitos, encontrar casualmente su centro de gravedad: le vistieron con el inevitable traje de marinera de cuello vuelto, gran chalina y gorra bélica, en cuya cinta se leía «El Invencible», y la madre, después de varias empeñadas controversias, se dejó convencer de que era más práctico que Martín fuera ingeniero que capitán general; con lo que éste quedó, antes de aprender a leer, irrevocablemente condenado a matemáticas.

Si la sentencia quedó incumplida, no fué culpa de ella ni del chico: así salieron ganando ambos con el incumplimiento. Pero el pobre don Juan Quijano murió prematuramente, de resultas de cierto régimen que le impuso un médico de fama, y Martín quedó huérfano de padre en el tercer año de bachillerato y séptimo de estudios, con una madre que seguía siendo un encanto y una pensión que comenzaba a ser una porquería.

«El tempestuoso mar de la desgracia», en el que las olas de la necesidad golpean sin tregua a los que navegan por él sin rumbo ni esperanza, arrastró a la madre y al hijo, haciéndoles desaparecer por mucho tiempo.

Hay motivos sobrados para sospechar que con esta falta de noticias van ganando no poco los lectores asustadizos que pueda tener esta historia, por lo cual no se esfuerza el que la escribe en llenar esa laguna, y vuelve a recoger el extraviado hilo en el momento en que Martín, hecho un estirado mozo de veintitrés años, decidióse a dar inequívocas pruebas de existencia contrayendo público matrimonio con Soledad Martínez de la Cabeza, hija de Madrid y nieta de un miliciano auténtico, de los que anduvieron a tiros un día por la plaza Mayor.

II

Cuando Martín contrajo matrimonio con Soledad, más que bonita salada y pizpireta, como casi todas las devotas del Santo labrador y contemplativo, se las prometió tan felices como suelen cuantos se deciden a visitar acompañados la Vicaría.

Sin carrera alguna, buena ni mala, y sin fortuna personal, grande ni chica, Quijano, por aquellas fechas en que su sino le hizo tropezar con Soledad en el Retiro, una mañana de mayo, pletórica de lilas, en que ella iba al obrador y él se dirigía al estanque chico, dispuesto a pintar unos cisnes con inconfesadas ansias, más mercantiles que artísticas, no contaba con otros medios de vida que sus mal aprovechadas condiciones pictóricas y un ingenio espoleado por toda clase de exigencias económicas.

Pero como la juventud desprecia siempre lo más interesante, Martín, recién levantado, olvidó repentinamente que aquel día había de comer con el producto de sus pinceles, y, colocándose la caja de colores debajo del brazo, echó tras Soledad paseo de Bolivia arriba, tratando de convencerla de que un almuerzo en las afueras, bajo los pinos, bien regado con sidra achampanada, era un placer que podía permitirse, sin menoscabo alguno para su decoro, una muchachita tan decente como ella, siempre que el galán fuese un hombre tan serio como él.

Y, almorzar, no almorzarán, él por lo menos;

MARTÍN QUIJANO

pero merendar sí, en el Nacional: café con media, y a costa de la caja de colores.

Lo que tan impremeditadamente comenzó, acabó en serio. Martín, antes de enamorarse de Soledad, creyó poder hacer una boda de conveniencia, enterado de que el padre de ella, hija única, era dueño de una no mala tienda de ult amarinos y de algunos ahorros, que juzgó suficientes para dedicarse con tranquilidad a sus aficiones artísticas; Soledad se dejó convencer pronto por la parla sonora y cascabelera..., y ello hubo de ser.

Claro es que a costa de no pocos sinsabores, porque el señor Paco, enterado de la situación un poco nebulosa de Martín, se opuso a oír hablar de boda, amenazando con hacer uso de un garrote que guardaba en la trastienda. Pero como el hombre es débil, tanto si es padre como si es marido, y la mujer es empeñada, tanto si es joven como si no lo es, Soledad aprovechó arteramente una enfermedad del viejo para afligirle con el posible cuadro de su juventud desamparada; hizo protestas de amor; salió fiadora de la seriedad y buenas prendas de Martín, y una mañana de abril, casi tan alegre como aquella otra de mayo, almorzaron en «La Huerta», en compañía de buen número de invitados, luego de haberle confesado que se querían a un cura, sin huesos, que tomó nota de ello, y les leyó una porción de cosas, de fijo todas sabias y prudentes, pero de las que no se enteraron ninguno de los dos.

A partir de este punto, y terminando el tan imprescindible cuantoprudente viaje de novios, las cosas comenzaron a marchar por derroteros distintos de los que Martín había supuesto.



Soledad, sin oponerse, desde luego, a que su marido siguiera pintando, comenzó a indicarle la conveniencia de tener contento al viejo, pareciendo por la tienda de vez en cuando, y la condescendencia del incauto, que creyó lógico aquello de «cultivar» al amo de la despensa, le llevó, sin que advirtiera la discretísima trampa, primero, a ir por allí a charlar un poco; después, a repasar las cuentas, para llevarlas él solo más tarde; y así, sucesiva y paulatinamente, que ahora echa una manita porque hay gente, que mañana no baja el viejo y hay que vigilar a los muchachos; cuando Martín quiso recordar, hacía medio año que no pintaba y sabía ya poner el dedo en el platillo, con lo que iba ganando la economía todo lo que perdían las bellas artes.

Y ya no hubo modo de retroceder.

Sin gritos, mansamente, sabiamente, Soledad amarró al mostrador a su marido tan de verdad, que cuando el señor Paco decidió marcharse de este mundo, admiraba profundamente a su hija, que había hecho de Martín el dependiente de ultramarinos más interesante y distinguido que tuvo Madrid.

III

Apenas desapareció el viejo, surgió en el matrimonio el primer disgusto serio.

Martín, al ocurrir la desgracia, comprendió, no sin algún remordimiento, que había estado deseándola mucho tiempo, así fuera inconscientemente, al suponer llegada para él la hora de la liberación.

Pero, pese a sus cálculos, cuando pasados unos días creyó oportuno plantear el asunto, hubo de vencerse pronto de que había echado sus cuentas con demasiada precipitación. Su idea, tan acariciada, de traspasar el negocio y vivir alejado del mostrador fué acogida por Soledad con un gesto y una resolución tales, que, desde aquel momento, la que hasta entonces fué dulce consorte, quedó convertida en consorte nada más.

Tan inútiles fueron las razones como los ruegos, las promesas como las amenazas. Soledad se negó a oír hablar de nada que oliera a venta, ni a cosa que lo pareciera, y acabó por amenazar a su marido, cuando éste creyó transigir hablando de poner al frente de la tienda un encargado que le eximiese de la diaria intervención, con ir ella en persona a ponerse detrás del mostrador, dispuesta a defender a todo trance el bienestar de su vida, hija, desde hacía tanto, del humilde establecimiento.

Ante el firme tesón de Soledad, Martín tuvo que claudicar. Y entonces ella, como en premio al rendimiento, propuso a Martín algo que al principio le consoló un tanto.

El negocio daba de sí; el viejo había dejado algunos miles de pesetas. Nada se oponía, pues, a que Martín, si se encontraba mal en la tienda de los barrios bajos, montase una nueva, con arreglo a sus gustos, en otro mejor. Román, el dependiente de confianza, podría cuidar mientras de la antigua, hasta ver el rumbo que tomaba la que se abriese, y si iba bien, podrían dejarle aquella por un tanto, que siempre sería una reserva, por lo que pudiese tronar.

De este modo, como una concesión, que antes era un grillete más, disfrazando de graciosa merced el más estudiado cálculo, nació a la tranquila vida comercial del barrio de Salamanca «La Floreciente».

Que el éxito de ella era su condena definitiva, lo vió Martín apenas dejaron de distraerle los mil detalles de la instalación. Y al darse cuenta de esto, furioso consigo mismo, comenzó a exteriorizar su disgusto con una constancia que sólo hacía posible lo sincero de su esfuerzo.

Oyéndole, Soledad parecía indignarse, abrumándole con sus reproches. ¿Qué podía él pedir? ¡La tienda! La tienda era el pan, la tranquilidad que no habían sabido darle los pinceles por que suspiraba. ¿Y aún se atrevía a despreciarla?

Martín, ante la fuerza de los hechos, tenía que recoger velas, lastimado en sus más tibias ilusiones. Soledad, entonces, bajaba el diapason, se humanizaba, se ponía tierna, y acababa la cosa como siempre: prevaleciendo la prudente voluntad femenina al final de la conversación, que siempre iniciaba él, ansioso de libertad, y de la que siempre salía vencedora ella, con aquella habilidad suya para mezclar las quejas y las caricias, los ruegos y las imposiciones.

MARTIN QUIJANO

«Es inútil—pensaba Martín luego—; por más que haga, nunca conseguiré sacudir el yugo. ¡Ah!, la hipócrita, y cómo supo anularme, imponérseme! ¿Y para esto me he casado yo? ¿Y esto es el matrimonio? ¿Esta la compañera dócil, inteligente, con la que han de compartirse las ilusiones y las esperanzas?»

Pero le faltaba valor para afrontar la situación y hacer valer sus derechos de marido. En su desesperanza, sólo una luz brillaba; pero ¡tan lejos!, ¡tan apagada!... Si hubiera podido huir, escapar...; pero ¿cómo?, ¿con qué medios?...

Y un día, cuando ya la situación se había hecho insostenible, la suerte le ofreció una solución inesperada.

De lejanas tierras, de los territorios del Canadá, vino la fausta nueva y la triste noticia: su tío Alonso, un hermano de su padre que hubo de emigrar ante cierta falta de su esposa, de la cual no tuvo hijos, había nombrado a Martín heredero de la cuantiosa fortuna amasada en el destierro voluntario, y la noticia alcanzó a Martín en la cabeza como un mazazo.

Era la fortuna, la liberación, la vida verdadera que llegaba y, con ella, la realización de todas sus ilusiones. Ahora sí que Soledad...

La evocación, lógica, de su mujer, ignorante aún de lo que había, le detuvo bruscamente en mitad del arroyo. La excitación le tenía tremante, calenturiento, incapaz de raciocinar. Como alucinado, víctima una vez más de su eterna cobardía, se vió de nuevo vencido por Soledad, sometido a su criterio inflexible..., dueño de veinte tiendas de ultramarinos, todas nuevas, flamantes..., llenas de garbanzos, de embutidos, de conservas...

Y súbitamente, sin recapacitar cosa alguna, como se toman las resoluciones trascendentales, decidió de plano y dispuso de sí.

Con una serenidad nerviosa de que no se hubiera creído capaz horas antes, falseó la verdad, ocultó sus pensamientos, realizó las operaciones precisas para entrar en posesión de la herencia, y, una vez asegurada, pretextando una compra ventajosa fuera de Madrid, desapareció de España.

Cuantas pesquisas realizó la Policía, instigada por Soledad, fueron inútiles.

El último parecer fué que a Martín debieron asesinarlo, para robarle, sin que, ante la impunidad, se avergonzase nadie de esta suposición.

IV

Cuando Quijano abandonó Madrid, adoptó un disfraz absurdo; anduvo escondiéndose; pasó días enteros encerrado, y se comportó, en fin, de la manera menos recomendable para el éxito de su escapatoria, en la que no fué lo menos grave echar mano de

la documentación del muerto, suplantando su personalidad, con evidente riesgo de denunciar la propia.

Si el fugitivo no hubiera dispuesto de la gran fortuna heredada, seguramente no habría dado dos pasos sin ser desenmascarado. Pero como el dinero era positivo y los documentos auténticos, nadie se arriesgó a molestarle, y sus continuos sobresaltos, que le hacían ir de un lado para otro sin descansar en ninguno, pasaron por excentricidades de rico mal criado, y nadie se curó de ahondar en su personalidad.

Poco a poco, el tiempo fué convenciéndole de la impunidad de su jugarreta; consiguió tranquilizar sus nervios, y recobró en parte la serenidad, así no consiguiera alcanzar lo mismo la calma, y menos la alegría, tras las que pensó correr desenfrenado cuando huyera de Madrid. Con lo cual, el «rejuvenecido» don Alonso Quijano convirtiéndose fácilmente en un señor un tanto raro que paseaba sus millones y su aburrimiento a lo largo y a lo ancho de la maravillosa Costa Azul.

La inquietud espiritual, empero, le impidió gozar íntegramente las ventajas de su nueva situación. Martín no había nacido para vivir en el aislamiento en que se encontraba, y los placeres, afanosamente buscados como compensación, se le negaban de un modo sistemático.

En cuantos ojos femeninos le miraban prometedores creía ver el brillo acerado de la codicia, previniéndole y amargándole, y la aventura sentimental quedaba truncada en sus comienzos, sin viabilidad posible.

Del mismo modo, en todo ofrecimiento de amistad creía descubrir el egoísmo, el cálculo, y la fuente se cegaba.

Por un momento creyó encontrar en el juego el cúmulo de sensaciones que su espíritu necesitaba. Con serenidad que habría parecido sor-



A. DURA



VEAN LOS NUEVOS **RENAULT 1930**

6 CILINDROS:

MONAXIS

(8 CV.)

VIVAXIS

SERIE

(15 CV.)

MONASTELLA

(8 CV.)

VIVASTELLA

(15 CV.)

Y LOS MODELOS GRAN LUJO

Pidan en seguida pruebas, precios y detalles en la S. A. E. de Automóviles **RENAULT**

EL REINASTELLA RENAULT 32 CV 8 cilindros
en línea clasifica a sus poseedores entre las personas
más selectas. Es la maravilla del automovilismo.



MADRID . . .
SUCURSALES

Dirección, Oficinas y Depósito: Av. P. Toros, 7 y 9.
Salón Exposición: Avenida de Pi y Margall, 16.
SEVILLA: Martín Villa, 8 (en la Campana).
GRANADA: Gran Vía de Colón, 38 y 40.
VIGO: Velázquez Moreno, 14.

VENTAS A CREDITO Y A GRANDES PLAZOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS

Ayuntamiento de Madrid

prendente, hubiera perdido las mayores cantidades, sin que se contrajera un solo músculo de su rostro; pero la suerte, cínicamente, le negó aquella posibilidad de aparecer como un gran señor, y se mostró dispuesta a derramar sobre su cabeza los más absurdos favores.

Ganaba, ganaba... Y lo que la pérdida no hubiera provocado en él, la ganancia lo conseguía, acabando por ponerle nervioso y hacerle levantar de la mesa con un gesto de rabia idéntico al de cualquier jugador perdidioso poco sufrido.

Afortunado en el juego...

«¿Por qué no habré de perder yo—solía murmurar colérico, camino del hotel—; por qué no habré de perder yo, que lo deseo, si pierden cuantos vienen a ganar?...»

En esta peregrinación, Martín—don Alonso—recorrió varias veces de norte a sur toda Francia, la Costa Azul, Italia..., para volver a recorrerlas, Italia, la Costa Azul, Francia, de sur a norte, hasta que, harto de ver caras nuevas, que no lo parecían, a fuerza de tener todas la misma expresión fría, el mismo gesto de cansancio que él se descubría en el espejo cuando trataba de reconocerse, recalaba en París dispuesto a pasar el invierno, para huir luego, en primavera, hacia otros parajes, siempre en busca de lo que desesperaba encontrar.

Como le había sucedido siempre, cuando dejó de correr tras la aventura, dió de bruces en ella.

En su segunda visita a París, Martín había cuidado de prepararse un retiro, instalándose en un principal de la rue Soufflot, ancha y soleada, cuyas mejores habitaciones convirtió en estudio, recorriendo sus buenos tiempos de pintor de cisnes madrileños.

Esto era lo único de que estaba realmente satisfecho: de su alojamiento. La calle Soufflot, a cuyo fondo se alza de frente el Panteón, con su esbelta galería circular de columnas y su cúpula un poco estirada, vista desde la esquina del bulevar de Saint Michel, colocándose del otro lado de la fuente, le recordaba la madrileña calle de Felipe IV, con el «Casón» al fondo, como cerrando la vía, lo mismo que el Panteón aquí.

Si esta parisiense hubiera estado más solitaria, para Quijano la ilusión habría sido perfecta.

Una tarde, al regresar a casa antes que de costumbre calle de Soufflot abajo, una mujer joven, espigada, rubia, de unos raros ejes verdes, se cruzó con él, calle de Soufflot arriba.

Martín se detuvo, al verla, bruscamente, sin acertar el porqué. Ella pareció notarlo, y quizá por confundirle con alguien, quién sabe si por pura curiosidad o por una simple coincidencia, ello es que se volvió a mirarle, posando sobre los de Martín la mirada toda aceros de sus ojos, para seguir luego su camino, un poco avergonzada.

Desde el punto en que se cruzaron, mediada la calle, hasta llegar a la altura del Panteón, bien corto trecho, y a pesar de que ella forzó el paso, Martín consiguió darla alcance, se detuvo indeciso, volvió a intentar abordarla, y acabó marchando en su seguimiento, firmemente resuelto a llegar hasta el fin.

¿Cuánto tiempo duró la silenciosa persecución?... Martín no hubiera podido decirlo nunca, ni recordar tampoco los sitios por donde anduvo. Creyó haber pasado por el Louvre; cruzó el Sena por un puente para volverlo a pasar por otro; se sintió perdido en un dédalo de callejuelas que su perseguida recorría con paso firme, como conocedora del terreno, y al fin, tarde ya, cuando ella se decidió a regresar, convencida de la inutilidad de sus evoluciones y de la constancia del galán, desapareció de pronto en un portal, lanzando sobre Martín una postrer mirada casi rencorosa.

Tras un momento de vacilación, Quijano se aventuró a penetrar en la casa.

MARTIN QUIJANO

Ahogando una exclamación de sorpresa, la perseguida, al verle, desapareció escaleras arriba.

Martín quedó en el centro del patio, un poco desconcertado, comprendiendo lo ridículo del caso.

Ante él, ceremoniosamente, se inclinaba con el mayor respeto la calva sonrosada del señor Poitin su portero, que le daba las buenas noches con su puro acento parisién.

Tres meses después, Cecil Jolie, de veintiséis años, natural de Reims y educada en París, encantadora huérfana de un oficial de dragones muerto en el undécimo asalto del Camino de las Damas, pasaba a ser, con arreglo a la ley francesa, madame Quijano.

Para asegurar el éxito de su peligrosa determinación, Martín sólo creyó prudente llevar a cabo una superchería, que pasó ante las autoridades, que sonrieron protectoras, como una coquetería sin importancia: la de quitarles años a los documentos de don Alonso, con los que contrajo su segundo matrimonio.

V

Al principio todo fué bien.

Tan distinta de Soledad, su primera mujer, buena de toda bondad, pero ruda, brusca, Cecilia,

infinitamente más preparada para la vida conyugal, respetuosa y delicada, colmó las ansias de Martín de una vida jugosa, intensa y plena.

Ciertamente, el más exigente de los maridos hubiera tenido muy poco que reprochar a Cecilia durante los primeros meses de su matrimonio. Respetuosa, comprensiva, cariñosa, condescendiente...

Martín estaba encantado.

Encantado de la vida, de su esposa, de haber tomado la determinación que le permitía saborear esta dicha inesperada, en la que todas las delicias parecían reunirse y todos los deseos satisfacerse; de las ciudades que veía, de los paisajes que contemplaba; de sí mismo, en fin, y del mundo entero, al que la primavera y su alegría prestaban un encanto singular y maravilloso.

Estaba encantado, y lo confesaba a gritos.

—Lo que se dice encantado, *ma chérie*.

—Yo también soy bien contenta—murmuraba ella sonriendo, con aquella sonrisa especial tan suya, que era como si ofreciese los labios.

Y ella, y la gracia con que chapurreaba el español, en su deseo de satisfacer todos los de Martín, a éste le acababan de trastornar, y la cosa terminaba casi siempre «escribiendo a París» en español.

Esta delicadeza, esta conformidad constante de Cecilia, amoldándose a los deseos todos de Martín, acabaron por conducirlo a él, como de la mano, a no dar paso ni tomar resolución sin consultarla a ella, obligada caballerosidad de quien sólo atenciones tenía que agradecer, y de aquel cambio de cortesías pareció nacer una más firme estimación mutua, que fué como una cadena—de rosas al principio, de puro hierro más tarde—para el desventurado Martín.

Después de preguntarle a una mujer adónde quiere ir, no queda más remedio que ir a donde ella quiera.

Y Martín fué.

Al principio, sin darse cuenta, creyendo pagar con una justa reciprocidad las condescendencias de ella; después, cuando comprendió, cuando se dió cuenta de que Cecilia usaba de la expresión de su cariño, todo coqueterías, para conseguir disimuladamente la satisfacción de sus caprichos, a la fuerza, sin atreverse a romper las ligaduras, pero renegando de su credulidad, cuando ya era tarde para retroceder.

Este descubrimiento, este saberse embaucado, dado su especial con-



dición celosa, llevóle fatalmente a desconfiar de los mimos y caricias de su mujer, primero; de la verdad de su cariño, después, y de su fidelidad, más tarde, en un descenso precipitado y tumultuoso desde las alturas de su felicidad, a las hondas negruras de la desdicha, y ya no hubo instante de tranquilidad para él.

Los consabidos y envenenados «adónde vas», «de dónde vienes», «a quién esperas» hicieron su aparición entre ambos, señalando la proximidad de la tormenta, y ésta sobrevino al cabo.

Cecilia, muy francesa, educada en el ambiente parisiense, en una escuela de agradabilidad, y segura de no haber cometido falta alguna reprochable, rechazaba indignada las celosas suspicacias de su marido y su sañuda desconfianza.

El, acostumbrado a la ruda sinceridad del cariño recogido y vergonzoso de la mujer española, no podía comprender las protestas de Cecilia contra las exigencias que él encontraba tan pertinentes y justificadas.

¡Hullaba en todo tantas sombras, tantos motivos de sospecha!

Más de una vez, en raros momentos de serenidad, había intentado ahuyentar sus dudas, convencerse a sí mismo de lo exagerado de sus temores.

«Es cuestión de educación», se decía, tratando de tranquilizarse; pero pronto el *pero* perturbador le volvía a su constante estado de irritabilidad.

Llegó un momento en que Martín, creyendo velar por su honor, que nadie había ofendido, quiso imponer su voluntad a la española, alegando derechos, pregonándose amo y señor, hablando a gritos y cerrando los puños.

Cecilia, un poco pálida al principio, fué serenándose conforme él iba perdiendo los estribos y, con ellos, la delicadeza; le oyó hasta el final sin contradecirle, y cuando él cesó de gritar, agotado físicamente, le llamó «español» y «torero» con el más despreciativo tono de su voz, y saliendo majestuosamente, con el empaque de una reina ofendida por un vasallo miserable, le dejó solo y con la boca abierta.

A las cuarenta y ocho horas, Cecil Jolie, madame Quijano por espacio de año y medio, presentaba ante los Tribunales de París una demanda de divorcio, fundada en malos tratos, y tres meses después, al día siguiente de dictarse la sentencia que les devolvía la libertad, Martín abandonaba su piso de la rue Soufflot, y marchaba a Calais dispuesto a embarcar para Inglaterra, renegando de Francia y de su desventura con una rabia en la que entraba por mucho la humillación.

VI

La travesía del Canal fué todo lo movida que podía ser, y demostró cumplidamente que podía mucho. El barco bailó durante todo el viaje el más desenfrenado «paso del camello» que *jazz-band* alguno pueda acompañar en esta época de músicas negras y danzas salvajes, y el mar no se amansó hasta el momento del desembarco, en que, como una ironía sangrienta, brilló el sol y se despejó el tiempo.

El viaje hasta Londres, emprendido sin descanso, fué para Martín como prolongación de la atareada travesía, y la llegada a la capital inglesa, con tiempo de nuevo peor que malo, revistió caracteres tan desagradables, que cuando el asendereado ex marido de Cecilia Jolie llegó al hotel a que le llevaron, como un bulto más de su equipaje, rogó que le proporcionaran un criado; le hizo varios encargos con la misma confianza que si le hubiera conocido toda su vida, y se metió en la cama tan decidido a descansar, como si no pensara hacer otra cosa en todo el resto de sus días.

Cuando despertó, a las treinta y dos horas, el problema de su vida inútil se le ofreció de una manera descarnada. «¿Qué hacer?», se dijo.

Londres no era, desde luego, el punto más indicado para refugio de Martín. Frente a un paisaje lleno de luz, Martín hubiese protestado, gembundo, durante algún tiempo, sintiéndose irremisiblemente desgraciado; mas, al cabo, la alegría del sol se le hubiera metido en el alma, y todo habría pasado.

Pero junto al Támesis, envuelto en nieblas, constantemente aterido, sin otro fuego que el de las chimeneas, ni color alguno en el cielo ni en la tierra, uniformemente gris ahumado, Martín se sintió en su elemento, y se dio a cultivar la melancolía con una complacencia a todas luces peligrosa para su sistema nervioso.

Y si se piensa que, para distraerse, no halló ocupación más tentadora que la de dedicarse a aprender el inglés con un ardor que no parecía sino que todo su porvenir dependía de su aplicación, se comprenderá fácilmente que su criado, aun siendo feniano, le abandonara, encontrándole demasiado taciturno.

Al principio, todavía Martín se dejó ganar alguna vez por la curiosidad, y trató de pasear de vez en cuando; pero tuvo que desistir pronto.

MARTIN QUIJANO

Cuantas veces lo intentó a pie, hubo de perderse apenas abandonaba Pall Mall o Trafalgar Square, y la postrera, empeñado tontamente en no preguntar a nadie la dirección de su hotel, fué a hundirse, lleno de barro, en las encrucijadas de Witchapel, y el miedo que le produjo el sombrío barrio fué tan grande, que no le abandonó hasta mucho después de haber logrado escapar, gracias a un policía que la suerte le deparó.

Desde entonces recurrió a la lectura y a la meditación.

«¿Es posible—se decía—que quien hizo al hombre tan enemigo del aislamiento no se cuidara de poner junto a la necesidad el remedio, proporcionándole la compañía espiritual adecuada? ¿Es que no existirá la compañera ideal, o es simplemente que yo no he sabido encontrarla?»

Ante esta sospecha, su vanidad protestaba, asistida del orgullo:

«No; no había sido falta de tacto, sino sobra de corazón lo que le había perdido. Si a Soledad él le hubiera hecho saber... Pero no: Soledad no podía cambiar. La culpa fué sólo suya, por ir a buscar compañera inferior a él en educación y delicadeza. Aunque en el fondo fué bien disculpable equivocación. ¡Era tan buena, tan sincera!... ¡Si no hubiera tenido un concepto tan equivocado de los ultramarinos!...»

Cecilia, en cambio, ¡ah, la muy traidora, y cómo supo embaucarle! ¡Claro, fingía tan bien! Y es que los hombres nos cegamos en ciertos momentos. No podían ser sinceros besos tan bien dados. Con el pretexto de agradar, sólo se cuidaba de sí misma: no tenía más que egoísmos y bajezas en el alma. Pero ¡fingía tan bien! ¿Quién hubiera podido reunir la sinceridad, el oro de ley de Soledad, tan arisca y tan buena, tan torpe y tan amante, con la manera de la otra, con su «saber hacer» falso y mentiroso, pero tan agradable y tan dulce!

Sin embargo, *ella* debía existir. Tenía que darse en el mundo la mujer inteligente y buena a la par, sincera y afectuosa, bondadosa y alegre, espiritual y amante, respetuosa y abnegada. Pero ¿dónde encontrarla? ¿Cómo merecerla?...

Resultado final de tan hondas meditaciones era una confusión, que no le dejaba saber a qué atenerse acerca de sus fracasos sentimentales, y un ansia mal encubierta de volver a empezar, pese a todos los peligros.

Afortunadamente, la llegada de la primavera, que se presentó de pronto, cuando ya nadie se atrevía a esperarla—tan lejos estaba la fecha oficial de su advenimiento—, cambió un poco este desastroso estado de cosas.

VII

En la mudanza de Martín, si mucha parte tuvo el tiempo, no la tuvo menor su encuentro con un amigo que, como él, se había lanzado a la calle en cuanto brilló el sol.

Martín conoció a Harris Crawford en Niza, al comienzo de su aventura con Cecil Jolie. Había, pues, motivos suficientes para considerarse los mejores amigos del mundo, sobre todo teniendo en cuenta la situación moral de Martín, y considerando que el impecable inglés había conocido a Cecil, y ello le ponía en el trance de soportar confidencias.

Uno se cansa de hacer denigrantes consideraciones acerca de la deslealtad de una mujer, y ella continúa agarrada al corazón como un pesado lastre que el recuerdo no puede desechar; pero cuando, tras una confidencia de veinte minutos, se le dice a un amigo, con un gesto indiferente: «¡Bah!... Era una desgraciada», parece como si violentamente la apartase de sí, y aunque no se consiga olvidarla por completo, ya no se la lleva dentro, ya está fuera, al margen.

A Cecil Jolie Martín la echó de su corazón cuando le confió a Harris que ya la había olvidado; Harris encontró juiciosa la determinación, y Martín, afirmándose en su idea de la superioridad británica, se encontró de pronto en la más feliz disposición para gozar de los encantos de la primavera inglesa, que comenzó a interesarle enormemente.

A partir de este instante, su vida cambió de un modo radical.

Crawford se encargó de introducirle en la sociedad inglesa, y, gracias a él y a sus buenos oficios, Martín comenzó a frecuentar salones, concurrir a fiestas, fué admitido en diversos clubs aristocráticos, y en todas partes hizo un lucido papel, renovando de paso su guardarropa.

Aireado así el espíritu y sosegado el corazón, las aventuras amorosas, más o menos interesantes, no podían faltar, pero el recuerdo de sus fracasos sentimentales, poniendo un freno a su fogosidad imaginativa, fué un dique que le defendió durante algún tiempo, retardando la caída, así no consiguiera evitarla por completo.

Bien es verdad que de sus galantes tratos con las más complacientes inglesas que llegó a conocer, formó de la mujer británica un concepto altamente satisfactorio para ella. Desgraciadamente, este apresurado concepto se convirtió bien pronto en un poderoso contrapeso de su maltre-



SOMBREROS STETSON

EL SOMBRERO
DEL HOMBRE
ELEGANTE

ESTILO - CALIDAD

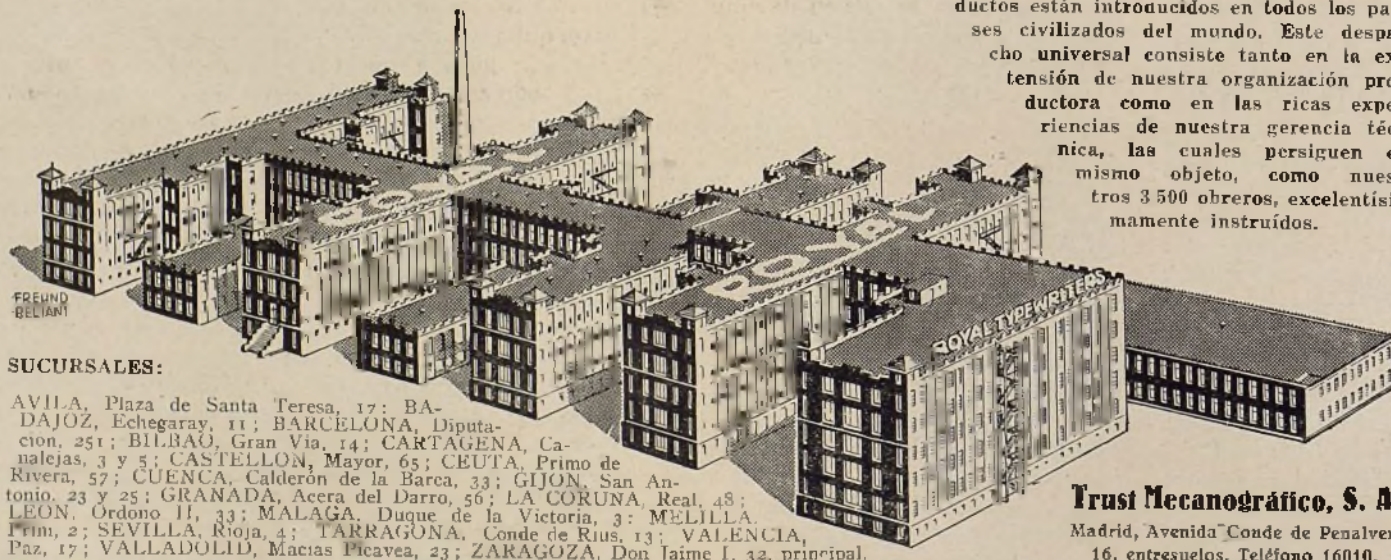


DE VENTA EN LAS MEJORES SOMBRERERIAS

ROYAL TYPEWRITER COMPANY, INC.
NEW YORK

Un desarrollo incomparable...

... es éste el rasgo característico de la historia de veinte años de nuestra empresa. Sus productos están introducidos en todos los países civilizados del mundo. Este despacho universal consiste tanto en la extensión de nuestra organización productora como en las ricas experiencias de nuestra gerencia técnica, las cuales persiguen el mismo objeto, como nuestros 3 500 obreros, excelentísimamente instruidos.



SUCURSALES:

AVILA, Plaza de Santa Teresa, 17; BADAJOZ, Echegaray, 11; BARCELONA, Diputación, 251; BILBAO, Gran Vía, 14; CARTAGENA, Canalejas, 3 y 5; CASTELLON, Mayor, 65; CEUTA, Primo de Rivera, 57; CUENCA, Calderón de la Barca, 33; GIJON, San Antonio, 23 y 25; GRANADA, Acera del Darro, 56; LA CORUNA, Real, 48; LEON, Ordono II, 33; MALAGA, Duque de la Victoria, 3; MELILLA, Prim, 2; SEVILLA, Rioja, 4; TARRAGONA, Conde de Rius, 13; VALENCIA, Paz, 17; VALLADOLID, Macías Picavea, 23; ZARAGOZA, Don Jaime I, 32, principal.

Trust Mecanográfico, S. A.
Madrid, Avenida Conde de Penalver, 16, entresuelos. Teléfono 16010.

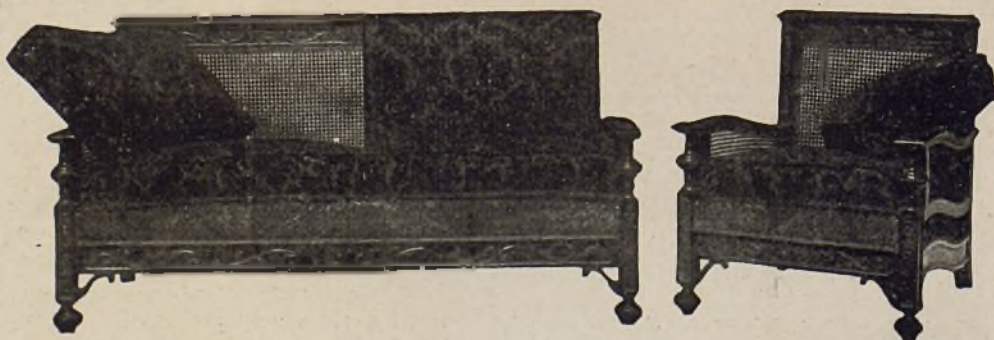
GAONA

MUEBLES DE LUJO ECONOMICOS



TAPICERIA
DECORACION
Y PROYECTOS

MADRID - HORTALEZA, 71
TELEFONO 10568



cha experiencia en cuestiones femeninas. Y eso que la iniciación de su nueva aventura tenía que haber sido para él un aviso que no debió despreciar nunca. Porque su intimidad con Fanny Harstan nació de un accidente que, si no llegó a ser desgraciado, tampoco fué demasiado edificante.

Ello ocurrió durante una jira campestre.

Organizada por los tíos de Fanny, a los que había sido presentado en una fiesta de la Embajada americana, y perteneciendo éstos a lo más distinguido de Londres, Martín creyóse en el caso de hacer una visita a su sastre, el cual le confeccionó, con la necesaria rapidez, un precioso traje de campo que estrenó aquella mañana, previo el visto bueno de Harris.

Si el traje era muy elegante, fué más desgraciado.

Habiendo salido temprano de Londres, la excursión se desenvolvía placenteramente con arreglo al programa dispuesto, y tocaba ya a su fin la primera parte de él, cuyo colofón era el almuerzo en la posesión de los Harstan, cuando surgió la desdichada contingencia.

Marchaban los caballeros siguiendo el curso de un canal por el que dulcemente se deslizaba una barca entoldada, en la que iban las señoras, cuando de pronto se notó en ella alguna confusión, se oyeron algunos gritos, y vióse caer algo al agua.

En los primeros momentos nadie se dió cuenta de lo que había sucedido y la ansiedad fué grande. Sobre todo para el generoso Martín, quien, sospechando una cruel desgracia—tales eran los gritos que de la embarcación llegaban—, sin encomendarse a ningún santo ni acordarse de traje nuevo, seguro de sus grandes dotes de nadador, llegóse rápido a la orilla, tomó impulso y se arrojó al canal con la más clásica «salida», combado el cuerpo, inclinada la cabeza, estirados los brazos que semejabán una proa con las manos juntas.

Desgraciadamente para él y para el lucimiento de su profunda ciencia natatoria, el canal, si tenía mucho barro, apenas traía agua, y esta pequeña particularidad, en colaboración con la regular altura del margen y lo clásico de la zambullida, dieron como resultado que don Alonso Quijano y Bueno de los Infantes se «plantase» en el légamo del canal, tal que una estaca, y ofreciese a sus compañeros de excursión el lamentable espectáculo de dos piernas emergiendo verticalmente del agua, agitadas por las más violentas contorsiones.

Cuando a costa de no pocos esfuerzos, y tirando de ellas, pudo el heroico Martín ser arrastrado hasta la orilla, su figura, con el sombrero hasta las orejas, y chorreando barro por todas partes, carecía en absoluto de distinción.

«No hay mal que por bien no venga» profetiza un refrán castellano que recordó días después Martín. El chapuzón, el constipado consiguiente, el susto, la falta de ropa, todo, en fin, pareció confabularse para que Quijano, en lugar de unas horas, pasase ocho días en la quinta de los Harstan.

Fanny, según le confesó al quinto día, paseando por el jardín, era la que más se había asustado al verle arrojar al agua, y la única que no se había reído viéndole pernear furiosamente mientras estuvo clavado en el canal cabeza abajo. Y es que ella no dejó de pensar un solo momento en que Martín se había expuesto sólo por ella, creyendo que le había ocurrido algún accidente..., como él le había confiado el día anterior.

¿Hacia falta tanto para enchirivitar a Quijano, perseguidor incansable de la mujer ideal? ¿No lo era indudablemente la que así resistía el ridículo, mostrando a las claras la bondad de su corazón con ello, y a la vez la agudeza de su entendimiento al comprender desde el primer instante que había sido ella la causa de su heroica hazaña...? ¿No era, al fin, suya, de Fanny, la sombrilla que se había caído al agua, dando origen a todo lo sucedido...?

Harris Crawford se dignó apadrinar el enlace.

El pastel de boda, en cuya confección emplearon cinco pasteleros siete días, pesó trescientas ochenta y dos libras cuatrocientos gramos.

VIII

El viaje de novios, emprendido apenas terminó la ceremonia, fué casi una huida. En el fondo, para Martín, era eso. Aquella ruta, a cuyo final brillaba como una clara luz la promesa de la paz campestre, representaba para él un descanso que necesitaba a toda costa.

La etiqueta británica, siempre demasiado rígida para un español, sobre todo si es llano como Martín era, no había sido respetada por él sin el consiguiente esfuerzo. Agotado éste, Martín sentía viva la necesidad, cada vez más apremiante, de volver a sus antiguos hábitos, de salirse del frac, de andar a sus anchas, de poder tomar, en fin, a Fanny, sobre sus rodillas, y amarla llanamente, a la española.

MARTÍN QUIJANO

Esta necesidad era tanto más vehemente cuanto que sus relaciones se habían desenvuelto en un marco bien poco acogedor.

La discreta intimidad, tal dulce, precursora del matrimonio, no había existido para él. El noviazgo, que ya con Cecilia había abandonado el recogimiento de la sala en penumbra, tan española, para desarrollarse en plena calle, pero en la que aun conservó alguna independencia, en Londres quedó reducido al aparte en el salón, al té, más íntimo, pero siempre acompañado, y así, de sus mejores días de prometido, Martín apenas si guardaba otro recuerdo que el indiferente de las infinitas reuniones a que había asistido; unas regatas en Dover, una función benéfica en Coven Garden, la semana del Derby en Epsom...

Aquella cordialidad, falta en absoluto de pasión, llegó a hacérsele tan antipática, que cuando se habló del viaje, Martín acogió con sincero entusiasmo la idea de ir a pasar una temporada al Condado de Perth, al viejo castillo de la familia, lejos de toda mirada indiscreta, donde Fanny, esperaba él, podría mostrarse tal como debía ser de dulce y agradable corazón adentro.

Pero pese a estas esperanzas, el viaje se hizo pronto fatigoso. Las ciudades se sucedían de una manera monótona sin que Martín consiguiese fundir la frialdad de Fanny. Stafford, Worcester, Oxford... Volvió de nuevo la niebla, densa, que parecía pesar sobre el paisaje, aplastándolo... Seres y cosas comenzaron a desfilar ante él como en una borrosa proyección cinematográfica...

Martín, desconcertado ante la actitud de su mujer, recordaba las locuras generosas de Cecil, el cálido entusiasmo de la gentil francesa, tan fácil al escarceo, tan propicia al rendimiento, calzada siempre la espuela que aguijoneaba al corcel fogoso de su sangre... Y aun la misma Soledad, recordaba él que había preferido rendirse antes que darse. Luego todo era cuestión de esperar un poco.

«Una vez en el campo, en la intimidad...»—se prometía Martín esperanzado.

Al fin llegaron. Y allí empezó Cristo a padecer y a padecer Martín con él.

Quijano reconocía que la culpa había sido suya. Como de tantas otras cosas, él se había formado de Escocia una opinión equivocada. Al salir de Londres, donde había oído hablar de castillos, bosques y montañas, se creyó camino de Asturias o poco menos, y al llegar, se encontró con unos bosques que no lo parecían, unas montañas que no lo habían sido nunca, y un castillo que casi no lo era ya.

Martín quiso recordar a Walter Scott, pero no dió con él. La mañana era pálida y brumosa. Hacía frío... Llevado de su disgusto, Martín sentenció que todo aquello le parecía más digno de una postal que de un viaje tan largo.

Sin embargo, a media tarde, la idea inmovible que él tenía de la sencillez campestre y su cansancio algo aminorado, le hicieron cambiar de opinión. Además, había salido el sol. El sol de Escocia no es, en verdad, el de España, pero al fin es el sol. Martín, pues, lo encontró bastante aceptable, y, visto que su mujer, que se había encerrado en «sus habitaciones» para descansar, no daba señales de vida y que él ya se había recorrido esperándola todo el castillo, se lanzó al Parque dispuesto a gozar de él lo mejor posible.

A la puesta del sol, Martín tenía ya elegidos dos o tres parajes que le habían parecido deliciosos, y, pese al cansancio, comenzaba a sentirse ligero. Escocia ganaba a sus ojos tan rápidamente, que se prometía no aventurar otra vez juicios tan precipitados como los que había hecho al llegar, cuando el sonido de una campana, golpeada acompasadamente, le hizo alzar la cabeza un tanto inquieto.

¿No era aquella, la clásica llamada a la mesa? Y de serlo, ¿a quién diablos avisaba con tanta ceremonia? ¿A él...?

Su ayuda de cámara, buscándole presuroso, vino a sacarle de dudas. Habían llamado a comer..., la señora debía estar ya dispuesta y el señor no iba a tener tiempo para vestirse.

Abiertos, cuanto le fué posible, los ojos, mal cerrada la boca, Martín necesitó que le repitiesen la indicación. Al fin, comprendió. Y, temeroso de quedar en ridículo ante un inferior que, hasta físicamente, le dejaba bastante mal parado, inclinó la cabeza y se dejó conducir a sus habitaciones, donde, más respetuoso que su amo con las tradiciones inglesas, el criado había ya dispuesto la ropa necesaria.

Veinte minutos después, impecable dentro del frac, Martín salía en busca de su mujer, la tomaba del brazo, tras una inclinación ceremoniosa, la dejaba, correctamente, junto a una silla de alto respaldo en el comedor, interminable, a la cabecera de una mesa larguísima, apenas alumbrada por dos candelabros antiguos, y, silencioso, iba a ocupar, después de una nueva reverencia, la silla colocada en el extremo opuesto.

Terminada la cena, Fanny, todavía no puesta del cansancio del viaje, se retiró de nuevo deseándole una buena noche.

Y Martín se la pasó entera maldiciendo de Escocia y de Inglaterra, de sus castillos, de los comedores grandes, de los candelabros imponentes, de las mesas inverosímiles... y de su cochina suerte y perro sino, que así le había llevado a huir de Francia, para hundirle en aquel país horrible, donde fatalmente iba a morir ahogado por la niebla.

IX

A partir de esta crisis violenta, el espíritu siempre fluctuante de Martín, comenzó a darse a sombrías meditaciones que en un principio no fueron más que un loco voltigear en su cerebro de meras representaciones de los tormentos que padecía. La etiqueta, el campo, el frac, la campana..., todo rígido, inarticulado, chirriante. Pero poco a poco todo ello fué posándose como por sí mismo, y comenzó Martín a pasar largas horas tumado panza abajo sobre la hierba del Parque, la cabeza entre las manos y atareado el magín.

La luna de miel suele ser un engañoso pórtico—decíase—por el que se entra falsamente en el matrimonio. A poco que la mujer esté enamorada o tenga discreción, los primeros meses transcurren para todo marido nuevo leves y dulces. Sin embargo, aquí no sucede esto y la regla falla. Pero... ¿No será ello una garantía de que las cosas no han de ocurrir ahora como otras veces?

Su instinto de conservación trataba de asirse a la esperanza, y se resistía a confesar que otra vez había ya dejado de ser feliz, argumentando que lo que ocurría era que aún no le habían dejado comenzar a serlo.

Además—pensaba—, en esta vida no se sabe nunca cuando se es feliz, sino cuando se ha sido. Es necesario dejar de ser para saber que fuimos; y en este no conocer las cosas hasta que no dejan de ser, está todo el secreto.

Soledad había sido la pasión, el trémolo; Cecil fué la dicha, el placer ruidoso. Esto lo veía él ahora claro como nunca. Del mismo modo Fanny debía ser la serenidad, la estimación; sólo que él no había acertado a comprenderlo en un principio, igual que le había ocurrido siempre. Por fortuna, ahora aun estaba a tiempo de rectificar, ya que el camino que seguían no era precisamente el que podía llevarles a presentarse al *Dunmow Fitch*, a disputarle a nadie el jamón de honor de la dicha conyugal. Todo era, pues, cuestión de saber conducirse.

Al llegar a esta conclusión, Martín, admirado de sus aptitudes para la filosofía, terminaba inapelable: «No se puede juzgar el final por el principio». Y sentía derramársele del alma a los nervios un consuelo dulce y confortador como una bebida fresca.

Pero pese a todos estos razonamientos, la realidad venía a ser un día y otro, que cuantas veces abandonaba sus meditaciones para contrastarlas en el terreno de los hechos, tenía que volver a ellas apresuradamente en demanda de nuevas armas con las que seguir luchando contra lo que era más fuerte que él en el ánimo de Fanny.

Para ella, la vida no era sino una sucesión, trabazón más bien, de reglas y respetos, de derechos y deberes, sagrados todos. Para Martín, en cambio, nada más digno de estimación que la sencillez, la naturalidad. Y convencido de esto, trataba de atraer a Fanny a este camino lo mejor que Dios le daba a entender.

Preciso es confesar, antes de admitir que el Sumo Hacedor pudiera no entender gran cosa de mujeres, que, o Martín no entendía demasiado bien las indicaciones de lo alto, o que allá arriba no hacían maldito el caso de Martín.

Bien es verdad que Martín, al querer imponer a Fanny «su» naturalidad, olvidaba precisamente que, para Fanny, esa naturalidad misma, era *lo otro*, lo suyo. Y esta divergencia de pareceres les llevaba a alejarse cada vez más uno de otro.

—No tiene delicadeza—se decía Fanny—; es grosero, rudo; no sabe más que fumar y arrojar por todas partes las puntas de sus cigarrillos.

—Es demasiado orgullosa—pensaba Martín—, demasiado altanera; nada para ella es bastante correcto, bastante frío. ¿Dónde se ha visto que un hombre tenga forzosamente que vestirse todas las noches para cenar a solas con su mujer...?

En esta lucha estéril se agotaban ambos. Y cada vez que ella, con un gesto, le hacía comprender que una frase le había parecido de mal gusto, o una actitud de mal tono, Martín, dispuesto a no cejar en su empeño, corría a descargar sus nervios sobre la tierra, templándolos en un rudo trabajo físico.

Fruto de esta lucha de ideales fué que al mes hubiese en un rincón

MARTIN QUIJANO

del Parque la más lozana huerta que vió el conde de Perth. ¡No es para dicho el amor que Martín llegó a poner en aquel pedazo de tierra!

En cambio, Fanny, que, poco fuerte en Historia, no tenía la menor noticia de Diocleciano, no alcanzó a comprender qué género de satisfacciones podía encontrar su marido cultivando hortalizas con el afán de cualquier desaharrapado, y el concepto, ya pobre, que de Martín tenía, acabó de bajar definitivamente.

A partir de este momento, Fanny pareció olvidar el poco español que conocía, y como el inglés de Martín no era gran cosa, comenzó entre ellos un no entenderse, que acabó en un no tratarse..., que no parecía sino que ambos habían quedado privados del habla; con lo cual, el Parque se vió seriamente amenazado, durante unos días, de convertirse en huerta todo él.

X

Si la amenaza no llegó a cumplirse, saben los cielos que no fué por culpa de Martín.

Pero, cuando ya nuestro hombre se daba un gentil aire manejando con soltura el azadón, Fanny pareció sanar de aquella repentina amnesia y recordó de pronto cuanto castellano sabía y aun algunos vocablos nuevos; tanto, que, a poco de iniciada la conversación, un inesperado «como tú quieras», que surgió de sus labios, vino a dejar a Martín con el tenedor en alto, como si presentara armas con él, bien prendido en sus puntas un trozo de pollo que, al cabo, tuvo que volver al plato casi por iniciativa propia.

Y como el prodigio se repitiera en días sucesivos, cada vez con más frecuencia y naturalidad, Martín abandonó la posición horizontal que había venido manteniendo sobre la hierba del Parque y anduvo por él dando zapatetas, como Don Quijote por Sierra Morena, aunque más honestamente de lo que el inmortal chiflado andaba por aquellos riscos.

Porque para él no ofrecía duda que este cambio inesperado significaba el rendimiento de Fanny, quien al fin había comprendido que la razón y la verdad estaban de la otra parte, y, dando con ello una prueba de su nobleza, se había decidido a ir hacia él, reconociéndole vencedor.

¿Quién hubiera sido capaz, ante estos hechos, de no mostrarse generoso yendo al encuentro de la que se rendía? Desde aquel instante, Martín abandonó la huerta y dedicó a su guardarropa una atención que no le había merecido desde que salió de Londres. A los ocho días, un lunes por la noche, Fanny, a vuelta de muchas vueltas y en un castellano más difícil que el de costumbre en ella después de su «restablecimiento», anunció a su marido que sus tíos, con algunos invitados, llegaban a la mañana siguiente.

Martín quedó perplejo. ¿Cómo era posible que así, con los preparativos que suponen los invitados, los tíos de Fanny no se hubieran cuidado de avisarles con más tiempo?

Fanny salió en defensa de sus parientes.

—Lo habían hecho; habían escrito el sábado anterior.

—¿El sábado?

El sábado fué, precisamente, el día que ella había recobrado el habla. Que esta coincidencia no le había parecido a Martín fortuita y sin malicia, no había más que mirarle para comprenderlo.

Y ya no hablaban más.

Para Martín fué aquella la peor noche de cuantas había pasado desde que llegó al castillo.

El se había casado con Fanny seducido por aquella rectitud y verdad que creyó ver en ella y que tan distinta la hacían de Cecil. La falsedad de la francesa, fresca todavía entonces en el corazón de Martín, le llevó a creer que aquella diferencia bastaba a ser una garantía de su dicha futura. Había soportado, desde entonces, con una paciencia bien poco española, todas sus rarezas y se había doblegado a todas sus exigencias por creerla incapaz de modificar su manera de ser, ni aun por cariño. ¿Y ahora resultaba que aquella rectitud, aquella rigidez no existían? ¿Que había sido capaz de fingir y de mentirle halagos, sólo por ocultar a los ojos de los que llegaban su equívoca situación, creyéndole sin duda a él lo bastante grosero para no disimular ante ellos, ni siquiera por cortesía...? ¿Qué concepto era, pues, el que su mujer tenía de él? ¿Qué pasaría, entonces, luego, cuando aquella causa incidental de su agradosidad desapareciera, y pudiera volver a mostrarse tal cual era en realidad?

Sin su amor propio, que le hizo comprender la necesidad de no crear una situación difícil a los que llegaban, aquella misma noche hubiera presentado a Fanny la cuestión de confianza.

Parado el primer golpe, ¿quién sabe...! Dado lo inconsistente de las más firmes resoluciones de Martín, la presencia de los tíos de Fanny ante

los que procuró aparecer dichoso, igual que ella—que no parecía sino que aun en esto luchaban por sobresalir y prevalecer ambos—, quizá

hubiera conseguido por sí sola encalmar la situación. Pero los tíos de Fanny, desgraciadamente, no llegaron solos. Con ellos venían algunos invitados: gente joven los más, de un sexo y del otro, y, entre los del otro, Mary y Esther, dos muchachas americanas vagamente parientes de Fanny, menos vagamente jóvenes, y positivamente risueñas y agradables las dos. Pero sobre todo Mary.

Pequeña, de aspecto delicado, con su cabecita rubia, sus ojos inmensos y su boca inverosímil. Mary ofrecía el aspecto de una muñeca encantadora. Franca y decidida hasta parecer un gentil camarada, montaba a caballo, guiaba su auto, un 4 HP siempre lanzado por todos los caminos, sabía nadar y derribaba un pájaro a trescientos metros; todo ello sin dejar de ser femenina y adorable.

Ante ella, Martín quedó en seguida entusiasmado. ¡Oh, si Fanny, tan rígida, hubiese sido así, tan llana, tan asequible...!

Además, a Mary, la etiqueta, las leyendas y las tradiciones no le interesaban poco ni mucho, y, si acaso, le merecían alguna que otra burla, y esto a Martín le parecía algo extraordinario.

—Inglaterra, su industria, su marina, los siete millones de habitantes de Londres... Muy interesante. El Támesis, ¡phs! El paisaje no era nada. Algún pico... el Snowdon, de Gales, no pasaba de ser una monterita de clown al borde de una alfombra arrugada. Sólo el Hist-Hill, o el agujero de Kent... En cambio, las minas, las grandes ciudades, Liverpool, Manchester, Birmingham... Martín no se cansaba nunca de escucharla.

Para Fanny no podía pasar inadvertido el entusiasmo de Martín, pero nada denunciaba en ella que esto le produjera el menor disgusto. Antes parecía encantarle que su marido cumpliera tan cordialmente los deberes de la hospitalidad.

Y Martín, inconscientemente, en alas de su fantasía, se dejaba llevar. A su lado, Mary era como un compañero, el más agradable que había conocido, con quien podía hablarse de todo, en cuya presencia se podía fumar, echarse, andar en mangas de camisa...

La emulación obró en él una transformación rápida y profunda. Su timidez, hija del mostrador, desapareció dejando paso a una audacia de que se hubiera creído incapaz dos días antes. Montaba, se ejercitaba en el remo, aprendió a gustar el peligroso placer de la velocidad, del vértigo, y se entregó, en fin, a los deportes más violentos, para los cuales Mary parecía incansable, con un ardor español, casi mediterráneo.

Aquello, desde luego, no podía acabar bien. Esto lo veían todos en el castillo. Ahora, que tampoco llegaron a sospechar que acabase tan mal: estrellándose.

Porque es así como acabó: dando el automóvil en que iban una voltereta impecable, a la que nada podía pedirle como tal voltereta, que en todo cabe y es de apreciar la perfección.

Ello ocurrió un amanecer, al mes escaso de haberse conocido, en que se lanzaron a probar un automóvil nuevo por un camino que desconocían. Y en plena carrera, ¡plaf!, un salto magnífico por un terraplén de diez o más metros, y el coche hecho migas abajo, sobre unas peñas, cerca del río, y junto a él, ella, y dentro de él, él: él, con una pierna rota y un brazo lo mismo, y ella, con el cuerpo hecho una breva, dos costillas hundidas y algunos preciosos dientecitos de menos.

El detalle curioso no suele faltar en estos casos, y allí no faltó. Mary vestía aquella mañana un traje-túnica de punto de seda, suelto, descolgado y con manga corta, que le facilitaba cualquier movimiento. Sólo un cinturoncillo mantenía relativamente sujeto el traje a la cintura. ¿Cómo diablos pudo suceder aquello? Fué tan emocionante todo y tan rápido, que ni ella misma se dió cuenta; pero ello fué que al salir lanzada del coche, yendo al volante, se dejó en él su túnica de seda, con lo que la perdió para toda la vida, pues nunca más volvió a encontrarse. Quizá acompañara a Martín en el majestuoso vuelo que éste emprendió hacia el río; quizá ardiera al incendiarse el motor. ¿Quién podría afirmar cómo ocurrió? Que sucedió, es lo único que no ofreció duda ninguna, pues Mary apareció sin más que una liviana combinación rosada, que si por abajo casi le llegaba a las rodillas, por arriba apenas si le pasaba de la cintura. Y así la encontraron unos campesinos que ya habían poco menos que pescado a Martín unos metros más allá.

¿Será necesario consignar el resultado lógico de todo ello?

XI

Unas semanas más tarde, Martín, vuelto a París, con un brazo en cabestrillo y una pierna extendida sobre un montón de cojines, se reintegraba mal de su grado a sus abandonadas consideraciones filosóficas.

MARTÍN QUIJANO

Y ante el vacío de su vida inútil, sólo integrada por aquel inconseguido afán de hallar la felicidad que buscaba, hecha a su modo, cor-

tada a su medida, Martín sentía que un frío intenso le subía al corazón desde la pierna escayolada.

Una vez más la vida se había burlado de él. ¿Merecía él acaso este trato de su esposa, pese a lo poco vestida que apareció la pobre Mary? ¿Debió consentir nunca Fanny que a ella se la llevaran a Londres sin esperar a que sanara, y menos dejarle a él abandonado en Escocia, para entablar, apenas estuvo fuera de peligro y sin oírle siquiera, aquella demanda de divorcio tan rápidamente tramitada? ¿Esta era la compañera que había creído encontrar al fin, y tras la que había corrido desalentado? Si Cecil... o Mary... Pero no, ellas tampoco. Ninguna de ellas hubiera podido ser nunca la mujer ideal por que suspiraba él, y con él, el noventa por ciento de los hombres, mal avenidos consigo mismo.

Cecil hubiese hecho lo que Fanny: abandonarle. Su carácter no era precisamente el de una hermana de la Caridad. Si Fanny le había abandonado arrojando fríamente todos los comentarios, Cecil no hubiera hecho más que disimular un poco, mentirle unas caricias, para después dejarle del mismo modo. Mary... seguramente se habría burlado de él. En cambio, Soledad...

Martín no se atrevía a confesarse que con ella no le habría ocurrido nada de esto. Soledad le hubiera cuidado como una madre cariñosa y solícita, sin ver más que el dolor y dejando en segundo término, para cuando la salud volviera, el examen de la culpa, si alguna hubiese...

En el fondo de su alma, la imagen de la que creyó olvidada iba creciendo, agigantándose, nimbada de aquella luz de verdad que había en su cariño silencioso y torpe; pero tan rico en dulzuras, tan lleno de maternidad... La francesa no hubiera podido ser más que la compañera de los días luminosos, de las escapadas nocturnas, más amante que esposa. Fanny habría sido la de los días tranquilos, la de la vida pausada, únicamente esposa. Mary, ni eso. Su feminidad no podía ir, a buen seguro, más allá de la simple compañía, como si la vida fuera sólo una excursión más, un viaje más largo que los otros. Para ella, el marido no podía ser más que lo que un hermano mayor o un padre joven, cuyo afecto estaría valorado por las satisfacciones que le debiera y por los caprichos que la consintiese. Pero el cariño verdad, único, aquel que tiene en su entraña algo de maternal, y que por eso es amor de mujer, amor de madre, ese...

¡Soledad!... ¿Qué habría sido de ella? Si la fortuna inesperada había sido la liberación, ¿por qué no haberla gozado con ella y a su lado? Así, a distancia, ¡le parecía ahora una cosa tan pequeña, tan insignificante, aquella «Florecente», causa y motivo de todas sus andanzas y desventuras!

Pero ¿tenía él derecho a reaparecer? El dolor que estaba seguro de haber causado, ¿no habría matado en el corazón de la que le quería aquello mismo que ahora quisiera reclamarle nuevamente?...

Desde aquel momento no tuvo más pensamiento que el de huir; huir de aquella vida inútil y refugiarse en la que había abandonado, único medio de encontrarse de nuevo a sí mismo. Y sin pensar que al huir había roto todo lazo de unión con lo que dejaba, para lo que ya no existía, con la inconsciencia que había informado toda su vida, apenas pudo sostenerse en pie, emprendió el viaje; y, como si temiera llegar tarde por unos minutos para recoger la dicha que había abandonado en medio del arroyo ocho años antes, apenas llegó a Madrid, huido en el fondo de un coche, recorrió los lugares en que se encerró su vida, y para huir de los cuales había cometido su gran villanía, su error enorme.

Anduvo a ciegas, sin acertar con lo que buscaba. Madrid le parecía más grande; «su calle», más pequeña... Mandó al lacayo que cesara en sus pesquisas, y torció el rumbo instintivamente, seguro de acertar esta vez.

¡Oh, qué acelerado latir el de su corazón cuando descubrió de lejos las letras azules, un poco desvaídas, de «La Floreciente»!

Prima noche ya, estaban cerrando, y Martín, que al pasar frente a la tienda entrevió algo que le acongojó, mandó detener el coche unos metros más allá, seguro de que iba a verla, de que estaba allí.

Estaba. Y la vió: enmarcada, como una aparición, en el rectángulo de luz que dibujaba la puerta.

Fué un dolor agudo, frío y penetrante como una puñalada.

Con Soledad salía un hombre, que reconoció en seguida: Román, el antiguo encargado. Una voz suya hizo acudir a un muchacho como de cuatro años, tras el que asomó una mujercita como de tres. El ruido agrio de la cortina metálica al correrse, fué para Martín algo pavoroso, como si hubieran encerrado tras ella toda su vida, la vida que iba buscando, y que otro, sin duda con mejor derecho, defendía de su rapacidad, como si le hubiera presentado.

Pasaron junto a él, contemplando el coche, los pequeños, algo delante; sin verlo, ellos; ella, colgada del brazo de él, más gruesa, más risueña, pero la misma: ella, Soledad, su Soledad, que ya no era suya, que ya era de otro, de Román, cuya serenidad y mesura decían claramente de las cosas definitivas.

Pasaron; y aun a través de sus figuras, que llenaban la acera, Martín continuó viendo a los pequeños, cuya sola presencia había echado por tierra todos sus planes.

Fué como un deslumbramiento que pasó pronto, pero dejando tras sí una estela luminosa, a cuya claridad vió Martín la única verdad de su vida en aquella otra vida que cruzaba ante él y que debió ser suya.

Una infinita ternura nubló sus ojos. A través de las lágrimas, como si ellas fuesen espejos que retuvieran la visión después de haberla agrandado y hecho más limpia con sus cristales, Martín vió claramente lo que en su vida había faltado, lo que no había merecido, sin duda por no haberlo sabido esperar. Los hijos.

¡Los hijos! La gloria inefable de los que no creen tener ninguna: he ahí lo que la Vida le había negado a él, sin que comprendiera hasta ahora toda la crueldad que había en ello. ¡Los hijos! Ellos lo eran todo: única finalidad, inconfesada muchas veces, pero siempre latente y categórica de todas las criaturas. No lográndolos, como a él le había sucedido, ¿qué razón de ser quedaba al matrimonio? ¿Cómo habían de poder llegar a consolarse nunca juntos dos dolores idénticos, en los que la esperanza y el

MARTIN QUIJANO

instinto habían de acusar constantemente al otro de haberlo motivado?

En el corazón de Martín brotó una fuente seca hasta entonces para él. ¡Los hijos! Tomarlos en brazos habría de ser como acariciarse el alma hecha carne; mirarse en sus ojos, como verse por dentro, como conocerse, pues que ellos se llevan lo mejor, lo único grande y puro y santo que queda en cada hombre del niño que fué.

Martín comprendió que no tenía derecho a deshacer lo que era obra suya, fruto lamentable de aquella locura que le hizo correr tras lo que no hubiera podido conseguir más que aguardando; queriendo alcanzar lo que *no huta de él*, como él había supuesto, sino que *no había llegado todavía*.

Había corrido tanto tras la felicidad, que al fin la había alcanzado; pero para sufrir el tormento de conocerla y no poderla reclamar como suya; teniendo que verla pasar ante él, perfumada y sonriente, y perderse, calle arriba, por aquella calle madrileña que parecía terminar en el cielo, mientras él quedaba en lo hondo, derribado en el fondo del coche, que había llevado hasta allí una ilusión y una esperanza, y ya no conduciría, de vuelta, más que una verdad y un dolor, tan poderosa y tan cruel como la Vida misma.

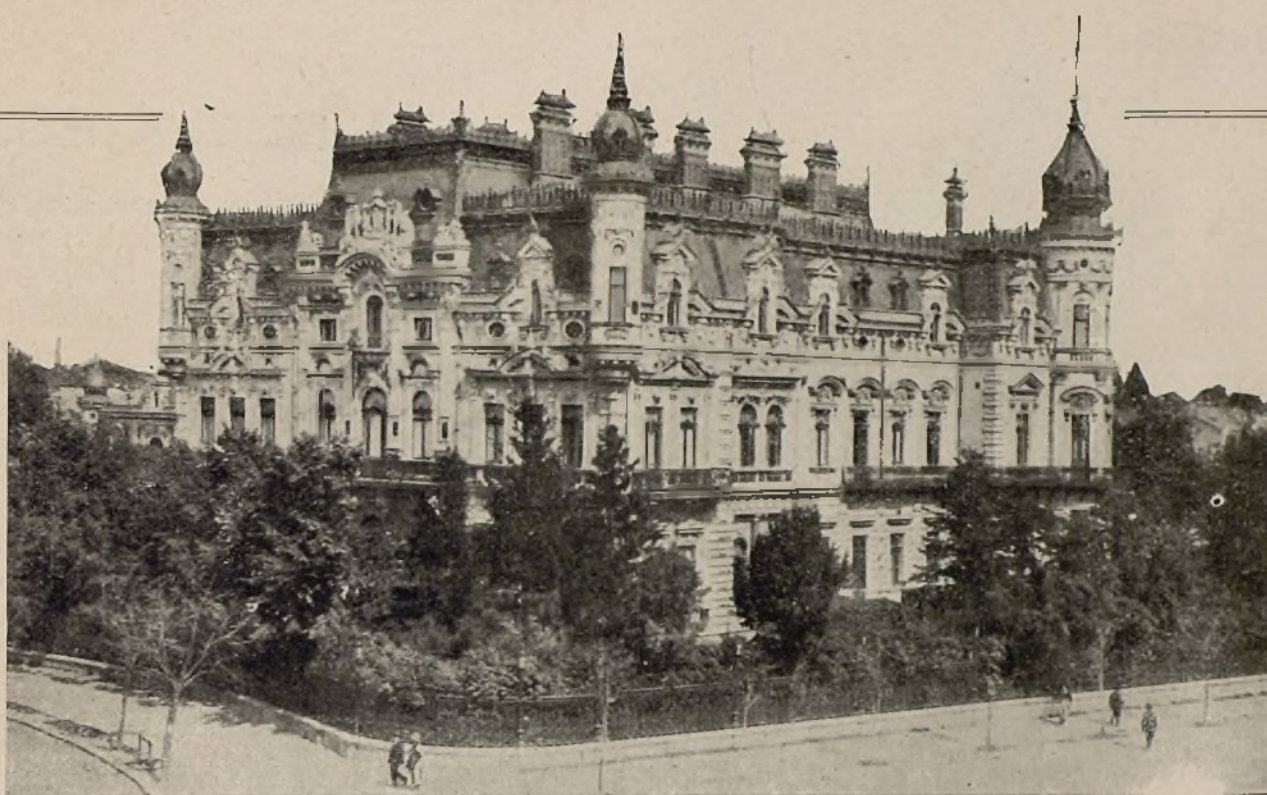
J. RAFAEL BALAGUER

Madrid, junio 1929.

— En honor de García Sanchiz —



Pasajero del «zeppelin», García Sanchiz lleva a América el saludo de la intelectualidad madrileña. Para honrarle con esta embajada espiritual se reunieron en el Ritz muchos políticos, escritores, académicos y periodistas. Pérez de Ayala y Sánchez Guerra definieron en elocuentes oraciones la personalidad del delicioso charlista, y García Sanchiz, contestándoles, compuso una sorprendente y admirable pieza oratoria.



Bucarest. Ministerio de Relaciones Exteriores



LA NUEVA RUMANIA

EL viajero que recorra los distintos países europeos, examinando serenamente en ellos las consecuencias de la gran guerra, cuando llegue a Rumania se encontrará sorprendido ante la evolución febrilmente constructiva de esta nación, que ansiosamente remueve sus riquezas naturales, orientándolas en novísimos sentidos económicos.

Rumania—que en 1915 no llegaba a contar ocho millones de habitantes—, con las importantes anexiones de nuevos territorios que tuvo después de la guerra, posee hoy una población aproximada de diecisiete millones y medio de habitantes, con una extensión superficial de 295.000 kilómetros cuadrados.

El brusco engrandecimiento del país ha coincidido con una no menos brusca mutación de las ideas y de las leyes más fundamentales, resultando de todo ello un contraste tan atrayente y tan original, que puede muy bien afirmarse que en ninguna otra nación de Europa encuentra el espíritu mayores motivos de asombro y de recreo, como en ningún otro sitio se hallan mejores ocasiones de lucrativas aplicaciones financieras.

Para que el contraste resulte mayor, el origen latino de Rumania produce, al mezclarse y diluirse en el ambiente eslavo, una variadísima escala de cualidades y de costumbres, que si para todo el mundo pueden ofrecer interés, aun

mayor lo tienen para los latinos occidentales, que vemos destacadas y salientes en poblaciones orientales, cualidades que son en todo semejantes a las nuestras.

La misma capital de Rumania, Bucarest, causa hoy la sensación viva de renacimiento y de agitado avance que muestra el país por entero.

Sobre las calles de un pueblo grande oriental, indudablemente bello, pero adormecido en su propia importancia, se ha construido una ciudad moderna, de espaciosas avenidas y paseos, de monumentales edificios, de elegantes jardines.

Los 750.000 habitantes que contiene Bucarest parecen gentes ávidas de recobrar, con un violento esfuerzo de actividad, el tiempo que dulcemente perdieron los antepasados, para colocar su pueblo en un nivel igual que las más importantes urbes europeas.

Y ello parece ya plenamente conseguido; pero con la ventaja inmensa de conservar el carácter, el estilo, la muestra constante de nacionalidad en mil detalles deliciosos. La febril diligencia de la época moderna no ha matado en Bucarest ni el destello de los trajes nacionales que de vez en cuando aparecen, ni la alegría alborotadora de las multitudes, ni el caluroso impulso acogedor hacia el extranjero de tan marcado sabor latino.

¡Admirable ciudad que sabe hermanar el ritmo furioso



Bucarest. El Palacio
de Correos

LA NUEVA RUMANIA

minosas se realizan importantes exportaciones. Después de los cereales, la mayor partida de la exportación rumana es la representada por las maderas y productos forestales, y a ésta sigue la de petróleos.

El comercio exterior de Rumania es interesantísimo para España, tanto más cuanto que aquel país podría llegar a ser un buen cliente para nuestro comercio de frutas, de tejidos, de aceites y de otros artículos.

Al señalar el actual florecimiento de Rumania, recogido en gratas impresiones de un viaje rápido por diferentes zonas de aquel país, deseamos llamar la atención de nuestros industriales, de nues-



En los Cárpatos.
Un paisaje de Buzegi

de la actividad moderna, tan terriblemente metálica, con la expansiva y desinteresada alegría de anteriores tiempos! ¡Que ha logrado la modernidad sin perder la más franca simpatía!

La fundamental riqueza de Rumania es la agricultura. Muy cerca de la mitad del país son tierras cultivadas; una cuarta parte de la extensión nacional la componen los bosques; el resto, hasta el 82,7 por 100 de la superficie total, se dedica a prados, viñedo y otros aprovechamientos agrarios.

Rumania es nación exportadora de cereales. Los trigos—que por su calidad se conceptúan como unos de los primeros del mundo— se exportan en cantidades variables, según las cosechas, pudiendo conceptuarse como cifra normal la de 200.000 toneladas; la exportación de maíces es superior y de carácter creciente, aproximándose ya a los dos millones de toneladas anuales; también de cebada, avena, centeno y varias legu-



El Ateneo Rumano
de Bucarest



Bucarest. La calle de la Victoria

LA NUEVA RUMANIA

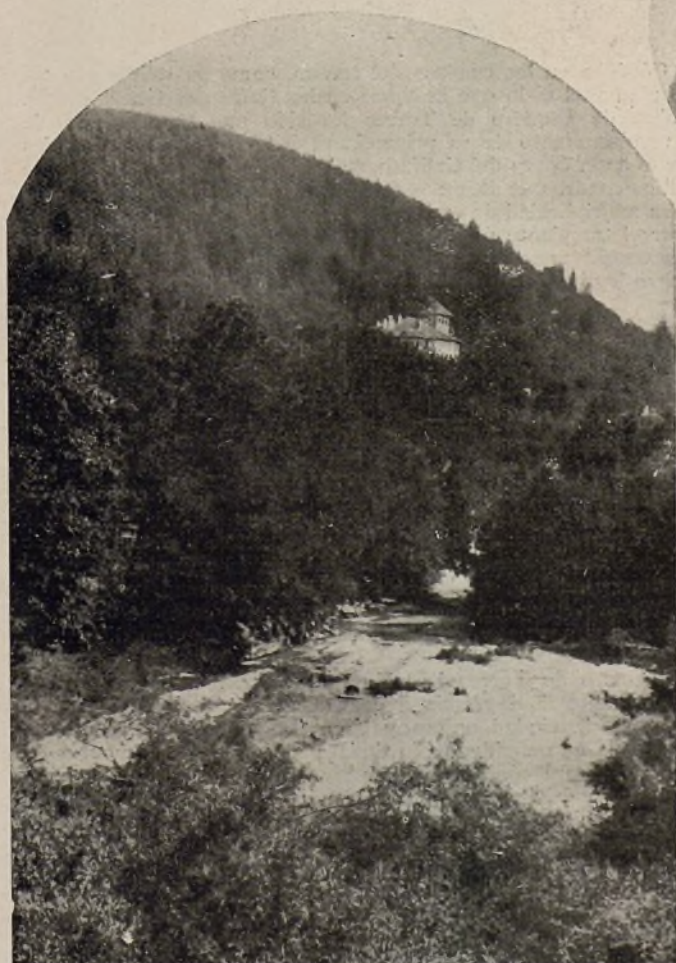
tros productores y de nuestros hombres de negocios, seguros de que les marcamos una [nueva orientación que puede serles muy fructífera.

Y seguros también de que en aquellas tierras, tan lejanas de las nuestras, no sólo encontrarán la más amable acogida, sino que hallarán también cierta sorprendente similitud de carácter, debido, sin duda, a los orígenes de latinidad, que marcan en las razas huellas tan perennes.

La nueva Rumania



Bucarest. El Círculo Militar



marcha con acelerada carrera hacia la conquista de un puesto preeminente entre las naciones de Europa, y la energía constructiva que para ello aplica concede grandes posibilidades de relación y de negocios, que los españoles deben aprovechar.

José ARAGON



En los Cárpatos.
El castillo Zamosa de Buzeni

EL PINTOR DE CORDOBA

La significación regional de Romero de Torres



CÓRDOBA ha mostrado su dolor ante el cadáver de Romero de Torres con sinceridad tan honda, tan clara, tan efusiva y cordial, que no hay, ni puede haber, otra gloria mayor para el artista. Un designio que parece providencial le llevó a morir al casón solariego donde se forjó, de niño, su recio temple de pintor; al casón donde está establecido el Museo Provincial, del que fué director su padre, y donde está, separado por un delicioso patio andaluz, con naranjos y enredaderas y arriates perfumados de albahaca, el hogar familiar.

Romero de Torres había realizado una obra singular, aparte del mérito técnico de sus cuadros. Había encontrado el corazón y el alma de Córdoba y los había revelado con su singularidad racial. Los había encontrado en una adivinación de amor, en una recapitulación histórica y sentimental, en una interpretación de los filósofos y los poetas cordobeses, desde Séneca a Góngora y al olvidado rimador Enrique Redel.

Aislada en su grandeza, envuelta en los jirones de gasa o de niebla de su melancolía, se olvidaba Córdoba a sí misma en el concierto de las provincias andaluzas. Parecían aventajarla otras capitales con una más constante y altanera evocación de su pasado, con una exhibición más locada de sus costumbres típicas, con una modernización o industrialización más rápida. Apenas se había refugiado su glorificación en la supremacía de sus toreros, declinante también, cuando Romero de Torres encontró, como un arqueólogo espiritual el divino tesoro de su Córdoba. Recordaréis, sin duda, la rápida evolución con que este artista sorprendió a las gentes y venció las esquivencias de la fama. Al principio, se creyó que en aquella evolución no había más que una magia de color, una estilización de la línea, que recordaba a Rafael de Urbino y a sus antecesores; una derivación afortunada del primitivismo, que conturbaba entonces, con su apariencia de escuela definida, el mundo del arte.

Bien pronto, cuando en cuadros sucesivos comenzó el desfile de singulares mujeres, caminando, amadoras y dolientes, sobre fondos que eran paisajes con alma, tierra viva y plena de espíritu, se advirtió que había en los cuadros de Romero de Torres algo más que color y que línea; había una tristeza, una melancolía, una sentimentalidad, una afirmación de espíritu y de pensamiento, un anhelo insaciado, una confesión de personalidad y del modo original de toda una raza, que no procedían de un arbitrio caprichoso del artista, dueño de sus pinceles y de sus medios de expresión, sino de una hondura en la tierra y de un pasado en el tiempo. Y se fué definiendo aquel "quid divinum" y se fué precisando aquella

expresión de Córdoba en los cuadros del artista, como se refleja el contorno de la ciudad y el cielo que la cubre en las linfas del Guadalquivir.

Toda la obra de Romero de Torres ha sido una resurrección de Córdoba, un recobramiento de su primacía espiritual entre las capitales andaluzas. Como en la época del Califato, se habló de Córdoba en Oriente y Occidente. Los cuadros de Romero de Torres, con su rara originalidad de color, con su multiplicidad de expresiones en una persistencia temática, que parecía ser el trasplante del arte musical a la pintura, sorprendieron en Europa y maravillaron en América. ¿Qué magia tiene la paleta y qué poder de milagro hay en los pinceles para poder renovar, mudar, cambiar, a través de los siglos y de generaciones de pintores, la coloración de estas reproducciones de la Naturaleza y de la vida? Romero de Torres era algo más y significaba mucho más que colores y matices nuevos; era Córdoba, sentida, amada, comprendida, expresada como jamás lo estuvo ciudad alguna, región alguna, raza alguna en el mundo.

Córdoba sintió cuánto había para ella de estímulo, de alentamiento, de azuzamiento, en la resurrección maga de su fe, de que eran evangelios los lienzos que Romero de Torres manchaba de color. Ya no se la tendría por cenicienta y perezosa renunciadora en el concierto de las capitales andaluzas; ya podía enorgullecerse del mito de sus toreros; ya podía abrir escuelas de pintura, y ser maestra en otras artes, y disputar a los valencianos y a los sevillanos y a los madrileños la supremacía en el saber interpretar la belleza; ya las artes decorativas veían renacer sus legiones de orfebres y repujadores y tejedores; ya las gentes se detenían, admiradoras, ante los poetas, y por el paseo del Gran Capitán discurrían los filósofos, como en una Atenas.

Así, Julio Romero de Torres ha sido en Córdoba un renacimiento. ¿Qué mucho que ante la desgracia irreparable, ante el final definitivo, se haya conmovido la ciudad entera y haya llorado como una niña a quien la muerte deja en orfandad? Sin duda, pasados estos momentos de estupor, Córdoba pensará cómo mantener vivo y alentador este espíritu, esta fe en sí misma que el artista le ha infundido. Será forzoso crear en Córdoba, como mezquita del pensamiento contemporáneo, un Museo personal de Romero de Torres. Sería torpe dejación aplazar esa obra para que la realicen los nietos o biznietos de los cordobeses actuales. Un Museo en que se vaya recogiendo cuanto sea posible rescatar de la desperdigada labor del artista daría, más que gloria al gran pintor, una preza a la ciudad, que muchas otras envidiarían. Y así, mientras más enaltecido sea Romero de Torres en Córdoba, más grande parecerá en España y en el mundo.

UN HOMBRE RECUERDA SU PASADO

Novela por M. Constantin-Weyer

Obra que obtuvo el Premio Goncourt 1928

Traducida al español por A. P. - Copyright Agence Littéraire Internationale, 4 et 6, Place du Panthéon. Paris - Derechos adquiridos para España y la América latina por la «Editorial Precioso».

Ilustraciones de Peralis.



(Continuación)

cias a Bretaña, Francia esperaba por fin un *récord*! Fué heroico por mi parte; sí, heroico, sencillamente, responder a la cordial hospitalidad de María Jannik con una aproximación de apetito. Me comí heroicamente la sopa con leche. Comí heroicamente los buñuelos. Comí heroicamente de todo... Y prefiero no contaros la bola que subía, bajaba, volvía a subir y a bajar en mi pecho... Quiero también borrar de mi pasado este otro heroísmo: la caricia que tuve que hacer a cada uno de los chiquillos... Luego, el aire libre me hizo mucho bien.

Conté los animales. Estaban todos. María Jannik me enseñó los ternillos nacidos durante el invierno. Me dió exacta cuenta de las aves de Pablo Durand. Supe que tres de ellas habían perecido (me enseñaron sus cadáveres y tuve que taparme las narices una vez más). En cambio, había gallinas empollando... ¡A Dios gracias, la honradez bretona superaba también un *récord*!

...A mitad de camino de mi casa, mi caballo de silla pastaba la hierba fina y puntiaguda. A su alrededor, unos charcos llenos de cieno y de reflejos de verdura se animaban con el tui... tui... tui... de los chorlitos. Unas patas endebles llevaban y traían a la bandada de zancudos pequeños. No se asustaron de mí, pero los patos, alarmados, se levantaron por todas partes en cuanto salí de la cortina de sauces enanos. Silbé a mi *poney* y enderezó las orejas. A la segunda llamada se acostumbró al silbido y, pasando al través los charcos con espanto de los chorlitos, vino hacia mí. Olfateó mi mano antes de dejarse acariciar; pero en cuanto empecé a rascarle detrás de las orejas, metió en el hueco de mi axila sus narices, estremeciéndose voluptuosamente... No me pareció que echaba de menos la pradera, ¡aquella pradera muerta!... Por lo menos, cubría sus costillas abundante grasa. Pero tenía un poco de exceso de vientre y me propuse que le desapareciera.

No imagináis tampoco cómo *vuestro* sillón puede parecer agradable a la vuelta. Hasta creí que me reconocía, como pudiese hacerlo un ser animado. Me dejé caer un instante para pensar la manera de avisar a Magd... Después, como todo lo que maquinaba me parecía torpe, alargué el brazo y cogí un libro... También era agradable leer después de aquellos meses de vida silvestre.

La lectura distrajo mi espíritu de su principal preocupación, que era la de anunciar a Magd la muerte de su novio. Para escapar mejor me privé del placer de pensar en Hannah (¡estando tan cerca de ella!). No obstante, ocupaba suficientemente mi pensamiento para aparecerseme de pronto... Era sábado. Iría el domingo por la tarde... ¿Estaría a gusto en aquella casa? En realidad era muy pequeña... Mi actual casa comprendía una cocinita, y la habitación grande, que era a la vez mi cuarto y mi despacho, todo ello cubierto de linóleo a cuadros que hacía las paredes y el piso más fácilmente lavables, lo convertiría en cocina... Adosaría una casita de madera de dos pisos. Abajo, una pieza amplia que amueblaría mos con sillones de cuero iguales al que yo ocupaba, un sillón movable —me acordaba de su afición a los *rocking-chairs*— una mesa... Ampliaría mi biblioteca... Encargaría algunos libros a Francia... La literatura inglesa me ofrecía abundantes recursos... Tiene una riqueza que nosotros los franceses no sospechamos... ¡Sí! No había que olvidar un piano... Ella

tendría empeño en tenerlo, seguramente, aunque no supiera tocar... Debería acceder a que llevara un gramófono... ¡Ay! Era preciso el reformar sus gustos... Arriba tendríamos nuestro dormitorio, con un cuarto de aseo. Es un gran lujo en las granjas, aunque en la población más pequeña ningún ciudadano del oeste americano o canadiense se resigna a prescindir del cuarto de baño. Y luego, ¿qué más?... ¡Ah!, sí, un *buggy* elegante, con caballos mansos bonitamente enjaezados... Pensé en dos bayos que emparejé muy bien y que tenían tres patas calzadas cada uno... *Calzadas tres, caballo de rey*. Veía en aquel *buggy* nuestras cabezas rubias; íbamos muy juntitos... Después, pasado mucho tiempo, teníamos las cabezas blancas, pero seguíamos tan unidos... No me pareció que llegaba yo al mismo grado de ridículo enternecimiento que advertí en Pablo cuando me hablaba de Magd.

... ¿Y Magd?, ¿qué haría yo?... ¿Se echaría, sollozando muy fuerte, en brazos de su hermana? ¿Se refugiaría su mudo e inconsolable dolor en un aislamiento huracán? ¿Me abrumaría con su odio por haber fomentado en Pablo Durand la afición a aquel funesto viaje?... ¡Tanto peor!... Me vería llegar solo y con el aspecto grave, y comprendería... Yo, valerosamente, usando de las fórmulas clásicas, había escogido ésta: «¡Pobrecita mía; su dolor es inmenso; pero, a su edad, una vida puede rehacerse; valor!»; la exhortaría a no desesperarse... Estaba seguro de que rehusaría todo consuelo... Pero el tiempo haría su labor... ¿Se pondría de luto?...

Pasé la mañana del domingo limpiando la madera del piso. Era lo primordial de la educación militar que había recibido, en un cuartel de Toul, algunos años antes. Soldado de un año, tratado desdeñosamente como novato por los antiguos, había lavado y frotado los pisos de roble, ante la mirada burlona de paletos taimados que fumaban en pipa, mas caban *paté de foie* y vaciaban cuartillos de vino tinto y áspero, a caballo en las camas... Mi imaginación me llevó a aquellos tiempos tristes... Veía al sargento reenganchado, para quien el oficio de crear «defensores de la patria» se resumía en una letanía de insultos inmundos. No importaba que yo fuese buen tirador, buen caminante, capaz de tomar rápidamente mi sitio en un despliegue de cazadores... Lo esencial era que el piso estuviera muy limpio, para que el sargento fuese felicitado por el oficial, éste por el teniente, el teniente por el capitán, el capitán...; y se me representaban, sin poder dar nombre a sus caras, las siluetas y los gestos peculiares a los diversos «grados de la jerarquía militar». Todo esto me pareció lejano. Pero me enseñó a manejar la escoba y el trapo... Después me acordé, naturalmente, que el recuerdo de Hannah era el que presidía aquellos cuidados caseros. Y el recuerdo de Hannah hizo nacer el de Magd... Mis temores se duplicaron.

... A cuatrocientos pasos de la granja O'Molloy se oían ya el violín y los gritos de alegría...; bailaban, seguramente. No era momento oportuno para ir. Por un instante tuve intenciones de volver... Una oleada de bullicio, que se escapaba por la puerta y la ventana, abiertas, me llenó de melancolía.

Cuando llegaba yo cerca de la casa se interrumpió el baile. Archer y Hannah salieron juntos y se sentaron en la escalera de madera, delante de la cocina. Archer me vió el primero. Hizo con la mano un ademán

Un hombre recuerda su pasado

equivoco, y se metió en la casa. Hannah echó a correr hacia mí.

—¡Ah! ¿Ya está usted de vuelta? Me pareció que tardaba usted mucho, y tuve miedo de que le hubiese sucedido alguna desgracia...

—¡Sí, Hannah!; pero ¿cómo haré para participar a su hermana Magd la muerte de Pablo Durand?... ¡Ayúdeme!

Levantó hacia mí su rostro (¿cuanto me gustó!) y dijo:

—¿Que ha muerto Pablo Durand? ¿De veras?

—¡Verdad terrible, pero cierta!

Se quedó un momento pensativa y se sonrió melancólicamente.

—¿Qué cosas pasan! Usted no sabía cómo decírselo a Magd..., y Magd no sabía cómo decírselo al pobre Pablo... Magd se casa... Se casa el domingo que viene con Jorge O'Connor, que tiene desde hace algunos meses un almacén en el pueblo... Por eso hay baile hoy.

... Volvió a oírse el sonido del violín. Al ver que me adelantaba, Hannah me cogió de la mano.

—Quedémonos aquí todavía un momento antes de entrar. Dígame todo... ¿Ha tenido usted mucho frío?

—De él. Pablo Durand ha muerto.

—Sí, ha muerto. (Se notaba un poco de impaciencia en su voz.) Pero ¿usted! ¿Ha padecido usted? ¡Malo! ¡He pensado en usted mucho!... Tal vez no debiera decírselo.

—¿Y si yo le digo que me ha sido muy grato acordarme de usted? Lo que no suponía que aprovechaba usted los meses de invierno para bailar con Archer.

—¡Oh! ¡No haga usted caso de Archer, por Dios!... Sí, he bailado con él... ¿Y qué?... ¿No podía bailar con él y pensar en usted?

—¿Y por qué había usted de acordarse de mí? ¿Le he hecho el amor? Pareció desechada...

—No sé... ¡No! No creo... Pero... (Bruscamente), ¿por qué me dice usted eso?

Esta vez me tocó a mí dudar. Oía el violín chirriando el *Don't do it again Mistress Flanagan*... Después, valerosamente, con algo de sudor frío en las axilas, añadí:

—Suponga usted que yo le he dicho algo.

—... ¿Dicho qué?

—P... pues... e... que la amo, por ejemplo.

—Bien, ¿y qué?

—¿Se hubiera enfadado usted?

Se quedó pensativa un instante, y luego, levantando los ojos, dijo:

—Déjeme reflexionar; vamos adentro...

—Bueno. Pero usted le dirá a Magd.

—Se lo diré a Magd...

Y añadió con una sonrisa atrozmente melancólica y amarga:

—Creo que no hay que tomar grandes precauciones. Dicen que la alegría mata. Pero supongo que ésa es otra mentira corriente.

Era una fiesta de familia entre irlandeses. Estaba toda la familia de Archer... Los ojos azules y retadores del rojo me dijeron más, a guisa de comentario, a las palabras de Hannah, que cuanto la muchacha hubiera podido confesarme. Por lo menos, a la luz del día... La huella de la noche y *El rubor de las vírgenes*, de Shakespeare, danzaron en mi memoria, mientras yo conversaba conmigo mismo acerca de la evidente hostilidad de mi rival... Sin duda, sonó mi nombre en las conversaciones del invierno; sin duda, Archer tuvo con Hannah escenas de celos; y, sin duda también, recibió como réplica confesiones por las cuales en aquel momento hubiese yo dado cuanto me pidieran.

Estaba también aquel celta castaño, de ojos verdes, inteligentes y místicos, impregnados de aquel ensueño inquietante que se ha perpetuado siglos y siglos en Irlanda, desde los días en que Pembroke

abolía una a una las libertades de los Kymrys... Abrazaba con fuerza a Magd, cuando el azar del *quadrille* la llevaba a sus brazos... Era, sin duda, Jorge O'Connor... Archer bailaba en aquel momento con una de las tres hijas de Mac Murray. Fingió que sólo le preocupaba ya su pareja.

El colosal O'Molloy estrechó cordialmente mi mano. Su mujer, de rodillas ante la hornilla (*Se la vela por la puerta, abierta de par en par*), sacó una tarta. Después, al volverse, me reconoció con una sonrisa afectada... Todo pareció festejarme. Hasta la muda rabia de Archer fué para mí un buen presagio.

En esto cesó la música. Los bailarines se enjugaban la frente. Jorge O'Connor ofreció *chewing gum* a Magd y a las tres hijas de Mac Murray. Hannah se deslizó hacia Magd y le habló quedo. La palidez oscureció un momento las mejillas de la novia... ¿Iría a desmayarse, como yo supuse?

... ¡No! En sus labios triunfó una sonrisa, y, corriendo hacia mí, se aseguró ante todo de la verdad. Se dibujó en su cara una mueca de disgusto, y dijo:

—¿De modo que es cierto?

Todo se arregla así, me dice Hannah... ¡Tenía tanto miedo a su regreso!...

No supe hacer otra cosa que inclinar la cabeza. El triunfo del Amor me parecía cínico.

¿Tenía que decirle que estaba encargado de entregarle la herencia de Pablo Durand?... Sin duda, hubiese sido de un efecto trágico... Pero ¡qué odiosa ironía para el muerto!... Contuve mis intenciones de tirarle al mismo tiempo a la cara su dinero y mi desprecio... Pero preferí reflexionar y callarme. A pesar de todo, dijo:

—¡Pobre Pablo!

Y, girando sobre sus talones, se fué a reunir con su pareja. El violín, iniciando el *breakdown* (o final de *quadrille*) le ofreció esta oportunidad... Mientras, el contacto de mi hombro con el de Hannah calmaba mi furor.

Esos *breakdown* de los *quadrilles*, tomados del antiguo repertorio de aires gaélicos, contienen la expresión de un tumulto a la vez trágico y alegre. Mientras el violín rascaba esta música, hecha para gaitas, mi alma se unía al ritmo de la tumultuosa cadencia. De pie, apoyados como estábamos contra el tabique, nuestros hombros se ajustaban el uno al otro. Todo aquel deseo, formado lentamente en los fríos del Norte, maduraba de una vez al sentir el calor. Y me bastó volver los ojos hacia los de Hannah, turbados, para leer la respuesta que aplazó un momento antes.

Pasaron muchos días, durante los cuales fui invitado todas las noches por los O'Molloy. No habíamos hablado ni uno ni otro, y, no obstante, fué como si el acontecimiento le hubiera parecido fatal a toda la familia. Tim, el taciturno, cuando volvía por la noche de la cuadra, aureolado por los últimos rayos del sol, y nos veía a Hannah y a mí, seriamente ocupados en hablar de cosas olvidadas dos minutos más tarde, y apoyados hombro con hombro en la valla, tenía para nosotros la misma sonrisa que dispensaba a Magd y Jorge O'Connor, que iban a casarse en cuanto terminara la siembra.

Nuestras dos parejas hacían en la mesa el gasto de la conversación. Archer se había vuelto mudo, y O'Molloy le miraba con curiosidad burlesca. Así que, cierta noche, se levantó Archer bruscamente de la mesa, con la cara tan roja como sus cabellos... Nadie dijo nada. Le oímos entrar en su cuarto, que compartía con los hijos de O'Molloy. El suelo retumbó con los objetos arrojados violentamente.

Mucho después de la cena, cuando, sin decir palabra, Hannah y yo mirábamos en la lejanía del campo rojo y verde pálido esa inimitable franja púrpura y oro, alargada y fina, del sol poniente sobre este país llano, Archer, vestido, con sombrero, salió con sus dos maletas en la



mano. El coloso barbudo se precipitó hacia él. Oímos los gritos roncacos e incomprensibles de dos furias. Después Archer volvió la espalda a O'Molloy, y, sin decir una palabra a nadie, atravesó la cerca y se alejó con paso precipitado.

—Buena suerte!—dijo Hannah.

Y su prolongada risa se difundió en el espacio a modo de una prematura estrella errante...

Como si nos lo hubiéramos dicho, nos agrupamos todos en torno del colono.

—La siembra no ha terminado aún—dijo el coloso—, y Archer me abandona. ¡El diablo se lo lleve!...

—¡Bueno! ¡Que se lo lleve!—le interrumpió Tim—. Ya hacía demasiado tiempo que ese hombre asalariado mandaba aquí. ¡Nadie se atrevía ni a mover una mano sin pedir permiso a ese fusilero!

Nos asombramos al oírle decir tantas cosas de una vez. Y añadió, mirándonos a Hannah y a mí, con simpatía burlona:

—Supongo que esta encantadora pareja no habrá pensado en preguntarle si quiere que se casen.

—¡Sí, eso es!—repuso O'Molloy.

Se pasó la mano por el oro de su barba, como para cerciorarse una vez más de que no le habían robado aquel tesoro, y continuó:

—Pero la siembra no está terminada, y vamos a ser pocos...

Cogí la ocasión al vuelo.

—Si no es más que eso lo que le preocupa, yo puedo reemplazar a Archer... Una sembradora y cuatro caballos no son tan difíciles de guiar.

Hannah se echó a reír.

—¡Ah, ah, ah! ¡Frenchy! ¡Me llamaba siempre por este diminutivo de mi nacionalidad! ¡Usted es Juan Sábilotodo! ¡Anteayer, cowboy! ¡Ayer, cazador de pieles! ¡Hoy, labriego!... ¿Qué más?

Tim (Decididamente le era yo simpático.) dejó de llenar su pipa y, desabrochándose el cuello de la camisa de satén negro, como si le ahogasen las palabras, dijo:

—Bueno; apuesto a que Frenchy puede ganar a Archer en la sembradora.

Y riéndose muy fuerte:

—Parece que le ha vencido también en otra cosa.

O'Connor encendió un puro y dijo entre dientes:

—Le ha vencido en juego limpio. ¿Qué dice usted a esto, Magd? Supongo que habrá dos bodas el mismo día.

—¡Por San Patricio!—replicó el coloso—. ¡Esa sí que es una buena idea! Pero si Hannah y Frenchy no han hablado, que yo sepa!

Hannah me dió con el codo.

—Frenchy tiene la palabra.

En seguida dijeron todos al mismo tiempo:

—¿Qué dice Frenchy? ¿Qué dice Frenchy?

Los perros ladraron y mugió una vaca. Esto produjo tal tumulto, que tuve que esperar un momento para asentir.

Ocupé el sitio de Archer en el cuarto desarreglado, en donde los dos hermanos O'Molloy llenaban con su corpulencia la otra cama. ¿No tenía que levantarme al amanecer para guiar la sembradora? Sus ronquidos me tuvieron despierto. Por lo menos, yo acusaba a los ronquidos. Pero también era el delgado tabique que me separaba del cuarto de las muchachas, donde me parecía que un corazón latía al unísono del mío.

Un hombre recuerda su pasado

... Y fué Hannah quien, por la mañana, luego que hube limpiado, dado el pienso y enjaezado los cuatro caballos que había de guiar, me sirvió el porridge, los huevos con tocino y las patatas del *breakfast*.

Mientras el polvo de la sembradora me ennegrecía el rostro, pensaba en la conducta que había de seguir respecto a la herencia de Pablo Durand... Me repugnaba ponerla en manos de Magd... Por otro lado, era traicionar la confianza que el muerto puso en mí... Sí; pero no previó que Magd no esperaría a saber lo que había sido de su suerte para traicionarle... ¿No me correspondía resolver en caso tan imprevisto?

Lo pensé, no sin haber discutido largamente conmigo mismo las razones de aquel caso especial. Aproveché el primer día de lluvia para sacar de mi cuenta en el Banco, donde se hallaban todavía, las sumas de las cuales era yo albacea testamentario. Envié un cheque a la hermana del difunto, única familia que yo le conocía, y cuya dirección encontré en sus papeles... Es posible que yo hubiese debido, mediante una conversación con Magd, obligarla a renunciar a todo lo que pudiera recordarle a su ex novio. Pero, aun-

que se me ocurrió la idea, juzgué inútil tal maquiavelismo. Desde luego, todo me absolvía.

En Winnipeg, el abogado Stopwell me recibió en la serie de despachos que ocupaba en el quinto piso de un elevado edificio de la Main Street. Los ascensores daban carreras fantásticas, guiados por muchachos que, entre viaje y viaje, metían las narices en unas obras clásicas. Así preparaban su licenciatura, mientras se ganaban la vida. Pasados algunos años, inquilinos a su vez de despachos bien amueblados de caoba o de roble, harían la competencia al abogado Stopwell, al doctor Mac Manus, al cirujano, dentista Lindsay, cuyos nombres, entre otros muchos, estaban inscritos en las placas del *North American Building*.

El señor Stopwell, abogado, procurador y notario, escuchó en actitud seria el relato de mi desastre conyugal. Sus ojillos se perdían tras los inmensos cristales con montura de concha. Movía sin cesar su cabeza, noblemente calva, y comentaba cada final de mis frases

con repetidos «¡ya comprendo!, ¡ya comprendo!», que parecían disparados por una escopeta de dos cañones.

Después, cuando acabé mi relato, me interrogó con la severidad glacial de un juez de instrucción: «¿Había sorprendido yo alguna correspondencia entre los dos cómplices? ¿No? ¡Ya!, ¡ya!» ¿Qué prueba podía yo aportar de que los amantes se habían ido juntos? ¿Ninguna? ¡Ya!, ¡ya!» ¡Jem! ¡Jem!... Era conveniente, ante todo..., ¡jem!, ¡jem!..., que, según costumbre, le entregase una cantidad, ¡oh, pequeña, pequeña!... ¿Podía yo, por ejemplo, depositar veinte dólares... para los primeros gastos de correspondencia?... ¿Podía?... Bien... ¡Ya!, ¡ya!» Sí. ¡Jem!, ¡jem!... Lo mejor sería, sin duda, avisar a un detective particular. Podían indicarme uno muy bueno... ¡Oh!, de toda confianza. ¡Jem!, ¡jem!..., para obtener, ¡jem!, ¡jem!..., un testimonio irrecusable de la complicidad de las dos... personas. ¡Jem!, ¡jem! El arsenal de leyes, ¡jem!, ¡jem!—las leyes canadienses, ¡ya lo sabe usted, caballero!, son las mejores del mundo—. ¡Jem!, ¡jem! No obstante, debo decir, ¡jem!, ¡jem!, que están hechas por hombres, ¡homo mendar, caballero!, ¡jem!, ¡jem!..., lo cual quiere decir... ¡Ah!, ¿sabe usted latín? ¡Ya!, ¡ya!, ¡jem!, ¡jem! El arsenal de leyes me ofrecía las armas siguientes...»



A continuación, el señor Stopwell me propuso condenar a la detención a los dos cómplices, si, efectivamente, el detective podía comprobar (¡jem!, ¡jem!) el crimen del cual yo les acusaba, y él, Mr. Stopwell, no dudaba... ¿De veras no quería? (¡ya!, ¡ya!). El divorcio, por otra parte, era muy difícil de obtener... No obstante, el testimonio de un detective jurado... Había que redactar en seguida una instancia de conformidad con...

* * *

Don Ricardo O'Snooby, detective particular, era un hombre frío, decisivo y seguro de sí mismo. Me pidió la filiación de los dos fugitivos, y me aseguró con toda certeza que, si se hallaban en algún sitio en este pícaro mundo, los encontraría dentro de algunos días. Con un poco de escepticismo, le entregué la cantidad acostumbrada.

* * *

Hay—pensé yo—tiempo para todo. Llorar y sentir profundamente el dolor es una cosa bastante buena para el que sabe librarse a tiempo de las lágrimas y de la pena. Y para ello, mientras haya salud, puede contarse con la complicidad, siempre dispuesta, de la acción. Después, unos cuantos días de risa os vengarán del llanto.

... Como me vi obligado a correr en pos de los hombres de negocios de Winnipeg, y como el mundo me enseñó hasta la más perfecta disciplina, el *Primum vivere*, mi dolor no cantaba ya más que con sordina. Instrumentando el tema de mi corazón, las demás pasiones: el orgullo, la ira y los sentimientos que viven en nosotros, tomaron parte en la cruel sinfonía. Distribuida entre tantos instrumentos, resultaba más fácil para cada uno. Así es que, cuando llegué a St. Hormidas, al «Imperial Hotel» (tal era el pomposo nombre del hospedaje que tenía David), ya me había inspirado la vida aquel feroz amor que fué mío... ¿Qué me importaba que Mr. Richard O'Snooby, detective, fallidas sus esperanzas, al mismo tiempo que las mías, no hubiera podido descubrir aún el refugio donde se escondían Archer y Hannah?... ¿Valía aquello el espectáculo de la lucha de los hombres contra el invierno en el lago Manitoba?

* * *

Si no fuéramos David y yo hombres con corazón del Oeste, hombres siempre dispuestos a la acción, no hubiésemos tomado parte en aquella lucha. Resurrección imprevista, este mundo, que mezcla de un modo tan extraño el progreso y la barbarie, nos aconsejaba la unión, como, hace ya muchos siglos, se la aconsejó a los bárbaros de las razas norteanas, padres nuestros. Si David no sabía lo que era una *ghilde*, estaba enterado, por lo menos, tan bien como yo, o tan bien como cualquier belga, de que la unión es la fuerza. Yo, llegado hacía mucho tiempo de esa Europa donde las selecciones se han olvidado de luchar por lo que no sean fines accesorios, y con frecuencia ficticios, para abandonar los valores adquiridos desde mi infancia. El hecho de que la Naturaleza me hubiera enseñado cruelmente que cuanto no trabaja con nosotros trabaja contra nosotros, me obligó a eliminar toda clase de neutralidades de este mundo. Así, el esfuerzo de dos hombres es dos veces más bello que el de uno solo; el esfuerzo de veinte hombres, veinte veces más bello todavía. Por último, ambos sabíamos lo que significaba la expresión de «ganarse la vida». Nos la habíamos ganado David y yo más de una vez contra la muerte. No, no se trataba de ninguno de esos juegos infantiles europeos en que hay que atenerse a ciertas reglas para ganar los medios de tener aspecto un poco más brillante. La puesta en esas modestas partidas se llama vanidad. Nosotros, que teníamos a nuestro favor todas las probabilidades, y que hubiésemos hecho trampas si hubiéramos tenido la ocasión de hacerlas, sabíamos que en la

Un hombre recuerda su pasado

terrible partida que jugábamos, la puesta era la misma vida.

Por eso escribimos en un pliego de papel las condiciones de una sociedad que tenía por objeto la compra y venta de la pesca del lago. Compramos a partes iguales caballos y trineos, y David, cuyo hotel le obligaba a residir en St. Hormidas, se ocupó en las compras, mientras yo tomaba inmediatamente el camino de Winnipeg para asegurar la reventa.

* * *

El espectáculo de la pesca era un espléndido testimonio de la energía humana. Imaginad el lago, desembarazado de la nieve por el viento, brillante y obscuro, como si fuese de plata ligeramente oxidada. Un cielo pálido y limpio. Los jugueteos del sol. Imágenes parhélidas, burlonas y pálidas, en cruz, que atestiguaban el rigor de la temperatura. La luz, descompuesta en los invisibles prismas suspendidos en el aire, perdía, uno a uno, todos los colores del espectro. De esta manera se formaba cerca del cielo un inmenso rosetón, con cuatro soles falsos en cruz alrededor del verdadero, y unidos a él por una cruz de Malta fantástica, compuesta de hacecillos de colores simples, reunidos entre sí por un inmenso círculo hecho con los colores del arco iris... Así, separados aquellos colores, merced a una prestigiosa acrobacia, corrían uno tras otro con velocidades distintas. Casi se reunían al rozar el hielo en un centelleo multicolor; después rebotaban y se paraban un instante todos juntos, para reconstituir, sin esfuerzo aparente, la deslumbradora luz blanca...

En aquella decoración de ensueño, al son del incesante cañoneo de la helada, que hacía estallar bruscamente el campo de hielo, por efecto de la fuerte contracción, desfilaba la serie de trineos entre el tintineo de las campanillas de los caballos. Y se iba hacia el horizonte lejano, imparablemente limpio, descansando todo su peso en el frágil hielo del lago, hasta las hondonadas que los pescadores canadienses, islandeses o mestizos violaban para nosotros.

Los refugios para pescar eran cabañas cuadradas, de tablas, de cuatro metros de lado, en las cuales impedía un calorífero que se helase el agujero de tres pies de diámetro, en cuyo fondo chapoteaba un agua misteriosamente oscura. Por aquel agujero se sacaban las redes. Estas estaban dispuestas en forma de cruz. Eran como telarañas de cien pies de largo, que se introducían en el agua cortando el hielo cada diez pies aproximadamente. Armado de una pértiga, un hombre deslizaba la red bajo el hielo, y valiéndose de la misma pértiga la recogía para llevarla al agujero siguiente, y así hasta llegar al último, desde el cual era llevada la cuerda al primer agujero, por encima de la dura superficie, congelada de nuevo.

(Continuará)



Sitios Reales de España



EL ALCAZAR DE TOLEDO



o son muy claros ni concretos los datos que poseemos del origen del primitivo Alcázar toledano. Algunos autores—fundados más en hipótesis que en documentos y testimonios—se remontan hasta la dominación romana. En los tiempos medievales podemos fijar el comienzo de esta gran obra que todavía hoy, después de numerosas vicisitudes, atrae la atención del turismo y del enamorado del arte. Alfonso VI, el conquistador de Toledo, reedifica el antiguo alcázar árabe para que de nuevo sirviera a las huestes cristianas como baluarte ante posibles contingencias militares. Además la capitulación de Toledo establece que numerosos elementos musulmanes permanezcan en la ciudad, y esto obliga al rey cristiano a mantenerse en permanente estado defensivo. Al-



TOLEDO.—Portada del Alcázar

Foto Linares



TOLEDO.—Interior del patio del Alcázar

Foto R. Alonso

fonso VII, Alfonso VIII, Fernando III, Alfonso X, Juan II y los Reyes Católicos ampliaron y mejoraron el castillo que a veces sirvió de morada a los Reyes. Especialmente fueron notables las obras y ampliaciones mandadas realizar por Alfonso X, a quien se debe el muro de torreones y la barbacana alta que forma el cuerpo inferior de la fachada de Levante.

Carlos V es el gran constructor del Alcázar. Quiere que Toledo tenga una mansión digna de albergar su gloria imperial y no omite esfuerzo para lograrlo. El antiguo castillo se convierte en magnífico edificio, conservando en su trazado el tipo en planta cuadrada con torres angulares, característico de las obras influidas por el arte bizantino-musulmán de los palacios fortificados, como la Aljafería de Zaragoza y otros de análogo tipo. Es la época en que se realiza la evolución de convertirse los antiguos castillos y fortalezas en palacios y residencias de Corte. La antigua lucha medieval había cesado; la reconquista terminada, y los nobles, en otros tiempos en pugnas con los reyes, se habían hecho cortesanos. Quedaba todavía algo de la vieja lucha;

Sitios Reales de España

pero el cambio radical de vida y costumbres se reflejan, como acertadamente ha estudiado Lampérez, en las construcciones. Alonso de Covarrubias, el mismo que fué director de las obras del Alcázar de Madrid, dirige las de Toledo, siendo destituido de su cargo por haberse separado de la traza primeramente ideada y aprobada por el Emperador. Era entonces Regente del Reino Don Felipe, Príncipe de Asturias, quien nombró para reemplazarle a Luis Piñaño, Teniente general del cuerpo de Artillería, quien fué ayudado en su empresa por el Capitán Pedro Solís. Otros grandes artistas y maestros de la época intervinieron en las obras. Villalpando dirigió el patio, uno de los más bellos que se conservan en esta clase de construcciones, y suyo fué el proyecto de la escalera. Juan de Herrera, en tiempo de Felipe II, dirigió la construcción de la fachada del frente meridional.

Los comienzos del siglo XVIII traen a España, con la nueva dinastía de la Casa de Borbón, una guerra de sucesión con todas sus tristes consecuencias. En 1710, las tropas aliadas de alemanes, ingleses y portugueses que se encontraban en Toledo, producen un incendio en el Alcázar, que sufre grandes daños. Las puertas y ventanas sirvieron para cocer el rancho de los soldados del Archiduque Carlos de Austria. Carlos III cedió el edificio al Cardenal Lorenzana, para que lo destinara a una de sus benéficas obras y allí se estableciera la Real Casa de Caridad. Lorenzana se preocupó especialmente de la restauración, encargándosela a D. Ventura Rodríguez, quien la terminó en el año 1773. Con la invasión napoleónica, nuevas desventuras caen sobre el antiguo Alcázar de Carlos V. El 31 de enero de 1810 fué bárbaramente incendiado por la división francesa que lo guarnecía al retirarse de la ciudad, quedando reducido casi a sus muros exteriores, patio, escalera y algunas dependencias del piso bajo. La Comisión de Monumentos Artísticos de Toledo, en noviembre de 1844, dirigió una exposición a S. M. para que se atendiera a su conservación y reconstrucción y se estableciera un Colegio Militar. En 1845 se pensó en una restauración, que después no pasó de ser un proyecto; en 1853 se hicieron algunos pequeños trabajos parciales, y en 1867 se comenzaron obras rectoras bajo la dirección de D. Francisco Osorio, acudiendo diversas Corporaciones oficiales con valiosas aportaciones económicas para la mejor realización de la patriótica iniciativa. En 1882 concluye esta nueva reconstrucción, y en 1883, después de beneméritos trabajos del Director general de Infantería, Sr. Marqués de San Román, quedó establecida la Academia general Militar. A partir de esta última fecha se hicieron varias obras que imponían las necesidades de adaptación y que contribuyeron a la total restauración y a la mejor conservación y cuidado. Aun no habían terminado las desventuras del Alcázar, condenado a través de todas las vicisitudes de su historia, que rápidamente sintetizamos, a padecer de modo constante el azote del fuego. El 9 de enero del año 1887 un nuevo incendio causó graves daños y puso en peligro, una vez más, la magnífica obra de Carlos V. Al poco tiempo se inició una reconstrucción, que se llevó a cabo teniendo como modelo la labor de los artistas del siglo XVI. Tal es la accidentada historia de este edificio.

De sus fachadas, la más importante sin duda es la del Norte, debida al famoso Covarrubias, decorada siguiendo el gusto plateresco. Se compone de tres cuerpos y la parte céntrica del inferior y del segundo cuerpo está ocupada por una magnífica portada con dos cuerpos. El primero, con un arco almohadillado con dos columnas jónicas, y sobre ellas un cornisamento con la siguiente inscripción:

CAR° V RO IMP HISP REX. M.D.LI.

El otro cuerpo de la portada está compuesto de dos columnas corintias y un frontón con un escudo imperial de España. Flanqueando esta portada se encuentran las estatuas de los Reyes godos, Recaredo

y Recesvinto sobre pedestales de piedra con inscripciones alusivas a la abdicación de Recaredo en el tercer Concilio de Toledo, y a la protestación de fe católica y modo de ascender al trono que fijó Recesvinto en el octavo Concilio de Toledo.

Curiosa es también la fachada occidental. Su fábrica es de construcción anterior a la de septentrión, y está formada de sólida cantería y tiene adornos con diversos detalles platerescos, cuyos motivos se sintetizan en la pequeña portada y en las ventanas. La portada posee dos pilastras decoradas en sus fustes con figuras humanas.

La fachada del mediodía tiene toda la característica sobriedad del constructor de El Escorial; está compuesta de cuatro cuerpos de orden dórico.

La fachada del lado oriental es la más antigua de todas. Parece más la cortina de un castillo que el exterior de un palacio. Conserva los restos de la antigua fortaleza medieval, fortaleza que después, con los siglos, va evolucionando y cambiando su estructura con el compás de los nuevos tiempos. Entre las torres de los extremos, decoradas al gusto plateresco, se extiende la muralla, defendida con menzulas y almenas, y tres torreones almenados que acaban de dar una completa impresión de lo que debió ser la antigua fortaleza.

La torre del ángulo Noroeste, que en el siglo XVI se llamó del Atambor, servía para izar el pendón real. Las torres tienen capiteles semejantes a los del Ayuntamiento.

Debajo de la puerta llamada de Doce Cantos, y en la orilla misma del río Tajo, existe un torreón cuadrado. Esta obra se encuentra aislada, lo mismo que alguna de las llamadas torres albarranas de la Edad Media, constituye una de las interesantes fortificaciones de Toledo, como acertadamente indica el señor González Simancas, y tiene un gran valor arquitectónico y militar. Estaba dispuesto como reducto militar, como avanzada necesaria para amparar la toma de agua necesaria para las necesidades de las fuerzas que se encontraban en el Alcázar. Existe también un camino subterráneo que arranca de la torre del ángulo Noroeste, lo que confirma el empleo del camino y del mencionado reducto. Este elemento defensivo, complementario de la obra del Alcázar, aunque independiente de su total construcción, es muy interesante y nos hace vivir las luchas de tiempos pasados.

Magnífico es el patio central trazado por Covarrubias y terminado en el año 1559. Sus cuatro frentes, con dos galerías superpuestas con columnas corintias y arcos de medio punto, tienen un grandioso aspecto. En su centro se encuentra la estatua de Carlos V, copia de la famosa de Pompeo Leoni, en bronce, que conserva el Museo del Prado. Aparece el Emperador

vestido a la romana y a sus pies un africano amarrado; en sus frentes dos inscripciones aluden a las luchas africanas y anuncian los propósitos belicosos del César Carlos V. Quedaré muerto en Africa o entraré vencedor en Túnez. Si en la pelea veis caer mi caballo y mi estandarte, levántalo primero a éste que a mí.

La escalera de Villalpando y de Herrera es una de las más grandes creaciones en su género. Su caja está formada por una gigantesca nave, cubierta por nueve bóvedas de medio cañón. Dos cuerpos arquitectónicos, superpuestos con bellas pilastras y entrepaños con ventanas y elegantes molduras, decoran el recinto. Cinco grandes tramos con barandillas de piedra completan la bella obra.

La capilla también se debe al espíritu artístico de Herrera, y estaba decorada con gran riqueza antes del incendio de 1887, fecha en la que sufrió grandes quebrantos, especialmente en su techumbre. El fuego también devoró el salón del trono.

El Alcázar de Toledo guarda en sus diversos estilos la tradición y el arte de varias épocas de la historia de España, y su vida, palacio y fortaleza, es un vivo recuerdo de gloriosos tiempos pasados.

(Fotos y texto proporcionado por el P. N. T.)



TOLEDO.—Vista parcial del Alcázar

Foto R. Alonso



KELLY

Representante general para España
C. DE SALAMANCA

Apartado de
Correos 935
MADRID



Ayuntamiento de Madrid

Arquitectura y Decoración

Casto Fernández Shaw

y sus proyectos

ENTRE la pléyade de arquitectos modernos de España, destaca la personalidad del que nos ocupa, porque ha sabido asimilar las enseñanzas de las artes en los demás países del mundo.

Con panorama tan amplio y distinto, engañoso para inteligencias jóvenes, deseosas del triunfo rápido, ha contenido su voluntad para dejarse influir sólo de la impresión de sus retinas que, como constituidas con filtros depuradores de la esencia de la belleza, han recogido en su cerebro la concentración de los elementos puros del arte.

Fernández Shaw, en la corriente impetuosa de las extravagancias arquitectónicas y decorativas, ha visto pasar a su lado múltiples elementos, donde poderse detener para recoger sus brotes; pero eran ramas quebradizas, y sin perder la noción de la velocidad, de los gustos y de las modas, esperó serenamente a encontrar donde sujetar sus vehemencias noveles; y cuando se decidió a pisar terreno firme, no se equivocó; las raíces en donde sujetó sus conocimientos no fallaron.

En la marcha febril de los primeros años titulares, deslumbra y equivoca el triunfo de los antecesores que supieron remontarse, y es difícil desdeñar esas ramas quebradizas que en forma de excentricidades artísticas

interrumpen el camino de un enamorado de su profesión, o que brotan momentáneas de la propia imaginación ardiente; pero el tiempo, que es un valor imponderable para todo menos para el arte, señala los aciertos y define y clasifica lo trivial de lo sereno y armonioso, lo firme de lo inconsistente, y Fernández Shaw, sin extravíos, recogió lo que debía darle provecho, rechazando lo que ansían otros para levantarse fugazmente sobre el nivel de los demás.

El siglo XIX parece haber sido en España y aun en el mundo entero modelo de decadencia arquitectónica y decorativa, y sus maestros parecían desdeñar, rechazar los elementos que el arte les brindaba en múltiples manifestaciones en los capítulos de la historia, y vueltos de espaldas proyectaban de una manera tan singular y anodina que no ha quedado un ejemplo que perdure.

En el siglo XX, por el contrario, la simiente de los grandes incentivos raciales germina de nuevo; las exigencias de la vida moderna han sido y son el caudal vivificador que les hace renacer, y hoy los arquitectos, en una gran mayoría, son artistas completos en la más amplia representación de la frase.

Pero los hechos, no las palabras, son los que fortalecen las afirmaciones, y ellos son los que



El salto de El Carpio, modelo de obras hidráulicas.



Chimenea decorativa del hotel de los Sres. de Martínez Frierio

nos han de servir para demostrar nuestros asertos.

Prescindiendo, de momento, de lo que es más persuasivo para la generalidad de los lectores, hemos de hacer mención, dentro de la obra conjunta de Fernández Shaw, de sus originalidades propiamente arquitectónicas, en donde tanto valor tiene la decantación de los principios físicos naturales, para utilizarlos en su justa proporción, esa justa proporción que da la sensación de alarde, palabra que explotan muchos artistas, y que la arquitectura es el único arte que no admite, que no puede admitir científicamente, porque la gravedad, por un lado, y la resistencia por otro, son dos vigilantes tan atentos que no permiten desvaríos; pero no todos los arquitectos saben construir, aprovechando las leyes físicas debidamente; mas hoy, que los materiales influyen en pro unas veces y otras en contra, desvirtuando o fortaleciendo aparentemente las cualidades básicas de las obras, el

Arquitectura y Decoración

cemento armado, por ejemplo, juega un papel tan importante entre los nuevos procedimientos, que esos dos vigilantes de que hablábamos antes no duermen tranquilos, y es que no se acostumbran a cambiar, pudiéramos decir, de aires tan fácilmente, porque las teorías de veinte siglos no se olvidan en unos cuantos lustros.

Las nuevas leyes arquitectónicas que la edificación moderna han creado son del absoluto dominio de Fernández Shaw, y lo hemos apreciado en todas sus obras, donde se prescinde de todo el material superfluo para lograr elegancia y extensión, obteniendo el máximo de resistencia con el mínimo de materiales, que es el acierto del verdadero arquitecto. ¿Obras? La del Salto del Carpio sólo, bastaría para cimentar una fama; no en balde obtuvo en París la medalla de oro en 1925 por su proyecto; pero tiene otros, como el de la iglesia del Octavo Mandamiento, que es digno también de admiración.

Desde el año 1923 sus realizaciones son constantes, hasta el punto de que en el espacio de seis años ha llegado a contar 60 en su haber, y todas de gran envergadura.

Cuando hemos obtenido estos datos y hemos apreciado sus bocetos y realidades, no nos ha extrañado una referencia anecdótica que conocemos de uno de sus proyectos más recientes, no premiado, por cierto, en el concurso, pero que una carta explicativa de la razón de no haberlo obtenido, que avalora su obra considerablemente, pues en ella se le



Un despacho de la misma mansión

(Fotos Moreno)

Arquitectura y Decoración

decía que la comisión había reconocido en sus proyectos extraordinarias condiciones dignas de atención, pero... que el exceso de originalidad les privaba de aceptarlo.

Son tantos los comentarios que ante una razón de esta índole — dada para justificar una protección que los mismos que la llevaron a cabo no entenderían demasiado justa cuando de tal modo se apresuraron a disculparla — acuden a los puntos de la pluma, que casi es inútil consignar ninguno de ellos.

El criterio, y el fallo, hijo lógico suyo, dice ya bien a las claras hasta qué punto sigue imperando el viejo temor a cuanto no sea rutina y adocenamiento, manso sometimiento a las normas anticuadas que, si un tiempo pudieron ser algo, con su tiempo pasaron, obedeciendo a una ley inmutable que sus autores se resisten a obedecer.

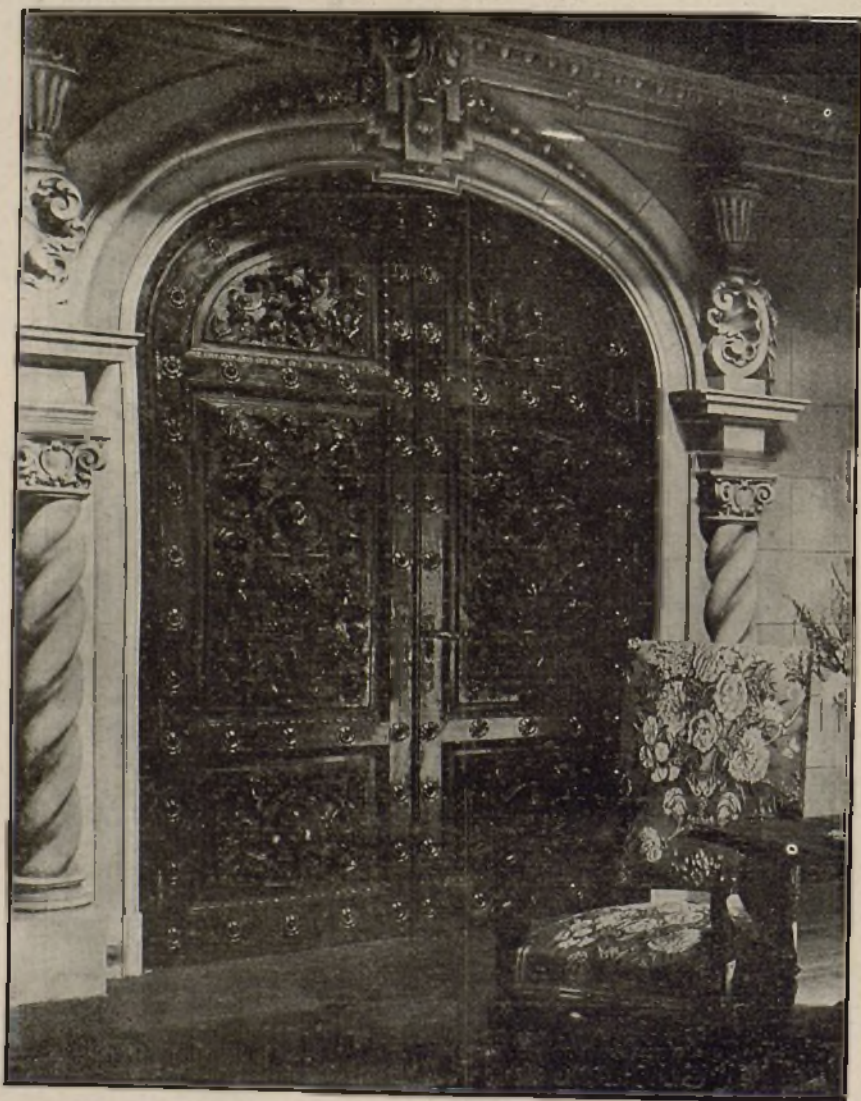
¿Para qué hacer consideraciones ni comentarios?

* * *

La personalidad de Fernández Shaw no es sólo de un arquitecto: es la de un proyectista decorador formidable, y hemos dejado este tema para el final, para ocuparnos en detalle de una de sus obras más valiosas, la del hotel de don Julio Martínez Frieria, cuyos salones son el compendio de las artes decorativas modernas en su máxima esencia de gusto



Un saloncito lleno de modernidad y de refinado gusto



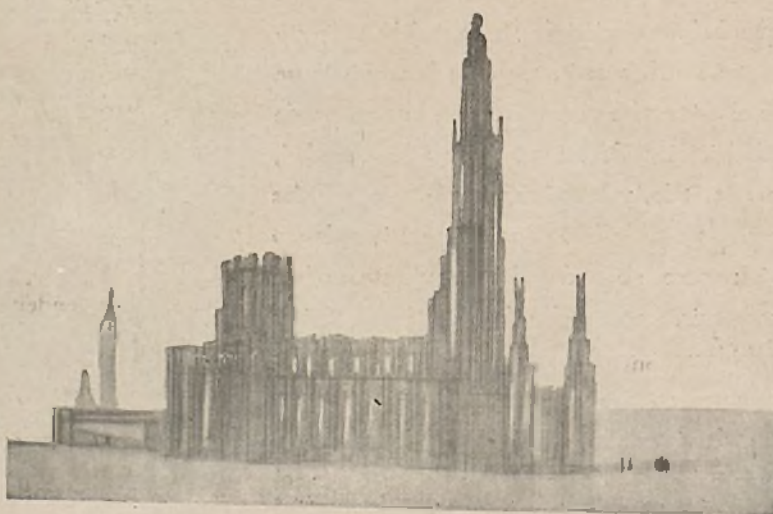
Puerta de la capilla, en el "hall" del hotel de los Sres. Frieria

y depuración; son un museo, en el que el valor intrínseco de los objetos, que es extraordinario, queda relegado a un segundo término por la originalidad con que están concebidos.

Las fotografías que ilustran este artículo dirán mejor que las palabras, lo que es esta obra: la obra de un arquitecto joven, que tiene concedido oficialmente el título de... *extremadamente original*.

Si a todas estas cualidades que dibujan un carácter que el lector la afabilidad, la modestia y la cortesía, tendrá el retrato fiel de Casto Fernández Shaw.

ANTONIO PRAST.



Un proyecto de construcción religiosa, lleno de audacia y rebosante de espíritu, obra de Fernández Shaw

EVOCACION

DE «FIGARO»

Por

J
O
S
E

F
R
A
N
C
E
S

FIGARO tiene ya su monumento. Una mañana de abril le han inaugurado varios periodistas españoles e hispanoamericanos en el Paseo del Prado.

El monumento es no más que un busto del gran escritor sobre un sencillo pedestal. Pero no había derecho a exigir mayor sacrificio a los artistas Anasagasti y Perdigón, que han regalado su trabajo, y al puñado de escritores que consiguieron la modesta ayuda económica para costear el material.

Como en el caso de Galdós, se remedia así, por humilde y entusiasta iniciativa particular, el olvido nacional, tan frecuente cuando se trata de verdaderas figuras históricas españolas, no de accidentales figurones del retablillo político, que erizan calles y plazas de la ciudad y que costaron miles de duros.

Como Galdós, *Figaro* tiene ya su exégesis plástica, sin que Madrid se lo deba al Ayuntamiento, tan desdichado administrador suyo en todo tiempo y bajo todos los partidos. Incluso en este caso actual, ni siquiera hizo acto de presencia el día del homenaje.

No tuvo tampoco éste las proporciones que merecía la figura de Larra. Pero algo es algo. Agradezcamos el busto de hoy, y procuremos seguir pensando en el monumento de mañana.

El monumento a *Figaro* se suponía y aguardaba como de más amplia finalidad estética y mayores proporciones escultóricas. Debió ser, *deberá ser*, con la estatua culminante del gran satírico, el monumento al Romanticismo español. Sin necesidad de acudir a alegorías de «cuadro vivo», ni a apoteosis de final de revista, como suelen entender muchos escultores las alusiones plásticas, el monumento a *Figaro* deberá ser expresión noble de una época, tanto como recordación concreta de un espíritu excepcional.

Alegre y confiada, España está dejando irse el año 1930 sin celebrar el centenario del Romanticismo. Algunos artículos de periódico; ciertas conferencias y conciertos exclusivamente catalanes en Barcelona; este busto sencillo «dejado» en un rincón del Prado. Y nada más.

También hubo silencio en torno de *Figaro* cuando se cumplió el centenario de su nacimiento, el 24 de marzo de 1909. Sólo un grupo de escritores y de artistas—como ahora, transcurridos veinte años—se reunió a cenar en Pombo con la sombra de Larra, maestro de irrespetuosidad.

Acaso cuando se cumpla el centenario de su muerte—13 de febrero de 1937—se le concedan más dilatados ecos a la evocación, y pueda congregarse la muchedumbre ante el monumento del Romanticismo, si para entonces el materialismo no ha concluido para siempre con todo impulso espiritual en nuestra raza y en nuestras costumbres.

Después de todo, tratándose de *Figaro*, será más lógico conmemorar la fecha de su óbito que oportuno fué celebrar la de su nacimiento.

El venir a la vida significa acto vulgar involuntario por parte del protagonista, a quien un momento de placer de sus progenitores condena al largo dolor de existir.

Por el contrario, el suicidio revela, indudablemente, el ejercicio supremo de la propia voluntad. Entre la masa informe, sucia y llorona que arrojaban a la vida veintiocho años antes, y la alta inteligencia, la varonil gallardía que diera un puntapié definitivo a esa vida impuesta sin previa consulta, en la elección de motivo para recordar la significación espiritual de Larra, no puede dudarse.



El busto de «Figaro», emplazado en el paseo del Prado

(Foto Martín)

Enfermo de literatura y de amor—las dos fecundas locuras de la Humanidad, prontas a desaparecer por el predominio del músculo y del agiotismo—, coronó la brevedad de su esclavitud en la tierra con el airón rojo de la sangre.

Tal vez la mano derecha, al oprimir el gatillo de la pistola, sentirla, más imperioso que el desencanto de Dolores Amijo, el malsano deleite del desquite de pensar. Durante toda su vida obedeció al cerebro, doblegándose a él, sometándose a él; pero en un segundo se vengó, imponiendo silencio eterno a sus mandatos.

Larra fué un predestinado al dolor de investigar y de crear incesantemente. Causa espanto la niñez de quien a los trece años traduce la *Ilíada* y escribe una Gramática.

Sería uno de esos pubescentes descoloridos, flacos y pedantuelos a quienes la Intrusa empieza ya a cortejar, dañándoles de timidez agresiva, de afición al estudio excesivo, de misoginia con violentas sacudidas sexuales, de desdén a las alegrías fáciles y espontáneas.

Por algo escribió, dos años antes de su muerte, en abril de 1835, que «la diferencia entre los necios y los hombres de talento sólo suele ser que los primeros dicen necedades y los segundos las hacen».

Su mayor necesidad no fué, sin embargo, otra que la de estropear su infancia traduciendo a Homero y poniéndole jaula al sonoro pájaro de la lengua castellana.

Todo, por el contrario, marca en su obra sensata y noble armonía, tan bien aprovechada del tiempo presente, como sólidamente cimentada para el futuro. Incluso aquellos precoces presentimientos de los dolores venideros, con lo cual ganó en ironía para comentarlos y perdió en serenidad para sufrirlos.



PEREZ CASAS, EL GRAN MAESTRO DIRECTOR, OYE SU GRAMOFONO "LA VOZ DE SU AMO"

«**S**ON pocos los momentos que mi profesión me deja libres —dice el maestro Pérez Casas—, pero apenas dispongo de un pequeño descanso, el placer más grande para mí lo constituye poder escuchar en mi gramófono la actuación de la Orquesta Filarmónica de Madrid, en cuya dirección tengo concentrados todos mis entusiasmos y afanes artísticos.

«La reproducción de nuestro repertorio es tan exacta, llegan a mí con tan clara perfección el sonido de todos y cada uno de los instrumentos, que algunas veces, de un modo inconsciente, las manos siguen el ritmo de la música y creo hallarme dirigiendo la labor de mis queridos compañeros en noche de concierto.

«Por estas razones he concedido la exclusiva para impresionar el repertorio que interpreta la Orquesta

«Solamente en él puedo escuchar con toda fidelidad la ejecución y el sentir del artista»

Filarmónica de Madrid, bajo mi dirección, a «La Voz de su Amo». Sólo los aparatos y discos de esta marca reproducen con toda fidelidad la ejecución y el sentir del artista».

La famosa Orquesta Filarmónica de Madrid —como la Sinfónica de Filadelfia, la de Londres, la Filarmónica de Viena y otras muchas— figura entre las que cuenta como exclusivas «La Voz de su Amo».



El nuevo modelo «La Voz de su Amo», núm. 130. Un mueble elegante y un aparato reproductor inmejorable. Ptas. 500

C.^{ta} DEL GRAMOFONO,
S. A. E.



LA VOZ DE SU AMO

URGEL, 234, BARCELONA
PI Y MARGALL, 1, MADRID

CHOZOS Y CORTIJOS



Un cortijo andaluz de apariencia mora



A enorme indiferencia que los facultativos y los intelectuales de nuestro país muestran por la ruralidad, hace que la vivienda del campo carezca de comodidades, de belleza y de carácter.

Los arquitectos españoles se preocupan de las grandes ciudades, pero apenas si han fijado su atención en los pueblos rurales y en las construcciones de índole agrícola. Ellos podrán alegar que muy raramente se reclaman sus servicios fuera de las urbes; pero a eso puede contestárseles que por su parte no han hecho nada por buscar una especialización en sentido rural, y que cuando alguien los utiliza, se encuentra con que simplemente trasladan al campo y a la aldea su ideología urbanista, si no hacen otra cosa peor, que es remedar los modelos rústicos suizos, franceses o ingleses, que son inadecuados para nuestros climas y nuestras necesidades.

Fijándose concretamente en una región, la andaluza, encuéntrase en sus alegres y maravillosas tierras algunos cortijos que tienen las características de verdaderos palacios.

Fuera de esos edificios de lujo, que, como es natu-

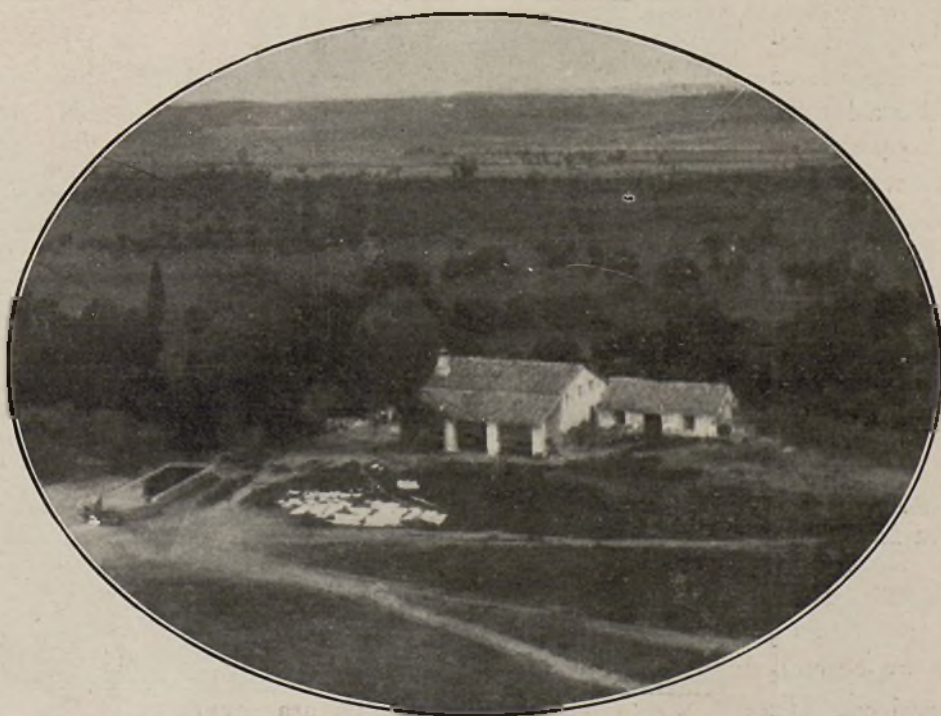
ral, son contados, existen los verdaderos cortijos andaluces, que por su blancura y por su extensión poseen un indiscutible sabor local, pero que muy raramente presentan cualidades arquitectónicas de estimable valor técnico. En general, su construcción es tosca, desordenada, de cara conservación y de pésima adaptación a los servicios que se aplican.

En casi todos ellos puede afirmarse desde la primera ojeada que el arquitecto no tuvo intervención alguna, y que sólo el capricho del propietario fué guiando en sucesivas etapas las obras que realizaron albañiles adelantados.

Del cortijo de grandes proporciones se pasa sin gradación alguna a la miserable casa de campo y al chozo construido con paja y barro, que presenta el aspecto de una vivienda primitiva.

¿Dónde están las casas de labor modestas encerrando comodidades y bellezas que en modo alguno están reñidas con esta clase de construcciones? ¿Dónde las viviendas obreras rurales que en otros países resultan sumamente atractivas?

Entre los enormes problemas que han de resolverse pronto en la rurali-



Casas camperas de aspecto pobre



La grandeza de este cortijo no está en consonancia con su construcción desmantelada y pobre de luces

dad española, el de las viviendas es uno de los más urgentes y precisos.

Para que los pueblos y los campos no queden deshabitados, es necesario que las gentes puedan albergarse en casas atrayentes, alegres, cómodas y propias de la época actual. Y esto requiere, en primer término, una colaboración técnica que conduzca a la especialización de arquitectos.

Dentro de cada región es necesario estudiar las exigencias de la construcción rural y agrícola, en atención a las condiciones climatológicas, a las costumbres, a las necesidades, etc. Después, hay que armonizar todo esto con la parte estética, buscando elementos artísticos autóctonos que con abundancia existen. Y todo ello hay que encajarlo en límites de estricta economía, pues ello es condición forzosa de este género de construcciones.

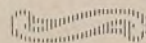
Las casas baratas protegidas por el Estado, de las que no sólo se ha abusado en algunas grandes poblaciones, sino a las que se ha desnaturalizado en buena parte, llevándolas a tipos de excesivo coste, necesitan extenderse por la ruralidad española con la previa adopción de formas y tipos verdaderamente rústicos y baratos, pero nunca exentos de modernidad. Hay que ofrecer viviendas del siglo actual a los trogloditas que son vergüenza de nuestro país; hay que arrancar a las familias, que en casi todos los pueblos españoles viven peor alojadas que las caballerías, de esas vergonzosas casas y acondicionarlas a otras mejores; hay, en fin, que sujetar y atar a los hombres al campo, preparándoles un hogar agradable y moderno.

Precisamente es en el campo y en los pueblos donde más se usa la casa, donde más se está en ella, por natural condición de la vida que se hace. ¿Cómo puede esa

tartalados cortijos, ni deben existir miserables chozos. Lo que conviene son casas de labor perfectamente acopladas a sus fines y con viviendas que brinden a quienes las ocupan un descanso confortable y risueño.

Mientras en el campo se viva como animales, mal puede perseguirse que en el campo resten los hombres inteligentes, los instruidos, los realmente aptos, para que la tierra rinda su mayor producción.

JOSÉ ARAGON



Familias andaluzas habitan en chozos

CHOZOS Y CORTIJOS

vida ser grata si el medio que más permanentemente la rodea se presenta hostil?

La educación y el refinamiento de los gustos, así como el crecimiento de necesidades que representan evidente civilización, nacen de las propias facilidades que se encuentran para mejorar el modo de vivir.

Una casa bella incita por sí misma a su mejor cuidado, a su constante aseo, a la continua atención de su ama. En un chozo primitivo, el trabajo persistente de una mujer limpia y hacendosa lucha con el resultado desalentador de que nada luce ni nada se percibe.

Por lo que hace al campo, ni se necesitan inmensos y des-

C O L E C C I O N I S M O

INDUSTRIALIZACION



DE LOS SELLOS

DE CORREOS

Los sellos conmemo-
emitidos al margen



rativos y los sellos
del Estado



ONTINÚA la racha de emisiones de sellos conmemorativos. Parece inconcebible que los coleccionistas tengan tan poderosa capacidad de absorción. La última novedad nos llega de los Estados Unidos. La Dirección general de Correos acaba de anunciar los diseños y colores de las tres estampillas emitidas para el vuelo panamericano del *Graf Zeppelin* en mayo. Todas las estampillas llevarán arriba las palabras *Graf Zeppelin* y *Europe-Pan American Flight*. La estampilla de 65 centavos está impresa en tinta verde; el diseño representa el dirigible volando hacia el Este. La de 1,30 pesos está impresa en tinta color castaño, y representa el *Zeppelin* volando hacia el Oeste. La de 2,60 pesos está impresa en azul, y representa el dirigible saliendo de unas nubes y volando sobre la Tierra hacia el Oeste. De cada una de las tres estampillas se imprimirá un millón de ejemplares. Producirá así la emisión de estos tres signos la enorme suma de 4.550.000 dólares, que al cambio actual representa, aproximadamente, 30 millones de pesetas. Como los Estados Unidos vienen explotando hace tiempo la emisión de sellos conmemorativos, han llegado a adquirir noción exacta de las cantidades de sellos que pueden colocarse, no para el servicio postal, sino destinados exclusivamente a ir a parar, la mayor parte de ellos sin obliterar, a los álbumes de los coleccionistas, aparte los sellos adheridos, efectivamente, a las cartas que conducirá el *Graf Zeppelin*, y que alcanzarán altísimo precio.

El 19 de abril se pusieron a la venta estos sellos en la Casa de Correos de Washington y en la Agencia filatélica (tomen nota de la existencia de esta Agencia nuestro Ministerio de Hacienda y nuestros directores generales del Timbre y de Correos, ya que hemos de hablar de ella, así como de la Agencia que mantiene el Ministerio de Colonias de Francia), establecida en la Dirección General de Comunicaciones de los Estados Unidos. El día 21 se ofrecieron a la venta en las Casas de Correos de todas las

ciudades capitales de los Estados. Y, en efecto, se disputaron la posesión de estos sellos numerosos solicitantes, quedando agotada la emisión antes de que terminara el mes de abril. Esto es, que el Tesoro yanqui, con tan fácil arbitrio, ha visto ingresar en sus arcas cuatro millones de dólares, después de deducidos los gastos de fabricación, transportes, etc.

Pocos días antes del 15 de marzo se presenció en La Habana y en las principales ciudades de Cuba el curioso espectáculo de la venta de la serie de sellos emitida en conmemoración de los Segundos Juegos Olímpicos Centroamericanos. Se pusieron a la venta estas series al mismo tiempo en todas las oficinas de Correos de la República, aun en los pueblos más pequeños. A las doce de la mañana habían quedado vendidas todas las series existentes en las administraciones postales de la capital y sus alrededores rurales. Para La Habana se habían reservado 534.756 sellos, representando una recaudación de cerca de 32.000 pesos. En el resto de la República se verificó la venta con más apasionada demanda aún. Numerosos acaparadores habían enviado agentes a los pueblos, que con anticipación lograron comprometer y adquirir todas las existencias puestas a la venta. Las demandas de sellos hechas a personas de Cuba desde los Estados Unidos y desde Europa han excedido cuatro o cinco veces las posibilidades de venta. A las dos horas de terminada la venta, cotizaban los sellos a doble precio de su valor nominal. Aun habiendo sido limitada la tirada, el Tesoro de Cuba recogerá, por la venta de esta serie de sellos, cerca de medio millón de dólares.

No sorprenderán estas noticias a los que siguen con atención el desenvolvimiento de esta industrialización de los signos postales. El 8 de septiembre pasado, la Agencia Fournier comunicaba a sus periódicos un telegrama de Roma, que decía así: «La emisión de sellos postales con el retrato del Papa ha sido un negocio magnífico para la Santa Sede. El director de Correos del Vaticano ha declarado que esta emisión ha pro-

ducido ya un beneficio neto de 57 millones de liras.» Otras noticias de fechas posteriores informan que al comienzo del año actual aquella cifra había sido ya triplicada.

No hay datos exactos aún (porque en Francia se recata bien este género de informaciones, que divulgadas alarmarían a los coleccionistas) sobre las recaudaciones que con este sutil arbitrio de los sellos ha logrado hacer la Caja autónoma de amortización de la Deuda pública creada en París hace ya algunos años. Del 15 de marzo al 15 de abril, ha puesto esta Caja autónoma a la venta un sello impreso en talla dulce, con la efigie conocida con el nombre de *Sourire de Reims*. Este sello se vende a cinco francos, y tiene un valor liberador postal solamente de 1,50 francos, con lo cual se incita al adquirente patriota a hacer un donativo voluntario, para amortización de Deuda, de 3,50 francos. Este es, en realidad, el bello señuelo de una espléndida recaudación; son contadísimos los compradores de este sello que lo adhieren a un objeto postal y lo dejan matasellar extremadamente, que es conocida triquiñuela aconsejada a Correos para forzar la recaudación. La realidad es que estas emisiones van a parar, sin usar, al comercio filatélico, que, cuando es preciso, sabe proporcionarse obliteraciones de complacencia. Ya antes la Caja autónoma de amortización había utilizado este mismo procedimiento, sobrecargando con aumentos de valor los sellos corrientes de 0,40, fondo azul-violeta; 0,50, bruno claro, y 1,50, malva. Estos sellos han triplicado hoy su valor mercantil. Y debe recordarse que ya antes se había emitido un sello de 10 francos, y se habían sobrecargado otros tipos corrientes de 0,40, mate azul; de 0,50, azul verdoso, y de 1,50, rojo. Lo más curioso es que de esta última emisión se publicó un anuncio oficial en los periódicos españoles, recaudando como consecuencia bastantes pesetas españolas para la amortización de la Deuda francesa.

No permanece pasiva, entretanto, la *Agence comptable des Timbres Poste coloniaux*, 80, rue du Faubourg Saint Denis. París (10^e). Funciona en la titulada *Agence générale des Colonies*, que es, como se sabe, una dependencia del Ministerio respectivo. Frecuentemente publica avisos anunciando las emisiones de sellos coloniales y las sobrecargas de los valores que natural o artificialmente se agotan. Muchas de estas colonias tienen como su ingreso mayor la venta de estos sellos, que se adquieren cómodamente en el despacho de París. Como si esto no fuera bastante, en las colonias, a su vez, se organiza la venta de sellos conmemorativos y de beneficencia, en un régimen descaradamente industrial. No hace mucho, *L'Office Chérifien des P. T. T.* anunciaba en diversos periódicos europeos la venta de colecciones de sellos de beneficencia contra el envío de 29,70 francos, más 1,50 de gastos de expedición, aparte reiterados anuncios para celebrar subastas de restos de emisiones.

No es de sorprender que mientras este filón de coleccionistas no se agote, todas las naciones cuyos dirigentes y cuyos funcionarios sigan atentamente las realidades de la vida, sin encogerse de hombros, ignorantes,

Coleccionismo

ante las que no conocen o no comprenden, aprovechen cuantas ocasiones sean dispuestas para hacer emisiones de sellos, procurando ingresos en los tesoros nacionales. Las últimas referencias publicadas dan idea de la actividad que ponen los ministros de Hacienda de diversas naciones para utilizar la tributación voluntaria, que aceptan los coleccionistas de sellos, dondequiera que se los requiera. En la Argentina se hicieron sellos conmemorativos del día de la Raza en el pasado mes de octubre. En Francia se ordenó la confección de un sello conmemorativo del centenario de Argelia, y de una abundante emisión de sellos de todas las colonias, conmemorativos de la Exposición Colonial Internacional que se celebrará en París en 1931. En Hungría, aparte de los nuevos sellos puestos en circulación el día 18 de mayo, con la efigie del regente, se ha emitido una serie de gran belleza artística, con motivo del noveno centenario de la muerte de San Emerico, hijo de San Esteban, primer rey de Hungría. En Grecia se ha conmemorado el centenario de la independencia helénica, lanzando una serie de sellos artísticos que producirán dinero suficiente para pagar todos los gastos que haya ocasionado la celebración del centenario. Se nos olvidaba consignar que desde el día 23 de abril al 7 de mayo, se han vendido en Francia dos sellos de 0,50 y de 1,50 francos, llevando la sobrecarga: «Congrés du B. I. T. 1930.» La Administración de Correos se ha aprovechado de la ocasión de reunirse en París la Oficina Internacional del Trabajo en Ginebra, para colocar a los coleccionistas una nueva tanda de sellos. Ante estos hechos, ¿cómo no maravillarse de que en España esté el Ministerio de Hacienda autorizando la emisión de sellos al margen del Estado, aunque con la consagración necesaria del uso postal? Lo más sorprendente es que, según parece, el beneficio de estas emisiones de sellos no va a parar a las instituciones que reciben el regalo del Estado, sino en una mínima parte; cosa que se explica por la ignorancia que hay en España de este asunto.

Ya en tiempos antiguos se intentó realizar esta combinación de emitir sellos particulares o comerciales, con la apariencia de que se trataba de emisiones oficiales del Estado. A pesar de complacencias políticas, sólo se logró tal efecto muy a medias, y con escaso rendimiento, en unos sellos emitidos a nombre de una Exposición madrileña que celebró en el Retiro D. Alberto Aguilera, y con unas emisiones autorizadas por el Congreso y el Senado (que tenían franquicia postal y no usaban sellos adhesivos) para conmemorar el centenario de la publicación del *Quijote*. Durante la Dictadura se logró lo que no se había conseguido durante el antiguo régimen. La emisión de sellos hecha por la Cruz Roja rompió plaza en este asunto. Luego han seguido varias emisiones, y parece que, en igualdad de condiciones, se solicitan todavía otras, con todas las sanciones oficiales de una circulación postal efectiva. Según cálculos prudentes, no baja de diez millones de pesetas, de momento, el valor filatélico de estas emisiones. Exponemos el hecho sucinto y concretamente al señor ministro de Hacienda.

CAMISERIA

NOVEDADES



Rivero

10, CARRETAS, 10

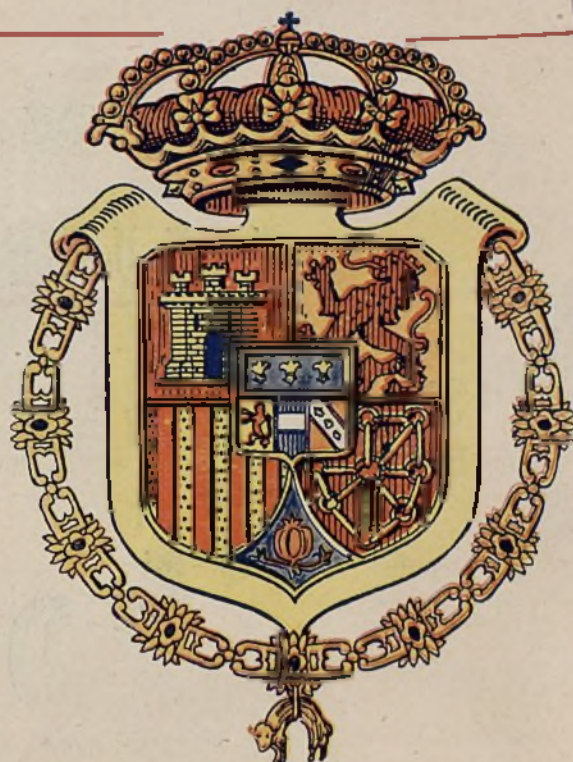
M A D R I D

TELEFONO NUM. 16399

Proveedores de la Real Casa



VINOS FINOS TINTOS
DE LOS HEREDEROS DEL
MARQUES DE RISCAL



CHAMPAGNE



El champagne
que se sirva en toda
reunion distingui-
da es el
CHAMPAGNE
LOUIS ROEDERER
Famoso por su escru-
pulsosa elaboración



LOUIS ROEDERER

DE VENTA EN MADRID: Con Pab. 10 y 11, Montecarlo, Lope de Vega, 21.
La Negra 1900 de D. Juan de los Rios. REPRESENTANTE EN MADRID: Pedro Caballero
Calle de la Aduana, 10. REPRESENTANTE EN BARCELONA: José M. de los Rios, 21.
1.º 2.º Izada. REPRESENTANTE EN SEVILLA: Antonio de los Rios, 10 y 12.
AGENCIA GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL: G. Tourne 25 Rue Bergère París

ESTREÑIMIENTO

CURACION COMPLETA CON LOS



LAXANTES Y DEPURATIVOS: DOSIS: 1 O 2 GRANOS AL CENAR
SE EXPENDEN EN FRASCOS DE 25 Y 50 GRANOS EN LAS FARMACIAS,
DROGUERIAS Y CENTROS DE ESPECIFICOS

DESNUDOS

ARTISTICOS
FEMENINOS

Convenientes para pintores, escultores, etc. Surtidos
"fotos" elegidas, diez pesetas. Sellos Correos espa-
ñoles. Contra reembolso, once pesetas. Escribid:
"Excelsior". Poste restante Central. Pau (Francia).

LA VALIOSA ESCUELA
 «LUJÁN PEREZ»
 UN BROTE DE ARTE CANARIO



Eduardo Gregorio López.
 Retrato de D. Domingo Dorreste. Madera tallada directa.

En Vegueta, viejo barrio, corazón antiguo de esta ciudad de Las Palmas, vive en suave retiro, en silencio concentrado, una escuela de arte. Una escuela que cobija su vida bajo el nombre de un imaginero canario, ejemplo formidable de autodidactas: Luján Pérez. La escuela se llama, además, de «artes decorativas». Esta denominación, con que se ha tratado de conferir humildes apariencias de accesorias a las labores que se cumplen en su recinto, no da idea exacta del relieve que en el correr de los años ha asumido el modesto intento inicial. Fundaron la escuela cuatro amigos, fervorosamente unidos en el afán de aliviar un poco la pesada trivialidad de nuestro isleño ambiente. Escritor uno, sereno juicio, persuasivo espíritu crítico: Domingo Dorreste (Fray Lesco). Pintores los otros: García Cañas, Nicolás Massieu y Juan Carló.

Bajo el fecundo magisterio de éste vivió la escuela diez años. Cuando el pintor murió (hace tres años), un hondo quebranto puso en duro trance la anhelada continuidad del empeño, que ya comenzaba a discurrir por cauces felices. La conmoción alcanzó, heridora, la entraña de los entusiasmos. Pero sólo dejó una lacrada llaga en el recuerdo. Los alumnos supieron renovar sus alientos y aplicar a la tarea de cada noche un nuevo fervor, más claros bríos, en los que ardían las ansias de enaltecer, en la continuidad, la simiente que sembrara el maestro.

Juan Carló fué un pintor de aguda retina, sutil analizador de luces, espíritu en perpetuo desasosiego. El radical dinamismo

de su temperamento le alejó de toda propia disciplina y llenó su vida de febriles tanteos, que las más veces fueron atisbos geniales. En el hontanar de su obra se adivina vagamente una dramática pugna entre la concepción y la expresión. Algo que trae al recuerdo aquella íntima, honda tragedia de Cézanne, por quien Carló guardó siempre comprensiva admiración. La vida de Juan Carló fué un pleno hervor. La misma reverberación que sus pinceles prestaron a la luz de nuestras cumbres había en su mente a la luz de estremecidas y perennes inquietudes. Fué un mal maestro de sí mismo; pero, en compensación dichosa, supo ser un admirable maestro de los demás.

Diez años guió a la escuela su profesorado. En su transcurso cimentó firmemente, ofreciendo carne de logros, a las normas pedagógicas que fueron savia de los primeros intentos. Ahora, al cabo de algunos años de su muerte, sus alumnos, que han encontrado un digno profesor, acaban de mostrar a la ciudad, en una exposición de conjunto, una magnífica cristalización de su sostenido esfuerzo juvenil.

La escuela de Luján Pérez ha venido poniendo en práctica, desde su nacimiento, de manera consciente, deliberada, un principio pedagógico cuyo verdadero alcance no ha sido realmente apreciado hasta estos últimos días: el de la libertad de acción del aprendiz de artista. Esa liber-



Simón Dorreste. «Risco de San Roque», óleo.

Un brote de

tad de acción que en otros sectores vitales habría de originar un nefasto juego de los más torpes resortes de la naturaleza humana, tiene, no obstante, en los acotados campos de la enseñanza del arte, una eficacia saludable, un mágico poder que conduce a desgajar del complejo núcleo de la personalidad aquellos rasgos que son más pura y genuinamente personales. Ahí está, claro, el ejemplo de esta escuela, antecesora insospechada, precursora de un sistema de enseñanza que en todas partes, a la vista de pruebas más recientes, comienza a tenerse como el más atinado de los regímenes a que pueda someterse el aprendizaje de las artes plásticas.

A esta escuela llega el alumno con el espíritu intacto, inroturado, sin entrever apenas la interna riqueza de sus posibilidades. Se le coloca al principio de la senda que ha de llevarle a la conquista de un estilo, a la exaltación de los vagos matices de su personalidad. La propia experiencia le va enseñando. La intuición ingénita le señala cuáles han de ser los medios, cuáles las fuerzas, cuáles los sesgos, cuáles las energías que ha de movilizar en su auxilio. Solo, inefablemente solo, el chico comienza su aprendizaje. Poco a poco la materia ablanda su arisca dificultad inicial. El camino es libre: abierto y franco lo encuentran los alumnos. Prende en ellos el interés por los juegos de la forma, por las bellas cadencias de la luz y del color. La obra surge pura, espontánea. Entre el alumno y el modelo natural no se interpone el obstáculo de una rígida pauta, la estrecha atadura de una ley de dura inflexibilidad. La mirada va y viene, se acerca al objeto, lo domina sin zozobra, ronda sus contornos sin traba, sin temor. Aquí la regla es no tener reglas. Dejar hacer: la vieja máxima de unos economistas que transmuta en artística su antigua condición.

Evoquemos una clase. Un salón amplio, con unos ventanales por donde, durante el día, penetra a raudales esta luz gris de nuestra tierra, cuyo secreto expresivo tan pocos han acertado a discernir. Las clases de dibujo se dan de ordinario en las primeras horas de la noche. Diseminados por el salón, hasta unos quince pupitres desmontables. Dos o tres mesillas sirven de soportes a los modelos: para unos, un cubo geométrico; para otros, una jarra de barro cocido que ofrece al lápiz la tímida caligrafía de sus curvas. Más allá el modelo se complica: ya es un apiñado conjunto de formas puras, en las que se entremezcla tal cual elemento vegetal, brindador de su formal complicación. Más lejos es un torso de muchacho, de un escolar, que posa para el lápiz de los más



Plácido Fleitas. «Corte de plátanos», madera, talla directa

arte canario

diestros. El alumno sufre la prueba sucesiva de todos los modelos: de la caja de cerillas al prisma de madera; de la jarra de arcilla a la hoja de peral; de la rama al rostro; de la testa al torso. Su aprendizaje va ceñido a las peripecias, a veces angustiosas, siempre acicate impulsivo, de la lucha cuerpo a cuerpo con los modelos naturales. Pero no por ello, a la postre, al cabo de haber rendido uno por uno los secretos de las varias formas, los productos de su labor, ya

realmente artística, de creación, salen de la batalla, contaminados del virus de vacuos realismos. La obra surge, siempre, milagrosamente ilesa, protegida fieramente contra los dardos buidos que la acechan a la vuelta de todos los recodos del camino.

Del peligro de tal contaminación libra a los alumnos la mirada ágil del profesor; de un profesor que no es guía, propiamente, sino limitador; que no dirige unos pasos, sino que los trae a buen camino cuando se han adentrado por senderos que no conducen a ninguna parte. El maestro sabe bien que en arte todos los caminos son buenos con tal que conduzcan a algún lado. Sabe, pues, cuál ha de ser la ruta certera. Su consejo es de tal medida que el discípulo no siente en demasía su gravitación, y no deja nunca la lección huella que turbe la pureza de un estilo que nace.

* * *

Las más destacadas cualidades de esta escuela radican en su culto al estilo, a las peculiaridades individuales de cada alumno y en el vivo acierto que ha logrado en el afán de procurar a cada cual el más claro relieve de su personalidad. La comunidad en la lección, el entrenamiento sobre el cuerpo animado de unos mismos modelos, la tarea en las aulas a la vista de los ensayos de los camaradas, no presta a los trabajos de esta escuela una estricta unidad de estilo, como pudiera inferirse de un leve examen

teórico de sus procedimientos. Otras escuelas de arte conocemos nosotros en las que idénticos lemas, iguales normas de educación directa acarrearán resultados en esencia muy distintos a los que cosecha esta escuela canaria. En aquellas instituciones el influjo del maestro no es, como aquí, aligero y leve, a ras de la obra, sino hondo y persistente. En la obra los grados se entretajan las raíces del acento personal del alumno y los brotes anejos que ha hecho prender el excesivo cerco del pro-



Exposición de la Escuela «Luján Pérez». Un ángulo de la sección de dibujos



Eduardo Gregorio López.
«Talayeran». (Tipo de campesina canaria). Talla directa

dulación. Añádase a ello que en sus obras las formas son simples, cargadas a las veces de sentido racial, pero desprovistas siempre de morosas complacencias en el detalle. Los pinceles buscan los colores puros, el destello limpio. Las gubias orientan pesquisas por los contornos sobrios, por los planos escuetos. Ante todo, estricta alusión. De aquí que, por encima de las restantes virtudes, sea grato elogiar el sello de contemporaneidad auténtica de los frutos de esta escuela; su recta sobriedad; el fino sentido moderno con que han sido logrados.

Cuatro secciones abarca la actual labor de los escolares: la talla en madera, el modelado, el dibujo y la pintura. En orden de jerarquía, la talla ocupa el puesto de avanzada. Gregorio López, el profesor de hoy —hijo también de la Escuela—, ha creado una modalidad canaria de tallistas. Sus pocos años no le han impedido alcanzar una seria, una flexible maestría en la técnica, y una visión depurada y personal, que ha sabido poner al cariñoso servicio de los motivos de su tierra, en que late un rico caudal de sugerencias.

La talla directa en madera cuenta con los más esforzados prosélitos. Todos ellos han asomado sus miradas al panorama ciudadano tan breve de dimensiones y sugerencias, ávidos de atrapar halagos fuertes. Han hincado su gubia en la prieta pulpa de las escenas po-

fesor, que, en cierto modo, desvirtúan o disimulan las muestras del estilo privativo del aprendiz. Los productos son, en consecuencia, unas obras de «escuela», que podrán ostentar todo el vigor que se quiera, pero que difícilmente se sustraerán a esa ingrata uniformidad externa de las obras de arte que son fruto de una severa e igualitaria disciplina escolar.

Aquí, no. Aquí, por fortuna, no hay semejanzas de concepción, ni dañinas similitudes de expresión. «Carácter antes ¡y después! que perfección» —ha definido Juan Ramón Jiménez. Muchos son los alumnos: no hay dos de timbre parejo. Cada uno guarda su específica mo-

pulares, en las que, por cotidianas y repetidas, nadie había sabido descubrir el soterrado encanto. Temas de marineros y de lavanderas; de procesiones y de comilonas; tipos de mujeres con mantilla; la canaria toca, que hace cobrar a los rostros femeninos tan suave encanto monjil.

Todos los alumnos son jóvenes; algunos, niños. Ninguno ha comenzado todavía su servicio militar. Cuatro son los tallistas, además del profesor: Juan Jaén, Miguel Márquez, José Navarro, Plácido Fleitas. Este último bucea con preferencia en el copioso acervo de nuestro Museo, y se complace en vivificar con su obra los bellos motivos geométricos de ornamentación que fueron cardinal elemento de la cultura «guanche».

Los pintores y los dibujantes también han acotado en los riscos abigarrados, en las espaldaderas colinas de la ciudad, de tentadora topografía, y en el mar nativo, unas zonas que lucen pictóricas prerrogativas y valores capaces de hacerlos andar en captura apasionada. Son muchos: Santiago Santana, Felo Monzón, Simón Doreste, Miguel Navarro, Heriberto Hernández, Jorge Oramas, Juan Ismael, Florencio Bethencourt. Alguno de ellos recibirá en no lejano día una consagración definitiva, de la que

aspira a ser venturoso nuncio esta somera mención.

Así vive, inspirada en esas normas, dirigida por un ilustre escritor —Domingo Doreste—, «alma mater» de la empresa, bajo el profesorado de un artista —Gregorio López—, esta escuela, singularmente naturalista, de arte. De arte espontáneo, no rehecho; de arte vivo, no calcado. Así vive en la ciudad de Las Pal-



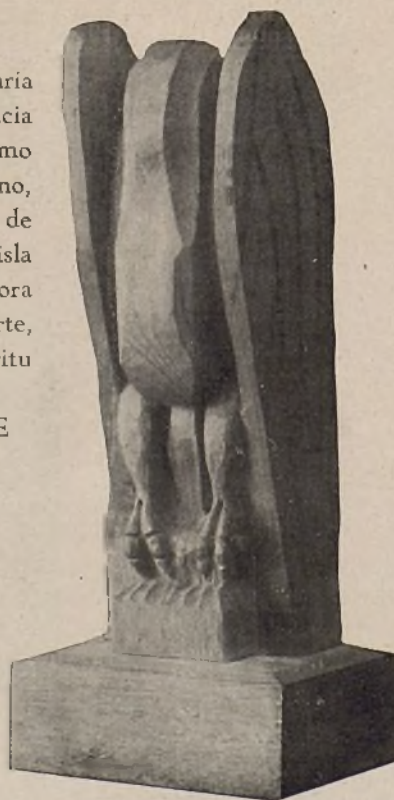
Un ángulo de la sección de Pintura

mas, luminosa y marina, esta Escuela canaria de Luján Pérez, que tiene por savia nutricia un respeto fiel al estilo individual, como normativa esencia interna, y en lo externo, un amor ingenuo, con pureza y visión de primitivos, a las incitaciones de esta isla redonda, que nos ofrendan la sugeridora riqueza de su virginidad, de su sabor fuerte, apenas gustado por algún que otro espíritu avizor.

JUAN RODRIGUEZ DORESTE



José Navarro.
«Pajarraco».
Madera, talla directa



CRONICA MUNDIAL

ALAS

DE AVIACION

EN AMERICA

SE ha recordado que cuando comenzó la explotación industrial de los ferrocarriles en los Estados Unidos, las Compañías tuvieron que contrarrestar no sólo el miedo de las gentes a emplear el nuevo medio de locomoción, sino la propaganda que hacían los pastores protestantes, calificando de diabólica la nueva invención. Las Compañías alquilaban a un centenar de vagabundos para que se dejaran conducir en los trenes y se asomaran a las ventanillas de los coches a la llegada a las estaciones. Casi ocurre lo mismo, a pesar del progreso de los tiempos, con el transporte en aviones. No sólo en España, sino en el mundo entero, la casi totalidad de los viajeros están convencidos de que hay mucho menos riesgo en volar, cualquiera sea el aparato que nos preste sus alas, que en rodar sobre la tierra o en deslizarse sobre las aguas, y, sin embargo, son los menos los que se deciden a volar.

Las Compañías aéreas de Norteamérica, recordando acaso lo que hicieron sus precursoras las Compañías de ferrocarriles, no han llegado al arbitrio de alquilar viajeros, pero sí rebajaron en 1929 sus tarifas en un cincuenta por ciento, consiguiendo que la explotación no permaneciera estacionaria.

Ha aumentado rápidamente el número de viajeros, y ahora ya parece preciso a las Compañías volver a encarecer el transporte, alegando que la afluencia de pasajeros impone la compra de material nuevo.

Del efecto producido por aquella rebaja de pasajes y del progreso que se ha logrado con ello, da una idea una estadística publicada por el Departamento de Comercio, en que resume el tráfico habido durante 1929. Además, en esta estadística se exponen por primera vez detalles de todos los servicios aéreos internacionales existentes en los países de América. En esa enumeración hay 17 empresas aéreas que mantienen las siguientes líneas:

Compañía Lloyd Boliviano: Un total de 2.198 millas de rutas, en 10 líneas distintas, de las cuales la más larga es la línea Santa Cruz a Puerto Suárez.

El Sindicato Cóndor: total de líneas, 1.011 millas, siendo la más larga la de Río de Janeiro-Río Grande do Sul, de 815 millas.

Servicio Aéreo del Ejército de Chile: total de líneas, 1.035 millas, con dos líneas, la Santiago-Arica, de 510 millas, y la Santiago-Puerto Montt, de 525 millas.

La empresa Scadta, de Colombia, con un total de líneas de 2.720 millas, en nueve secciones, abarcando un servicio hasta Panamá y Guayaquil, siendo la línea más larga la de Barranquilla-Giradot, de 625 millas.

La Compañía General Aeropostal Latecoere, con líneas en la América del Sur de 5.035 millas, que funcionan juntas con las líneas europeas. Tienen líneas entre Buenos Aires y Santiago, Buenos Aires y Asunción y Buenos Aires y Natal del Brasil, siendo esta última la más larga, de 2.515 millas.

Líneas del Gobierno de Guatemala: un total de 240 millas, en dos líneas, siendo la más larga de 165 millas.

La Compañía Aérea Hondureña, con una línea de 166 millas.

La Compañía Mejicana de Aviación, con sede en la ciudad de Méjico y un total de 1.895 millas en seis líneas, por las cuales la capital mejicana está unida con la ciudad de Guatemala y Brownsville, de Tejas.

La Corporación Aeronáutica de Transportes, con sede en la ciudad de Méjico, con tres líneas en Méjico, que arrojan un total de 2.033 millas.

La empresa Transportes Aéreos Transcontinentales, con sede en San Luis de Potosí, con dos líneas en Méjico y un total de 605 millas.

La Isthmian Airways, de Panamá, con una línea de 47 millas.

La Fawcett Aviation Company, del Perú, con una línea de 1.200 millas entre Lima y Arequipa al sur, y Paita al norte.

Servicio Aéreo de la Marina Peruana, con 1.100 de líneas, entre Iquitos y San Ramón, 800 millas, e Iquitos y Moyobamba, 300 millas.

Porto Rico Airways, una línea entre San Juan y Ponce de 100 millas.

Línea Nyrba, con líneas entre Buenos Aires y Yacuiba; Buenos Aires y Asunción; Buenos Aires y Mar del Plata; Buenos Aires y Santiago, y Buenos Aires y Ceará; en total, 5.160 millas, sin contar con la nueva línea hasta Miami, recientemente establecida.

Pan American Airways, con catorce líneas, siendo la más larga la de Cristóbal-Santiago de Chile, con un total de unas 10.067 millas.

Pickwick Airways, de California a Méjico, con seis líneas y un total de 2.709 millas.

EN EUROPA

El paso por España, la breve estancia en Sevilla y el retorno a su base del «Zeppelin» en felicísimo viaje realizado sin el menor accidente, hace esperar con impaciencia que el Dr. Eckener lance el nuevo ejemplar que se está construyendo. Este pájaro de aluminio será mayor que el actual «Zeppelin 117». El actual tiene de cabida 105.000 metros cúbicos en su envoltura metálica. El nuevo contendrá 150.000.

La nueva máquina voladora tendrá en su parte habitable 40 metros de ancho, mientras que la actual sólo tiene 30. La altura del «117» es de 33 metros. El que ha de sustituirle llegará a medir 39. Se espera que podrá iniciar su primer vuelo en la primavera de 1931. Será una especie de «dreadnought» de la navegación aérea, y podrá dar la vuelta al mundo en mucho menos tiempo que su predecesor.

No parece lícito, sin embargo, del regocijo con que todo buen *amateur* recoge estas novedades, hablar del viaje del «Zeppelin» sin recoger un estado de opinión que se revela en los medios aeronáuticos españoles. No es un secreto para nadie que desde hace años se proyecta incorporar el «Zeppelin» a la vida española. ¿Para qué? Para establecer una línea normal de comunicaciones entre Sevilla y Buenos Aires. Por el retraso con que este proyecto dilataba su conversión en realidad, se nos anticipó Francia, logrando contratos de servicio postal con el Brasil, Uruguay y la Argentina, que ya ha extendido a Chile, y estableciendo su actual servicio aéreo de Toulouse a Dakar, la conducción de la correspondencia en buques ligeros desde este puerto hasta el Brasil y la reanudación del servicio aéreo, a todo lo largo de la costa americana, desde el Brasil a la Argentina. Quedó así esterilizada, inutilizada, perdida la gran hazaña de Franco.

¿Se compensará ahora el daño sufrido estableciendo, al fin, la línea Sevilla-Buenos Aires, servida por dirigibles? ¿Tendrá eficacia incluir en el presupuesto nacional una cantidad, que ha de ser importante, para subvencionar esta línea? En *Heraldo de Madrid* se ha hecho notar, con la firma de Ramón de Alence, que ninguna nación, ni los Estados Unidos, que han llegado al máximo progreso presente en materia de aviación; ni Alemania misma utiliza dirigibles como máquinas portadoras de correos. Es lento el dirigible; es caro; es de difícil manejo; es peligroso, sin duda alguna, en días tormentosos. No está aún suficientemente probado; esto

es todo. Acaso en el porvenir sea la máquina definitiva de transporte aéreo; la más perfecta, la más rápida y la más segura. En la actualidad no lo es.

Y luego, he aquí ya planteada la competencia con el avión. Ante el anuncio de que España va, al fin, a establecer una línea de *zeppelines* Sevilla-Buenos Aires, Francia se dispone a unificar aéreamente su línea Toulouse-Buenos Aires.

Va a realizar esta unificación el piloto Mermoz. Para que el Ministerio del Aire le autorizara a realizar este vuelo entre las costas del Senegal y del Brasil, se le exigió una prueba previa, que ya se ha realizado. En efecto, Mermoz ha volado en el hidro *Laté-28*, cubriendo en circuito cerrado una distancia de 4.345 kilómetros, no necesitando para dar el salto sobre el Océano recorrer más que 3.200 kilómetros en línea recta, en un trayecto en que los vientos alisios ayudan al impulso del motor. Demostrada la capacidad de vuelo, se le exige ahora a Mermoz que haga pruebas en el mar, llegando a sostener su hidro veinticuatro horas sobre el oleaje, para demostrar la seguridad de los flotadores metálicos, de ocho metros, que tiene su aparato.

Si esta prueba, como se espera, resulta favorable, Mermoz emprenderá su vuelo, y tardará cuatro días y medio en llevar el correo de París a Buenos Aires. He aquí planteado el problema ante España. ¿Cuánto tardará el *zeppelin* en hacer el recorrido Sevilla-Buenos Aires? Esto aparte de que Alemania intenta, sin duda, disputar a Francia la mensajería postal entre Europa y Sudamérica por medio de aviones. Ya se han hecho ensayos para establecer una línea Berlín-Canarias, con el propósito de poder pegar el salto de Franco, el salto de Canarias al Brasil, normalmente, industrialmente.

Si la utilización del *zeppelin* hubiera de hacerse por una Empresa industrial, a su exclusiva costa, nada tendríamos que oponer; pero la aviación necesita el concurso inexcusable del Estado y el amparo del dinero nacional, y este dinero debe invertirse en realizaciones prácticas o en auxilio de inventos españoles, y no en la adaptación a nuestras necesidades de un aparato extranjero, cuyas posibilidades discuten, y aun niegan, numerosos técnicos.

¿QUIÉN ES MERMOZ?—La anterior información da relieve a la figura de Mermoz, que va a intentar el salto del Atlántico, de Natal al Brasil, en condiciones que aseguren su repetición normal en la explotación de la línea Toulouse-Buenos Aires. Juan Mermoz es subteniente de la reserva y caballero de la Legión de Honor desde 1927. El día 1 de abril contaba ya 3.500 horas de vuelo.

Apenas establecida la línea Toulouse-Casablanca-Dakar, comenzó Mermoz a prestar servicio en ella, llegando a ser el jefe del personal técnico. En medio de esta legión de elegidos, no sólo fué uno de los más intrépidos pilotos, sino que supo crear entre sus subordinados el espíritu de cuerpo. Por su decisión, sus entusiasmos, su fe inquebrantable, su anhelo de triunfar de todas las dificultades, su conversación apasionada, su sentido profundo de la vida del aire y su inteligencia luminosa, ha llegado a ser el jefe que se ama, el piloto que se admira, el hombre a quien se quiere. Con tales palabras lo describe certeramente su biógrafo, Peyronnet de Torres.

Mermoz estableció e inauguró la explotación del servicio Natal-Río-Buenos Aires-Asunción. En esta aviación sudamericana, los vuelos de 2.000 kilómetros son corrientes; la travesía de la formidable cordillera de los Andes es un suceso ordinario. Mermoz estudió y realizó estos recorridos, y sobrepujo todos los cálculos, maravillando a los mismos pilotos americanos, que conocían las dificultades de convertir en servicio ordinario esta aviación de *raid*. Así, ha conquistado la confianza de todos sus coequipieros. Digamos, finalmente, que Mermoz nació el 9 de diciembre de 1901 en una aldea minúscula del departamento del Aisne (Francia). Antes queda explicado cómo su nombre va a quedar unido al intento admirable de establecer la unión directa en avión de Europa y Sudamérica... ¿Cómo no añorar que ésta no haya sido la obra de España?

VOCABULARIO.—La Academia Española deberá ir pensando en incluir en el Diccionario los neologismos aeronáuticos que ya son de uso corriente. Siga en esto el ejemplo de los editores del *New Standard Dictionary*, cuya última edición, aparecida recientemente en Nueva York, contiene todos los neologismos que ha creado la Aviación. Entre ellos, hay dos palabras curiosísimas: «enplane» y «desenplane». Corresponden estos términos, con sus verbos correspondientes, al acto de subir o descender de un aeroplano, del mismo modo que se llama «embarque» y «desembarque» al hecho de entrar a bordo de un navío o salir de él. En castellano, ¿podremos decir «emplane» y «desemplane», «emplanar» y «desemplanar»?

LA AVIACIÓN DE TURISMO.—En la segunda quincena de abril ha recorrido Europa una caravana británica, compuesta de 18 aviones personales de turismo. Partió del aeródromo Heston, e hizo escala en el aeródromo de Brayelle, en Douai, para proseguir su ruta hacia Bruselas. Después de recorrer Bélgica, la caravana ha hecho una excursión por Alemania, visitando los centros aeronáuticos de Friedrichshafen, Boeblingen, Tempelhof y Dessau. Este recorrido de turistas ingleses por el Continente ha de representar un enorme estímulo para el desarrollo de la aviación individual. Sin duda, acontecerá, como sucedió en los Estados Unidos y comienza a suceder en Inglaterra. Bastará que se ponga de moda para que se realicen rápidamente los progresos que en vano han solicitado fervorosos propagandistas. Ya en Francia comienza a ser de buen tono aprender a pilotar y tener cada uno su avión, como se posee su automóvil. En estos momentos asisten a la escuela de Velizy-Villacoublay 25 alumnos, que pagarán cada uno 23.000 francos para obtener su patente de segundo grado. Y ya hay solicitudes de alumnos para un nuevo curso. Los constructores, a su vez, se afanan por perfeccionar el avión pequeño con alas plegables, doble mando, amplio tren de aterrizaje y entretenimiento económico. Morane-Saulnier, Potez, Caudron, Dewoitine, Farman, Weymann-Lepère, Albert, Hanriot-S. G. A., Douchy, Guérchais-Henriot, Monboussin y Bourgeois construyen aviones para particulares. Como hay un interés nacional en que este progreso se realice, el Ministerio del Aire va a proteger el desenvolvimiento de la aviación individual, reembolsando, en determinadas condiciones, la tercera parte del precio de compra, y concediendo en otras circunstancias primas de amortización. Finalmente, completa esta información la noticia de que el Aero Club va a instalar en Orly un centro de aviación de turismo, quedando así constituido en Francia el primer club de aviación, a la manera inglesa.

EL PREMIO DE PILOTO DE LINEAS.—Se ha otorgado este premio, recién creado por el Comité francés de propaganda aeronáutica, al excelente aviador Antoine. Este «premio de piloto de líneas» se ha dividido en cuatro series, de las que dos se han reservado a los pilotos, efectuando recorridos de día, en tanto que las otras dos son destinadas a los pilotos de servicio de noche y de las líneas de hidroaviones.

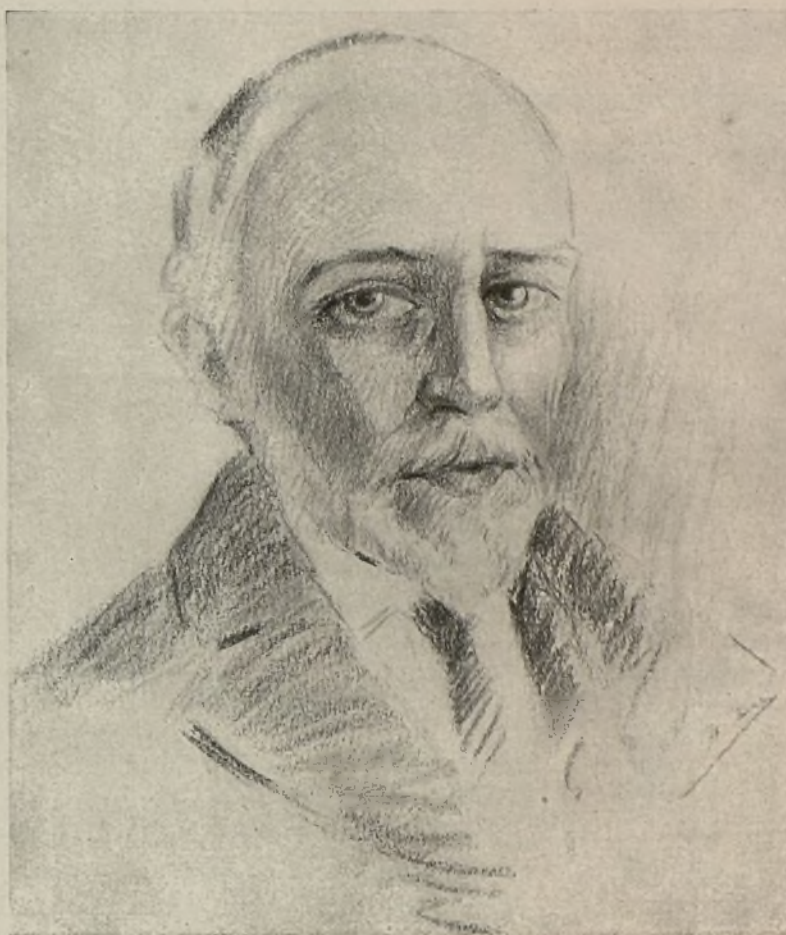
Antoine ha cubierto, desde el 2 de agosto de 1929 al 1 de febrero de 1930, el mayor número de kilómetros sin ningún accidente. En seis meses, sobre el rudo recorrido Toulouse-Casa Blanca-Dakar, ha totalizado 75.373 kilómetros, y ha transportado 91 pasajeros y 31.756 kilos de carga. No son éstos sólo los títulos de Antoine. En marzo de 1925 batió uno de los «records» del mundo. Otro notable piloto que le ha seguido en merecimientos, en el concurso celebrado para la concesión de este premio, ha sido Roger Nouvel, que ha totalizado un recorrido de 74.910 kilómetros, con 104 pasajeros y 31.375 kilos de carga, en seis meses. En tercer lugar ha figurado Delage, piloto de la Compañía Air-Union, que alegaba su recorrido de 64.018 kilómetros, recorridos en seis meses. Finalmente, aspiró al premio el aviador Etienne, que ha recorrido en igual plazo de tiempo 60.490 kilómetros en la línea Buenos Aires-Río de Janeiro.

EL VIGÉSIMO ANIVERSARIO DEL HIDROAVIÓN.—El Aero Club de Francia ha festejado a los aviadores supervivientes que hicieron los primeros vuelos en hidroavión. Se recordará que fué el año de 1910, cuando Fabre voló sobre un aparato provisto de flotadores, en el que se había pretendido aligerar el peso de tal modo, que parecía, en realidad, un insecto sutil. Es interesante recordar las circunstancias en que tuvo lugar este vuelo. El hidroaeroplano (como entonces se le llamaba) de Fabre era un monoplano de 14 metros. Tenía dos flotadores bajo la superficie trasera, y un tercero estaba colocado en la parte de delante. El asiento de Fabre parecía una silla de motocicleta, quedando el piloto materialmente colgado sobre el vacío, utilizando las manos para los mecanismos motores, mientras que con los pies accionaba una palanca para la dirección. A pesar de lo primitivo y simple de este aparato, Fabre consiguió despegar del agua, volar y amarar en la ensenada de la Méde, cerca de Martigues, con asombro de Alberto Bazin y otros técnicos que presenciaban el ensayo. Después de haber navegado sobre el agua, en un recorrido de 300 metros, y de haber alcanzado, aproximadamente, la velocidad de 55 kilómetros por hora, el hidroaeroplano se alzó a una altura de tres metros, recorriendo en estas condiciones muy cerca de medio kilómetro. Tomó contacto con el agua entonces, y después de haber virado navegando, entró Fabre en el puerto de la Méde, donde efectuó un nuevo vuelo a mayor altura que el anterior. Quedó así resuelto el problema de la aviación marítima. No hay que enumerar los enormes progresos realizados en estos veinte años: basta ver el hidroavión volando sobre todos los mares del mundo. El nombre de Fabre, inventor y precursor, pasará a la Historia como uno de los más grandes servidores de la Humanidad.

CARTA DE PARIS

Una visita a Pirandello y unas líneas del genial autor

Por
ARTEMIO PRECIOSO



PIRANDELLO ha pasado en París algunos días. Yo le he visitado esta mañana con el joven periodista francés Mirce Lachin, que a los diecinueve años habla siete idiomas y colabora en seis diarios y en varias revistas. Es un tipo admirable de la raza hebrea.

Pirandello nos ha recibido en el acto, en un hotel de la orilla izquierda. Con sus setenta años, Pirandello tiene el aspecto de un diablillo inquieto y suspicaz. Hay, en efecto, en la figura del genial dramaturgo algo de sobrehumano, algo que va más allá de los seres que estamos habituados a inspeccionar con nuestra antipática lente de periodistas curiosos y novelistas insaciables.

Pirandello se halla casi tendido sobre un diván. Viste un traje azul oscuro, con chaleco de una blancura detonante... Sus ojos, azules y claros, nos miran implacables, mientras con su mano se acaricia la barbita puntiaguda...

—Vamos a pedirle, maestro, un gran favor...—le dice Lachin.

Pirandello, instintivamente, hace un movimiento de inquietud, de legítima defensa... ¿Creerá que vamos a pedirle dinero?

—Quisiéramos unas líneas de usted sobre su concepción del Arte dramático—aclaro yo.

Sin responder, Pirandello se incorpora, se levanta, va hacia la mesa, se sienta, coge una pluma, escribe...

¿No va desarrollándose la entrevista de manera pirandelliana? ¿Qué autor dramático, en efecto, habría cedido sin chistar a las pretensiones audaces de dos periodistas desconocidos... al menos para él?

Va escribiendo el creador de «Seis personajes en busca de un autor»... Escribe de prisa, como si ya supiera que íbamos a preguntarle aquello y él se lo supiese de memoria... Escribe con una estilográfica pequeña diminuta, como una miniatura... Y nos entrega su producción, su pensamiento, en francés, que traducido al español dice así:

«Yo no tengo una concepción determinada del arte dramático.

Toda pieza es una creación.

Y de la misma manera que una madre no sabría explicar el misterio de la creación, yo no puedo explicar las fases de la concepción y de la realización de mis obras.

A decir verdad, no existe la concepción del arte dramático.

Sólo las obras de tendencia política o social suponen un plan. Basándose en un hecho observado, en un abuso a combatir, el asunto mismo

les traza el camino; pero éstas son obras que mueren con la desaparición de los abusos que censuran o combaten. Toda obra dramática durable es el resultado de un proceso que el verdadero dramaturgo ignora.

No sé qué siento cuando escribo mis obras. Puedo referirles tan sólo una historia sin importancia: cuando yo escribía mi «Seis personajes en busca de un autor» en la casa de una calle llena de edificios en construcción—la calle de Mario Pagano, de Roma—un andamio se elevaba frente a mi casa. Sin que yo me diese cuenta, los trabajos de albañilería avanzaban... y fui sorprendido un día viendo frente a mí a un centenar de obreros que se doblaban de risa contemplándome. Confieso que me avergoncé y experimenté el deseo violento de ocultarme.

Aquellos obreros, viéndome gesticular, me habían tomado por un loco y mis gritos y muecas habían provocado su hilaridad.

Pues bien; puedo jurarles que en aquel momento yo no era Luigi Pirandello. Yo creaba, sin saber cómo, unos personajes que yo probablemente encarnaba. Y ellos me dirigían, no dejando subsistir nada de mí mismo.

¡Dios les libre de creer que se puede tener una concepción del Arte dramático!

De ustedes, cordialmente.

Luigi Pirandello.

¡Magnífica lección la que acaba de darnos el genial artista que amablemente nos pone, tras entregarnos su cuartilla, de patitas en la calle!

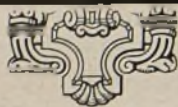
Pirandello ha venido a París para asistir al estreno de su obra en un acto «La vida que te da», traducida al francés por Benjamin Cremieux, y que se representa en la Petite Scène.

Desde aquí, Pirandello va a Berlín donde se estrenará su obra «Esta noche se improvisa». Y pronto se estrenará en París su «Como tú me quieres», que hasta ahora sólo se ha representado en Milán.

En «La vida que te da», representada con éxito, una madre se niega a admitir la muerte del hijo. La pobre se obstina en considerarlo vivo. Pero la realidad dolorosa acaba por imponerse.

Tragedia original, admirablemente representada por las señoras Rivoín, Delbat, Floriana y Being Lory, y por los señores Kedoronet, Staran y Villard.

COSIMA



WAGNER



En la Nochebuena del pasado diciembre se celebró en la Villa Wahnfried, de Bayreuth, una fiesta conmovedora. Se celebraba el cumplimiento de los noventa y dos años de Cosima Liszt, la viuda de Wagner; "la figura más grande de mujer del siglo", según escribió de ella su enamorado Nietzsche. Y he aquí que apenas pasados tres meses, la muerte ha puesto término a la vida de Cosima.

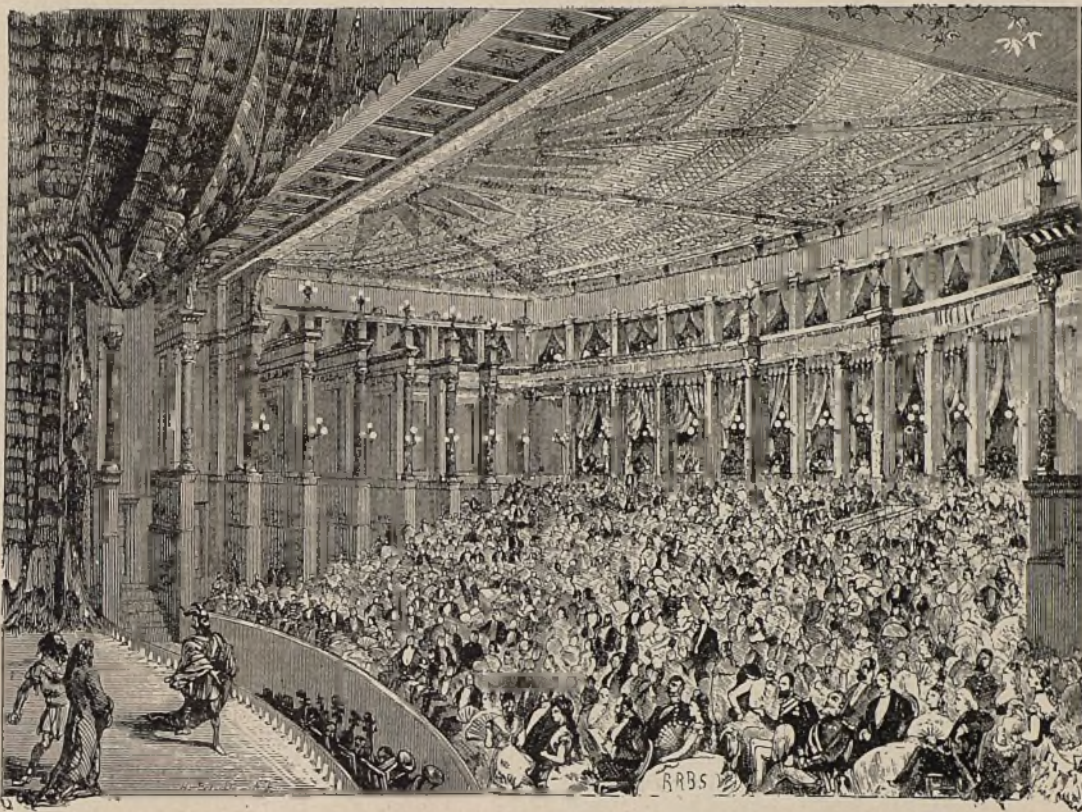
Sabido es que esta niña, que vino al mundo en la Nochebuena de 1837, fué recibida como una bendición del cielo en el hogar que habían formado en las orillas del lago encantador de Como (en su recuerdo se le dió el nombre de Cosima) el músico admirable Liszt y la condesa de Agoult. Como si guiara a Cosima el mismo genio fogoso y apasionado de su madre, dió muestras desde muy joven de la necesidad que sentía de realizar grandes empresas. Muy niña aún, Liszt confió su educación musical a uno de sus discípulos, llamado Hans de Bulow. Liszt, que se ausentaba largas temporadas de su hogar, recorriendo Europa, pedía frecuentemente noticias de los adelantos de Cosima, así como de su hermana Blandina. Y he aquí que el profesor Bulow escribía en una de sus cartas lo siguiente: "Me pedís, querido maestro, que os envíe noticias de las señoritas Liszt; en realidad, me es imposible hablarle detalladamente, por el estado de estupefacción, admiración y aun de exaltación en que me tienen, sobre todo la pequeña. En cuanto a sus disposiciones musicales, no es talento el que poseen, sino genio... Ayer noche Blandina ha tocado la sonata en "la" de Bach, y Cosima la sonata en "mi" bemol de Beethoven... ¡Cómo me he conmovido reconociendo vuestro arte mismo en las manos prodigiosas de Cosima!"

Después de leer este párrafo no parecerá extraño que el profesor de música declarara su amor a Cosima y que Cosima le correspondiera con todo el fervor de su corazón. Y Liszt tuvo que autorizar el casamiento de los enamorados. Educada por su madre, la condesa Agoult, que, como se sabe, escribía con el pseudónimo de Daniel Stern, Cosima aprendió muy bien el francés y pensó ocupar su afán de creación y acción traduciendo piezas alemanas; dos de ellas, "María Magdalena", de Hebbel, y "Los Fabianos", de Freytag, llegaron, si no a representarse, a imprimirse. Pero un día, cuando ya había cumplido los treinta años, vió aparecer ante ella a Ricardo Wagner, que había cumplido ya los cincuenta, y que se encontraba en el momento más brillante de su genio creador. Cosima quedó subyugada y deslumbrada por el maestro, que, a su vez,

se sintió tocado en el corazón y se refugió en sus brazos como si buscara consuelo de sus anteriores amores. Cosima amó a Wagner con todas las fuerzas de su alma y con todo el ímpetu desapoderado de su voluntad tiranizadora, dominando a la vez al genio de Wagner, que lo transfiguraba todo en una fantasmagoría pomposa y teatral. No dejó de sentirse engañado el pobre marido, que tomó una resolución heroica: la de marcharse con la música a otra parte, apenas advirtió que aquéllos se amaban, y dedicarse a dirigir orquestas en Suiza y en el norte de Italia, enseñando con fervoroso apasionamiento las partituras de Wagner, a quien cada día admiraba más y con mayor rendimiento. Este hombre singular, que paseó melancólico y dolorido la soledad de su corazón, supo un día, pasados catorce años, que Wagner había muerto. Envió a Cosima, su mujer, a quien no había dejado de amar, este telegrama: "Hermana, es preciso vivir." Este "vivir" era sencillamente la sugestión de que Cosima debía ser la perpetuadora de la gloria de Wagner.

En aquel período en que Cosima se sentía feliz siendo la musa inspiradora del genio de Wagner, sin otra preocupación que acumular injuria sobre injuria y calumnia sobre calumnia sobre la vida de la primera mujer de Wagner—la desdichada Minna, que ahora han reivindicado, con el testimonio de cartas auténticas de Wagner, los escritores ingleses Dutton Hurn y Lewys Rot—, surgió ante Cosima la figura de Nietzsche. El poeta, filósofo y amigo íntimo de Wagner, tuvo la debilidad o el capricho de enamorarse perdidamente de aquella mujer, que era, en realidad, la cristalización de su doctrina, y que acaso surgiera a Nietzsche todo su sistema filosófico. Era, en efecto, Cosima, por naturaleza, una fuerza imperativa, espontánea, fatal, que sentía la necesidad fisiológica de llegar al máximo de la dominación, representando instintivamente el "imperialismo del yo". En este caso, Cosima estaba tan poseída de su papel de musa del viejo Wagner y tan orgullosa de ser el ángel de su hogar, que no quiso manchar sus alas con un nuevo amor, y desdenó la apasionada solicitud de Nietzsche. El impetuoso filósofo no pudo resistir a esta prueba, y concibió un odio desaforado por Wagner, y se convirtió en el primero y más exaltado de los anti-wagnerianos. Así publicó el folleto "El caso Wagner", que tuvo por origen la virtud y la fortaleza de Cosima.

Muerto Wagner, Cosima se dedicó en realidad a convertir el wagnerianismo en una religión de la que fué su sacerdotisa. Había conseguido Wagner, con la ayuda pecuniaria del rey de Baviera, alzar en el pueblecito de Bayreuth un teatro acomodado a las exi-



Inauguración del teatro construido especialmente para la representación de la tetralogía de «Los Nibelungos», en 1876

gencias que imaginaba para sus dramas musicales, necesitados de una complicación escénica formidable. Este teatro se inauguró el 13 de agosto de 1876 con la representación de la obra que en alemán se titulaba "Niebelungering". Duraba la representación cuatro noches y provocó desaforadas burlas en los críticos franceses. Una de las particularidades del teatro de Bayreuth era que la orquesta quedaba escondida en un foso, con lo que el público no veía a los músicos.

A pesar de las burlas de los franceses, bien pronto Bayreuth llegó a ser la Meca de todos los aficionados a la música en el mundo. Cosima y Wagner habían consagrado oficialmente su unión en la Alcaldía de Lucerna el 25 de agosto de 1870. Wagner, en este idilio, recobró la serenidad y la inspiración juvenil que le permitieron terminar la partitura de "Los maestros cantores".

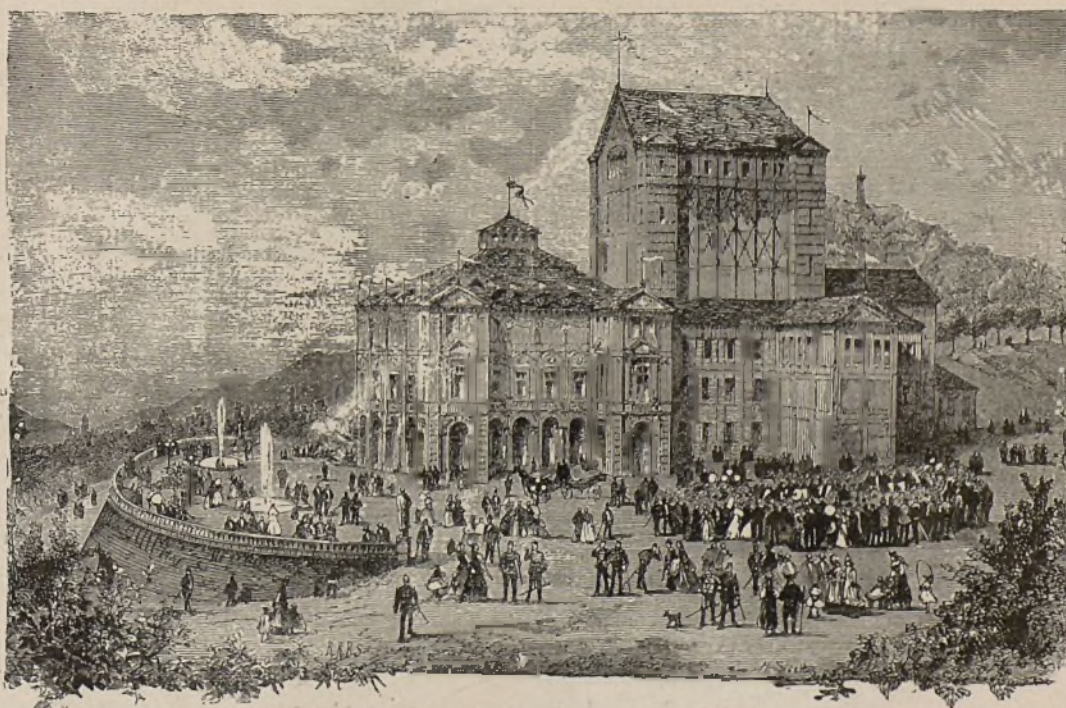
Cosima ayudaba al músico, no sólo con sus consejos y sus juicios, sino materialmente en una especie de secretariado, singularmente cuando se emprendió la construcción del teatro. En los últimos meses llegó a instalarse allí también Liszt, y con estas preocupaciones dió muestras Cosima de las poderosas energías de su carácter. Inauguradas las representaciones, Cosima se entregó enteramente, con asiduidad, previsión y vigilancia que parecían inconcebibles en una mujer, a la administración del teatro. Así se vivieron años de esplendor hasta la muerte de Wagner, sobrevenida en enero de 1883. Pareció Cosima desolada en su viudedad; pero bien pronto, alentada por el consejo que le diera su propio primer marido, se creyó poseída de una misión providencial: propagar el culto del superhombre que la había amado. Alucinada por esta sugestión, ella misma organizaba las compañías que habían de trabajar en el teatro

wagneriano y dirigía los ensayos y acomodaba las representaciones. Desgraciadamente, se inició un período de decadencia bastante antes de que estallara la guerra europea, comenzando a pasar de moda la música wagneriana. Cada año eran menos numerosas las caravanas de peregrinos del arte. A la estación desierta de Bayreuth no llegaban ya los trenes numerosos de turismo estético. Un tren formado por tres coches, uno para cada clase de viajeros, bastaba para el servicio ordinario de la Meca en decadencia.

Luego estalló la guerra europea, y se suspendieron las representaciones wagnerianas definitivamente. Y siguió la derrota, la "débacle" del marco, la ruina total de las clases medias en Alemania. Y comenzó a faltar dinero en la Villa Vahnfried; las obras de Wagner entraron en el dominio público, y no había ya derechos de representación que cobrar. Bayreuth quedaba abandonado y en ruinas. El cronista Adolfo Boschot, que lo visitó diez años después del armisticio, vió las decoraciones fantásticas enrolladas y amontonadas en el escenario, corroídas de humedad; el foso de la orquesta, llamado antes el "abismo místico", no era más que un agujero negro. Todo el pueblo se resentía de esta decadencia.

La pobre Cosima, envejeciendo rápidamente, conservaba sus energías y ordenaba sus Memorias al llegar a los noventa años. Durante casi medio siglo había sido como la vestal de una religión y como la emperatriz del mundo artístico. La muerte la alcanzó, al cabo, cuando ya apenas salía de su alcoba, permaneciendo casi todo el día ensimismada en la contemplación del jardín, en cuyo término se alzaba una cruz sobre una piedra, con la inscripción de estas dos palabras: "Ricardo Wagner". Allí, bajo esta lápida de mármol blanco, ha llegado Cosima a reunirse con el hombre a quien tanto amara.

AMADEO DE CASTRO



Exterior del Teatro de Bayreuth

NUESTRAS ARTISTAS JÓVENES

MARIA
TERESA



JIMENEZ
DE BLAS

Lolita Calatrava. Retrato



MODESTAMENTE, laboriosamente, se va formando con una técnica personal esta singular artista María Teresa Jiménez de Blas. Ya pueblan su estudio numerosos retratos de muchachas y de niños, en los que el temperamento de la artista se define con singular originalidad y amor. María Teresa resucita un arte que dió fama al gran dibujante catalán Ramón Casas. No ha habido, sin duda, sugestión de ninguna clase en esta renovación de un arte delicioso. María Teresa comenzó el aprendizaje de su técnica firme y singular, más que en clases de dibujos, en el Museo del Prado, copiando al óleo cuadros de Goya, de Alonso Cano y de Ribera. Aprendió a dibujar, en realidad, con el pincel más que con la barra de carboncillo. Hay, sin duda, un dominio del dibujo cuando se adiestra la mano reproduciendo la luz imprecisa de los contornos vagos, que finge la sombra, reproducida por el óleo.

Bien pronto María Teresa utilizó este perfeccionamiento de la técnica dibujando con el lápiz con la misma suavidad, con el mismo matizamiento, con el mismo vigor de contrastes con que lo hacía Ramón Casas. Y cito reiteradamente este nombre porque ningún otro llegó en nuestro arte moderno a lograr los efectos que alcanzara con el lápiz el admirable dibujante catalán.

En este arte de María Teresa revelóse una verdadera vocación por el retrato, y singularmente por los retratos de niños y de muchachas jóvenes. En esta singular predilección llega ya María Teresa a un perfeccionamiento sorprendente. Fingir la vida con la paleta plena de colores, pudiendo reproducir en toda su integridad la luz que marca los planos y matizar los volúmenes y graduar los deliciosos juegos de la sombra, si es cosa bien difícil, es hacedera para muchos; pero lograr estos efectos con el único tono de blanco y negro de que puede disponer el lápiz, revelar un alma con el trazado de las líneas que

MARIA TERESA



Lolita de Blas Piquer

componen un rostro, fingir con un trazo en unos ojos la pasión o la serenidad, la gracia alegre o la melancolía, es una dificultad casi insuperable.

No se necesita conocer a los modelos que María Teresa va reproduciendo para entender espiritualmente, ideológicamente, a las retratadas. Pocas veces en este arte moderno del dibujo se atiende con mayor acierto a la expresión interior, al estado de alma de los modelos. Hay (cuantos se dedican al arte de reproducir la figura humana lo saben) una dificultad enorme para pintar o dibujar mujeres jóvenes y niños, llegando a determinar la personalidad de cada una de las figuras reproducidas. En los rostros de los niños apenas hay detalles fisiognómicos que los distingan unos de otros; acontece cosa semejante con los rostros de las mujeres jóvenes. Esta dificultad la vence María Teresa con una técnica sencilla e ingenua;

JIMENEZ DE BLAS



María Selomé Montero



Hemán Arias

es arte más de sentimiento, de expresión del artista, que arte de precisiones del dibujo; es un arte de colocación, de descendimiento de la luz, de utilización hábil y sagaz de todos los elementos para lograr una expresión definitiva y una revelación de alma.

Allá en un apartado estudio del solitario barrio de Madrid Moderno, esta artista novel trabaja afanosamente y depura su arte en un progreso diario.

Seguramente algún día se revelará al gran público en una Exposición de muchachas lindas y niños graciosos. Vale la pena preparar la consagración de esta artista, que trae al entristecido y preocupado arte moderno esta alegría sana de los niños que ríen y de las muchachas guapas que miran ya con ojos llenos de pasión o turbados de ensimismamiento.



Teresita Boza

DIONISIO PEREZ

Carta a una mujer de cuarenta y cinco años que tiene miedo a la muerte

Por G. Martínez Sierra



AMIGA: Siempre que, razonablemente, hablas conmigo y me dices: «¡No me quiero morir!», te comprendo y te doy la razón, aunque tú no quieras comprenderme ni aun creerme a mí cuando te digo, no menos sincera y razonablemente: «¡No me importa morir!»

Te comprendo, porque pienso que la vida te ha dado tanto, tanto!... Tienes la hacienda indispensable para lo necesario y algo de lo tan agradablemente superfluo; tienes un hogar; tienes un marido que no sé si, en los años de juventud, habrá dado a tu vida el fermento de pasión embriagante que hace de la tierra cielo abreviado... y breve, pero que indudable y efectivamente en este momento de la existencia en que empieza a sentirse en los huesos y más en el alma el frío crepuscular—aun cuando no haya todavía traspuesto el sol tras de los montes—te da, con simpatía comprensiva, la tibieza de un cariño seguro y constante. Cuando te duele la cabeza tienes un pecho, que te figurarás más fuerte que el tuyo, en que apoyarla; tienes una hija en cuyos quince años relloran todas tus primaveras; tienes un hijo, en cuyos dieciocho empiezan a cuajarse tus sueños imposibles; tienes un círculo de amistades ligeras, que a días se disfrazan de entrañables con graciosa impostura; tienes la inteligencia suficiente para apreciar, gustar, saborear, pesar y medir tus tesoros... Comprendo que la vida te sujete y ate con miles de cadenas; comprendo que no quieras dejarla y que alejes la idea del fin inevitable con pereza de quien, encontrándose bien, no quisiera cambiar de postura...

Pero cuando me dices: «¡Me da miedo la muerte! ¡Me da terror la idea de morir!» dejo de comprenderte, y aun creo que tú misma no te comprendes, puesto que si pregunto: «¿Por qué?», no sabes responderme.

Si hablásemos un poco de tu terror... No eres cristiana, aunque, a días, con caprichoso melindre pseudoespiritual, proclames serlo. Si de veras lo fueses, como de veras son budistas los budistas y musulmanes los hijos del Profeta, no temerías. Quien, de veras, limita su horizonte con la idea de un Dios personal o de una indudable e infalible Esencia Divina, destierra para siempre el terror de su alma. Si supieras con qué despectiva incompreensión consideran nuestro miedo a morir los pueblos orientales! Hay una frase de uso corriente en Asia que dice: «El miedo a la muerte es una enfermedad europea».

Y dice Séneca, refiriéndose a este mismo temor: «¿Por qué te cansas en temer lo que no puedes evitar?»

Y hace decir Shakespeare a uno de sus personajes, en el instante del peligro extremo: «¡Estamos en manos de Dios, no en manos de nuestros enemigos. Por consiguiente, sigamos avanzando!»

Y dice la sabiduría que hemos dado en llamar popular, por llamar de algún modo la palabra de un sabio que el pueblo ha recogido y conservado: «Si tiene remedio, ¿por qué te apuras? Y si no le tiene, ¿para qué te apuras?»

Y te digo yo: «Puesto que tu filiación teórica a un credo u otro credo no sirve para tranquilizarte, señal evidente de que no influye para nada importante en tu vida. ¿Qué motivo real, es decir, verosímil, puede hacerte temblar ante el fin de la vida? ¿Tiembblas ante la fiesta que se ha de acabar?»

—¡No—me respondes—, pero acaso tiemblo y habrás temblado tú ante el amor que ha de tener fin!

—Sí—te respondo—, pero es porque en mi miedo estaba la visión de los años futuros en soledad... Pero cuando se te acabe la vida, se acabó, de un modo o de otro, la facultad, la necesidad, la posibilidad de echarla de menos... Mientras vivas, vives... Cuando hayas dejado de vivir... ¿qué temes?

¿Castigo?... Si aceptas la existencia de un juicio, ¿no tienes para tus mezquinas culpas la seguridad de una expiación? ¿Crees, presuntuosa, haber faltado a las leyes eternas con tan soberbia profundidad de mal que exija el castigo de una venganza eterna? ¿Cómo se reirían todos los ángeles de tu desahogada pretensión! Y si en la expiación crees, por larga que fuese, bien corta es toda senda que conduce al eterno bienestar...

¿Metamorfosis?... ¿Y eso te da miedo? ¿A ti, mujer, enamorada eterna del cambio y la mudanza? ¿A ti, que eres esclava de la novedad, por otro nombre moda? ¿A ti, que te atreves a tener gusto personal por miedo invencible a no estar «a la última»? ¿A ti, que estudias al espejo el afeitado para mudarte el rostro, y que finges hasta delante de ti misma por lograr el divino placer de darte al menos la apariencia de un alma nueva cada mañana?

Piensa en esto: mudar, cambiar de forma, de momento, de lugar, de apariencia, de destino una vez, y otra vez, y otra vez... Ser siempre algo nuevo, renacer, amanecer, aparecer, no cansar

ni cansarte en la gloria siempre renaciente, en el triunfo siempre germinante de la transformación. No dices ahora, en los momentos en que te sientes invadida por algún gozoso entusiasmo: «¿Siento que me han nacido alas?» Piensa en tener hoy alas y ser mañana un perfume llevado por el viento, y otro día la gota de agua que, caldeada por el sol, se dilata y dilata hasta desparramar en un casi infinito de espacio la casi infinidad de su sustancia...

¿Anonadamiento?... ¿Y eso te da terror? Aun no eres vieja, pero ya no eres joven, y a veces, cuando llega la noche, sobre todo si es la noche de un día ocupado por gratas emociones o alterado por excitaciones placenteras, te sientes un poco fatigada... ¿Y con qué deleite, no por casi inconsciente menos real, acoges el beleño del dormir que suavemente va haciendo pasar por todo tu cuerpo corrientes de anestesia, caricias de necesario olvido!... Voluptuosamente, vas dejándote hundir en el no ser... ¿Por qué temes que sea menos placentera la invasión del beleño mortal, la infusión en tus venas del reposo eterno? Dices: «¡Es que, al dormir, me esta noche, pienso que mañana he de despertar! Eso dices ahora—mediodía—cuando ya has descansado del ayer y aun no te rinde la fatiga del hoy, pero no es cierto. Anoche, al sentirte tan suave y dulcemente embotar por el sueño, no pensaste en la esperanza dudosa del amanecer, sino en la realidad indudable del reposo... ¿Y así será el morir, yo te lo fío!

Dice un psicoanalista, nuestro contemporáneo: «La vida no puede sobrellevarse más de unas cuantas horas seguidas.» Y es cierto. Hay que descansar de vivir cada noche, para poder seguir viviendo; más, de cada descanso parcial, queda un leve residuo de fatiga. Así, al llegar la noche de tu vida, estarás, inevitablemente, tan cansada, que acogerás con gratitud la llegada del definitivo reposo. No temas, amiga; mientras tengas deseo de vivir—fuerza y deseo son sinónimos—vivirás... Sigue, pues, viviendo sin temores...; llegada la hora del supremo dormir, las manos que plasmaron tu sustancia se posarán sobre tus ojos... y descansarás... ¿Para siempre? ¿Para una hora? ¿Para hundirte en la nada? ¿Para volar a una vida nueva? No has de saberlo nunca. Por lo tanto di «¡Amén!», y sonríe hoy al cerrar los ojos. Más allá del instante breve y enigmático, de un modo o de otro, has de encontrar la paz...

Coty
PARIS



MUJERES...

Al acostaros no dejéis a vuestro cutis que conserve el polvo y las impurezas adheridas durante el día. Limpiadlo cuidadosamente con "Colcreme Coty" que lo dejará suave y reposado.

Por la mañana, después de vuestra "toilette", aplicaos con un lenzo fino ligeramente humedecido una pequeña cantidad de "Crema Coty", que preservará vuestra piel del aire y del frío y es la base perfecta para los "Polvos Coty"

Con este sencillo tratamiento daréis y conservaréis a vuestro cutis suavidad y finura eternas.



UNA FIGURA
CUMBRE
DE LA POESÍA

Gabriel y Galán, el cantor de los campos extremeños y castellanos



El día 6 de enero cumpliéndose el vigésimo sexto aniversario del fallecimiento de José María Gabriel y Galán, uno de los poetas españoles contemporáneos de más fina y delicada sensibilidad y el que ha hecho vibrar con más fuerza el alma popular de Castilla y Extremadura por la hondura de sus pensamientos y por sus cadencias saturadas de dulzuras, vestidas con las galanuras poéticas de quien estaba, como él, hermanado con el pueblo y sabía expresarse, reír y llorar como éste.

Gabriel y Galán no fué un poeta "de despacho". Sus estrofas nacían ante la majestad de la sierra brava, ante la esmeralda de la campiña o ante el mar dorado de los trigos. Escribía en cuadernos que llevaba siempre en los bolsillos durante sus paseos. Cuando brotaba la inspiración, sentado en la colina, junto a la yunta conducida por el mozo de piel bronceada, en el chozo pastecil, arrullado por las esquilas del ganado o por las viejas tonadas del gañán, Galán sacaba los cuadernos, y en ellos, con la música de las más bellas palabras, iba cristalizando las impresiones que recibía su alma, sublimadas con las aromosas flores de su estro poético.

* * *

Nos lo dicen todos los biógrafos: Galán nació poeta. En el trabajo que D. Martín Domínguez publicó en un número extraordinario de *El Sábado*, de Salamanca, sobre la vida de José María, decía lo siguiente: "Nuestro poeta se manifestó prontamente. Dios le dió a Galán aquel atisbo y entendimiento que entraba en lo escondido y guardado para gustar delicias no soñadas, y aquel soberano decir, revelación magnífica de la poesía sentida."

"Era un niño—escribía después—cuando ya llenaba papel con largas tiradas de versos." Primero, éstos fueron satíricos; más tarde, cuando su alma comenzó a recibir los aletazos de los dolores y alegrías de la vida, su lira vibró sentidamente, al unísono con aquélla. Así, las estrofas de "El Ama" brotaron sublimes para cantar a la madre muerta, y así salieron en "El Cristu benditu", henchidas de dulzuras y ternezas, al nacer su hijo Jesús.

En Gabriel y Galán no se separaba jamás el hombre del poeta. El varón de convicciones arraigadas, el hijo amante, el esposo enamorado y el padre devoto de los hijos era, en todos los momentos de la vida—felices o adversos—, un alma rebosante de ternura, un

ánfora abierta al bien. Cuando no hacía versos los sentía. De no haber tomado la pluma para plasmar sus emociones, su vida por sí sola bastaría para adivinar las exquisiteces de su espíritu. No de todos los poetas se puede decir lo mismo. Los hechos de algunos se apartan mucho de lo que luego dijeron en versos pulcros e irreprochables. La mejor ejecutoria de un poeta es su vida. La de José María Gabriel y Galán fué límpida y serena, sin una nube, sin una sombra, sin un celaje...

* * *

Gabriel y Galán vió su luz primera en Frade de la Sierra, pueblecito simpático de Salamanca, el 28 de junio de 1870. Fueron sus padres D. Narciso Gabriel, labrador, y doña Bernarda Galán.

Era un niño cuando empezó a escribir grandes rimeros de versos. Las gentes sencillas de Frade atisbaron en él al poeta. Su inclinación a los libros llevó a los padres de José María a darle una carrera. Con este propósito fué Galán a Salamanca, en cuya Normal empezó—curso de 1885 a 86—sus estudios para maestro de primera enseñanza. El talento del mozalbete de Frade de la Sierra muy pronto se hizo admirar de profesores y alumnos en las aulas salmantinas.

Concluida la carrera con brillantes notas en todas las asignaturas, hizo oposiciones a escuelas. Tenía entonces José María la edad de diecisiete años. Tras notables ejercicios logra la escuela de Guinjuelo (Salamanca), donde ejerció cuatro años, y más tarde, también mediante oposición, ganó la de Piedrahita (Ávila), en cuyo pueblo permaneció también cuatro años.

Pero el espíritu de Galán se ahogaba entre las paredes de la escuela. Gustaba recrear su vista en los horizontes lejanos, ensanchar su pecho con las fragancias campestres, arrobarse en la contemplación de la Naturaleza, y después de un breve jidilio! contrajo matrimonio, en 1898, con la señorita Desideria García Gascón, y abandonó las labores educativas para dedicarse a las campestres en Guijo de Granadilla, riente pueblecito de la alta Extremadura.

Fué entonces cuando de su lira salieron los más bellos arpegios. Consagrado al cultivo de la tierra, iba anotando en sus cuadernos las impresiones de su alma, que luego veían la luz en periódicos de Salamanca, Cáceres y Madrid, o eran enviadas a certámenes y con-



cursos, en los que siempre su musa era recompensada con los premios más codiciados y los laureles más floridos. En una autobiografía, breve y sencilla, nos lo dice Galán: "... a es-

cribir coplas dedico el tiempo que puedo robar a mis tareas del campo. Comencé a escribir poesías para Juegos Florales, y me dieron la flor natural en los de Salamanca, Zaragoza y Béjar, y otros premios en Zaragoza, Murcia y Lugo. Y nada más, si es que todo ello es algo. Mis paisanos, los salmantinos—agrega—, y lo mismo los extremeños, me quieren mucho, me miman. Yo también los quiero con toda mi alma, y con ella les hago coplas, que saben, mejor que yo, de memoria, porque las recitan en todas partes, y hasta las oigo cantar diariamente a los gañanes en la arada..."

En aquel ambiente, José María fué feliz. Su vida se empapaba en la delicia inefable del hogar campesino. Lo dijo en los versos admirables de "El Ama":

La vida era solemne,
puro y sereno el pensamiento era,
sosegado el sentir, como las brisas,
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.
¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

* * *

Aumentaron las dichas del hogar de Galán sus dos hijos. Al abrir los ojos a la vida el mayor de ellos—Jesús—José María hace brotar de las linfas claras de su inspiración las estrofas sublimes de "El Cristu benditu", en las que canta alborozado su ventura con el castizo decir de los hijos de la tierra.

Pero estas dichas habían de durar muy poco. La muerte del padre de Galán impresionó hondamente el alma del poeta, y su salud pronto se quebrantó por el peso de la pena. Su espíritu creyente, su fe, no bastaron a mitigar el dolor que socavaba silencioso su existencia... Y un día, el 31 de diciembre de 1904, al volver del campo, donde había atendido a las labores, se sintió enfermo.

El aspecto de José María no era muy tranquilizador. Su esposa, alarmada, mostróle deseos de llamar a Baldomero—hermano del poeta—, pero Galán, haciéndose fuerte para animar a su adorada esposa, le encargaba:

"No quiero que avises a Baldomero. Esto no es nada..."

El día 1.º de enero de 1905 continuaba en igual estado. Y lo mismo el día 2; pero el 3 una fiebre muy alta agravó al enfermo. La casa se llenó de inquietudes y sobresaltos. Los médicos temían por la vida de José María.

"Yo—decía a éstos, atisbando en sus gestos señales de pesimismo—no me arredro ante la muerte si Dios me deja reconciliar mi alma con él. Quiero, pues, señores, que me avisen a tiempo del peligro."

Así lo hicieron. Gabriel y Galán, entonces, llamó a un sacerdote y se confesó.

* * *

¿Qué extraño y lúgubre presentimiento albergaba el alma de Galán?... Muerto su padre, deshecho en raudales de amargura

UNA FIGURA CUMBRE DE LA POESÍA

por el golpe fatal, su lira sonó, con notas sublimes y melancólicas, en las estrofas de "Canción". Fué lo último que escribió. Lo último en que mostró sus arraigadas creencias y su resignación, que no le abandonó en los últimos momentos.

"¡Dame los niños para besarlos!", decía a su esposa.

Y como la viera llorosa y entristecida, la acariciaba con la dulzura de sus ojos y la consolaba:

"Ten valor. Confía en Dios. Tienes que resistir esta prueba. Prepara tu alma para este golpe rudo..."

Su muerte, acaecida el 6 de enero, sumió a todo el pueblo de Guijo de Granadilla en un sincero dolor. Siendo día de fiesta, lo era de luto. Los labriegos, los pastores, toda aquella gente de campo que tanto amaba al poeta, curtida en las faenas y hecha a todos los dolores de la vida humilde, lloraba la muerte de Galán.

Uno de esos hombres duros y fuertes como las encinas seculares, cuando agonizaba José María penetró resuelto en el zaguán de la casa de éste. Un médico salía.

—¿Se muere, señor?

—Se nos muere, sí...

—Pos... si haci falta sangre, pinchí usté... ¡¡Pero que no se nos muera!!...

Así quería el Guijo a su hijo adoptivo. Ya muerto, el pueblo todo desfíló ante los restos mortales. Era una procesión lenta, silenciosa, emocionante... Después, como corrieran rumores de que iban a llevarse el cadáver a Salamanca, todos aquellos hombres guardaron la casa y no abandonaron el cuerpo frío del ser querido hasta dejarlo en un rincón del cementerio lugareño, sepultado con la tierra regada por las lágrimas.

La obra de José María Gabriel y Galán, contra lo que afirman ciertos críticos, es eterna. Al menos lo será en Castilla y Extremadura. Y lo será porque los versos del poeta de Frade de la Sierra reflejaron el alma de los campos, con "las pardas onduladas cuevas", con "los mares de enceradas mieses", con "las mudas perspectivas serias". Lo dijo Cavestany: "En los versos de Gabriel y Galán se ve la estepa castellana y se siente latir el alma de Castilla". Fué el poeta cuya lira heredó las dulzuras de la de Fray Luis.

Puede ser considerado como clásico de la poesía de Castilla, pero también puede serlo de la poesía de Extremadura, a pesar de haber escrito sus "Extremeñas" en el dialecto de los *castúos*. Juan Maragall, en el hermoso prólogo que puso al frente de la colección de versos que lleva ese título, dijo lo que sigue:

"... Todo él está escrito en ese lenguaje desafarrado, es decir, vivo; escrito en dialecto, como la "Iliada" y la "Divina Comedia"; porque no son las lenguas las que hacen las obras, sino las obras las que hacen las lenguas. Y la poesía grande, la viva, la única, gusta mucho de brotar en dialectos..."

* * *

Murió Galán, pero su recuerdo vive en Castilla y Extremadura. Todavía en los campos de Guijo de Granadilla hay pastores que ponen a las viejas tonadas de la tierra letra de los versos del poeta, y todavía hay en la agreste comarca jurdana quienes se descubren al pronunciar su nombre. En Castilla perdurará su recuerdo, porque en Frade se mecía su cuna. En Extremadura vivirá eternamente su nombre, porque fué un extremeño de corazón, porque fué una flor trasplantada que no supo negar su perfume a la tierra acogedora, a la estameña parda de la tierra que para siempre cubrió, amorosa, sus despojos, allá en el rincón pacioso de un cementerio lugareño...

M.-E. CRIADO Y ROMERO



NECESIDAD DE UN VOCABULARIO CULINARIO ESPAÑOL

MENSAJE A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

De tiempo atrás he venido reclamando que se tomara en serio en la Academia Española el arte de la Cocina, que hoy es, no sólo signo de civilidad y progreso, sino estímulo vigoroso de la producción agrícola y ganadera y de su progreso. Se da el caso de que en el Diccionario de la Academia Española no se utiliza siquiera abreviatura ni signo alguno para determinar las palabras que se usan como términos técnicos de la culinaria. Faltan numerosísimas palabras y acepciones del arte de guisar y confitar y de la industria hotelera. Las definiciones que acompañan a las pocas palabras culinarias recogidas del uso vulgar, son erróneas o deficientes. Acontece, sin embargo, algo más grave. En el asombroso progreso adquirido por la cocina francesa desde fines del siglo XVIII, y singularmente en el último tercio del XIX, se ha creado allí un verdadero idioma culinario, una prolija, profusa y complicada tecnología.

Este vocabulario gastronómico francés ha ido pasando la frontera pirenaica, y ha invadido España, y ha infestado nuestro idioma, y ha hecho creer en la supremacía de la cocina francesa, y ha producido una grave perturbación económica, trayendo aquí, a centenares, a los cocineros y a los *maitre-d'hôtel* franceses, y poniendo de moda aves, vinos, conservas, bombones y quesos galos, que representan al año unas millonadas de pesetas. Por rara coincidencia, o por estímulos de mi campaña en *La Voz*, se decidió al fin la Academia a revisar el repertorio de voces culinarias, ya que para algo tiene declarado a Martínez Montañó, el cocinero de Felipe IV, autoridad en el idioma. Y he aquí que, en una notilla oficiosa, se ha anunciado al orbe que se había retocado en el Diccionario una palabra relacionada con el arte guisanderil: la palabra "aloja", italianismo, a lo que parece, que en el Diccionario tiene un valor puramente arqueológico. Cosa más vieja no la hay, ni más española tampoco; como que, según Diodoro de Sicilia, los celtíberos bebían ya el divino *melicraton*, venerable abuelo de la aloja. En cambio, en la palabra "agua" deberían agregar los académicos el "agua melada", que no empecé el que ya figuren en el sabio libro el *hidromel* y el *agumiel*.

La aloja, como el hidromel, son cosas ya tan pasadas de moda y utilización, que a nadie importa saber qué eran y cómo se hacían. En cambio, por no haber palabras castellanas o por no conocerlas ni tener tiempo para indagarlas ni deber de hacerlo, los cocineros españoles han ido dando entrada en el uso castellano a numerosos galicismos, que va siendo ya difícil expulsar del idioma. Esa es la labor que debería hacer la Academia, sin esperar a que se lo demandemos en consultas oficiales.

Sin que la Academia fije los términos precisos y sus definiciones, no sabemos qué palabras españolas emplear en equivalencia de las palabras francesas. He aquí casos concretos. Los franceses extienden una pasta, pasando por encima de ella un rodillo, disminuyen su altura a cinco, tres o dos milímetros de espesor, la adelgazan, la laminan, y a esta operación le llaman "*abaisser*"; a la pasta manipulada de aquella suerte le llaman una "*abaisse*". ¿Cómo decir en castellano? Pues los cocineros dicen: una "*abés*", y todos entienden lo que se quiere decir. ¿Llegará a figurar algún día la palabra "abés" en el Diccionario español? ¿Con qué palabras pudiéramos evitar este riesgo?

El pastelero francés, y aun el cocinero, dice "*appareil*", y designa con ello la preparación de una mezcla de varias sustancias, según cada caso, que ha de ser fundamento del plato que se prepara. Si en castellano decimos *aparato*, no decimos nada como no le agreguemos otras explicaciones. Y así, se va extendiendo por las cocinas y hornos españoles este bárbaro vocablo: "*aparel*".

He aquí, en la cocina francesa, la "*asiette*". Es una vieja expresión que se encuentra ya en los formularios del siglo XVIII, y que, aun anticuada, todavía se la usa. Y así, del mismo modo encontramos *atteler*, *blanchir*, *bouquet* y *bouquet garni*, *braiser*, *brider*, *buisson*, *condir*, *ciseler*, *corsé*, *chemiser* y trescientas o cuatrocientas voces más que, no correspondidas en castellano o no autorizadas su versión directa por la Academia, se usan lindamente en francés, haciendo de nuestra tecnología culinaria una algarabía desnacionalizadora.

¿Cómo, con esta base inexcusable, podía prevalecer el intento de que los *menus* se pudieran redactar en castellano? Lo pregonó el auténtico doctor Thebussem, lo intentó el rey de España, y en vano la innovación era simpática

a todos. Forzosamente la tecnología francesa imponía sus designaciones en el lenguaje cocinero.

Ved aquí el champiñón, que ahora producimos con tan admirable perfección como en las cuevas del departamento del Sena. ¿Cómo llamaremos a este hongo sino *champiñón*, ya que los botánicos españoles ni los filólogos españoles nos dan una palabra equivalente precisa y eufónica?

Cada día llegan mayores cantidades al mercado madrileño. Se extenderán por toda España y se generalizará su uso. No sólo sirve el champiñón para aditamento de salsas y guarniciones, realzándolas y avalorándolas con su suave aroma, sino que se prestan a admirables composiciones culinarias. Ved esta fácil, sencilla y llana preparación, que pudiéramos llamar

CHAMPIÑONES ACADEMICOS

Preparados, lavados y enjutos, colocadlos en una cacerola con una buena cantidad de manteca y un casi nada de cebolla picada, echada antes. Tapad la cacerola y dejadlos doce minutos en el fuego. Destapad entonces y espolvoread una cucharada de harina; revolved y agregad buen caldo caliente, hasta que los champiñones queden cubiertos; sazonad con sal y pimienta. Al descuido, dejad caer un diente de ajo entero, que al servir el plato retirareis discretamente, no crean los académicos, como cualquier Alejandro Dumas, que nos encontramos en las Ventas de Cárdenas o en casa del albéitar de Dueñas. Habrá de cocer veinte minutos; retirad de la lumbre, y cuando haya cesado el hervor y templado un poco, espesadlo agregándole dos yemas de huevo, ligeramente batidas. Revolved suavemente. Al llevar el plato a la mesa, agregad una pulgarada de perejil picado y un chorrito de zumo de limón.

¿Qué servicio prestaría la Academia aceptando el homenaje de ese guisillo y declarando que los champiñones académicos son fáciles de hacer, gratísimos en el comer, beneficiosos como una sabia medicina para ancianos, para decadentes y convalecientes!... Porque he aquí que hay en la anchurosa España doscientas o más cuevas, grutas, minas y otros subterráneos, hoy inexplorados e inútiles, donde podrían producirse centenares de toneladas de champiñones, para mejor sustento de los españoles y para acrecer nuestra exportación, convirtiendo esta recolección en una posible millonada de pesetas, que buena falta nos hacen para restablecer el nivel perdido de nuestra balanza de comercio.

Rusia había encontrado en la exportación de sus setas, desecadas o conservadas en vinagre, una cifra muy importante en su exportación; Italia comienza a inundar los mercados de víveres de todo el mundo con sus *fungos*, que son cosa exquisita, en verdad; Francia ha hecho de la producción del champiñón una de sus mejores exportaciones, aparte el consumirlos en cantidad asombrosa. ¿Por qué España no ha de poseer esta facilísima riqueza? Además, valga la pena hacer notar que el *champiñón* que comienza a producirse en España es más gustoso, más intensamente perfumado que el *champiñón* francés; contiene, sin duda, más materias albuminoideas; es una *carne vegetal*. Se trata, señores académicos, de un alimento completo, que podría por sí solo subvenir a las necesidades del organismo humano. Para el artrismo, para la hipertensión, para la arterioesclerosis es el sustitutivo inexcusable de la carne animal. Para el idioma es una palabra necesaria. Los franceses no la han hurtado. La tomaron del latín vulgar. Llamaba el pueblo romano *campinio* a todas las setas. Las cantó Horacio, las ensalzó Cicerón con su verbo elocuente, moralizó Séneca a su costa, Plinio le dedicó un prolijo estudio... Y los sensuales patricios las preparaban con cuchillo de ámbar en fuentes de plata, tratándolas con tal veneración como si comerlas fuese el rito de un culto a los dioses... Enaltezcamos también nosotros al *champiñón*, que es una seta con póliza de seguro contra todo envenenamiento, y creemos la micología española y tracemos la geografía micológica de España, que puede crear una gran riqueza.

POST-THEBUSSEM



LA ÚNICA CARTA DE AMOR DEL VIEJO HIDALGO DON GIL

CUENTO INÉDITO

por

† Manuel Salmerón Pellón

Ilustraciones de M. S. P.



Don Gil es hidalgo, y dicen las lenguas que también es loco. Tantos hidalgos fueron locos, que locura e hidalguía andan ennoviadas, al decir del pueblo.

Es seco y alto, viejo y rígido; tiene manos sarmentosas, pero pulcras; ojos inmóviles de tanta exaltación, refugiados bajo las cejas abundosas y anilladas; habla parcamente; pisa con aplomo; usa gafas de oro, jubón de raído terciopelo en invierno, de suave lino en verano; calzas de lana siempre, sombrero de arremangadas alas y melena, que más que melena parece pelambre de tahir.

Ha escrito memoriales al Rey, nuestro señor, don Felipe. Se sabe de él que compuso romances y trovas, y en alguna ocasión epigramas, que dejaron malparados devaneos del villorrio. Estudió en Alcalá y es enamorado del gran Lope.

Vive solo en el castro, donde será destaralado de sus viejos. Come de lo que una moftetuda guisandera le manda cotidianamente desde su hostal.

A fuer de cumplidor, anda siempre entre calculamientos económicos para que las obligaciones no traspasen los medios de cumplirlas. Tiene un feudo humilde y un concepto sublimado y magnífico en demasía del honor. En la aldea, donde el hidalgo espera el fin, es el recio leño que sustenta las viejas tradiciones de caballería. No se dice de él que amara nunca a mujer alguna, antes al contrario, cuéntase del hidalgo que huye de ellas y que las llama casquivanas...

Cuando en vacaciones tornan al poblado los aprendices a bachilleres de las aulas de Alcalá y Salamanca, gusta de charlar con ellos de humani-

dades y poetas. Los redomados se solazan con el viejo don Gil; cuéntanle de lo que allí aprendieron, y si hablan de meretrices, el hidalgo se tapa los oídos... Hablan de un Cervantes y don Gil presta rendida atención. El viejo caballero es antes que todo retórico y sentimental.

Más de una vez disputó con los pícaros del amor y las damas. Ellos le provocaban y el hidalgo ponía a buena raya sus decires, hablándoles de un amor sereno y suave, sin mercadería ni liviandad.

* * *

En la hostería, rodeado de mozos, habla el hidalgo del gran señor de poetas don Lope. Los mozalbetes le oyen callados y don Gil les dice de bellas rimas y atinadas lecciones de amor y celos.

El sol, todo rojo, se va de Castilla para seguir alumbrando otras tierras de España. Don Gil tiene para su solar tierno cumplido. Alumbran los velones. El hostelero recoge los jarros. Los mozos se van y uno más rezagado queda de codos sobre la mesa en que don Gil dejó caer sus manos sarmentosas.

—Hablaros quería—dijo con timidez el mozo.

Don Gil miró sereno y patriarcal al mancebo.

—Quería deciros algo de amores...

El hidalgo hase retrepado rápidamente; ha hundido la barba en el pecho y ha mirado por encima de las gafas de oro al que dice que ha de decirle de amores.

—¿De amores? ¿Y qué he de contestarte?

—Los que como vuesa merced son poetas, siempre saben...

Al hidalgo complace el habla del enamorado.

Quiere del viejo sentimental una carta de amor para la señora de sus sueños juveniles... El no sabe escribirla; una y otra vez comenzó la epístola y no supo pasar de la primera frase sobre el corazón del que ama.

—Serio paso quieres que yo dé por tí... Cartas de amor nunca salieron de mi pluma...

—Los poetas saben...—replicó el mozo.

* * *

En el cuarto donde el viejo hidalgo escribe, está la cama que nunca supo de parejas. Alumbraba un velón de Lucena de amplio soporte.

Señora de mis sueños.

La mano del hidalgo está inquieta como nunca estuvo. La mirada se clavó en lo escrito. El pensar del viejo caballero se transfigura. *Señora de mis sueños...*, *señora de mis sueños...*

Cae la frente ardorosa sobre la diestra que afianza la pluma, y el pico de ésta se enreda en los mechones de cabello y por cadena de contacto la pluma roba al corazón su más bello secreto.

Señora de mis sueños. Vuestra hermosura sabrá disculparme, vuestro pecho recibirme y vuestra felicidad guarecerme; que peregrino desolado soy por tierra de contentos. Esto lo ha escrito el hidalgo con gustamiento y templanza.

Sabed señora de mi pecho, que todos los mortales somos enamorados de la dicha y que a gran locura equivaldría saber en dónde está y no buscalla.

Tiempos lejanos fueron y otros vinieron y siempre el hombre mantúvose prendado de la felicidad, porque ser feliz fue antaño y lo es hogaño el único y verdadero apetecer.

Dicen algunos, que ellos no aman. Grandes fulleros son quienes tal pregonan. Amar, amamos todos, mi señora mía, aun cuando pocos sepan limpiar al amor de lo que sin serlo trae las más veces pegado.

Unos viven sospirando al sol que es

La única carta de amor del viejo hidalgo Don Gil

todo fuego; otros sospirando a la luna..., los que así somos, más bien se nos debe escuchamiento.

También dicen otros mentidores que a las damas quieren por la dama y no por otra cosa. Yo,

creo bien decir que a la dama quiero porque ella es paz, amparo, cobijo...

Los que así no lo dicen, merecimiento hacen a no oídas, aunque, señora mía, no saben ellos lo que dicen, o, mejor, no saben pregonar lo que quisieran.

Mi señora mía, vuestro amador os habla descubriendo el pecho, porque a gran mal espíritu tiene mentir en cosas de corazón.

La pluma del hidalgo halla complacencia en acentuar los rasgos de las letras.

Largo tiempo anduve sin saber que dentro llevaba un encantamiento como es el vuestro; así solemos ser todos los hombres; engañamos al mundo y nos engañamos mesmamente a nosotros, porque no pensamos que vivir sin amor es gran bellaquería y que pecho sin apetito por quien sospirar es la más torpeza.

No déis oídas, mi señora, a los que pregonan que van sin amor por el mundo. Tal valdría una espada sin pomo, o como, viejas letras dicen, una galera sin timón... que timón y no otra cosa son para el hombre sus amores. Unos, lo enderezan a playas de donosuras y gustamientos bajos. Otros, a costas de fortuna... y los menos, señora, guiados por la estrella del buen caballero nos encaminamos a puertos serenos de refugio, en los que la dama es sacramento de paz.

Descansa el hidalgo. Desabrocha el raído jubón de terciopelo y lee muchas veces las últimas líneas escritas. ¡Sacramento de paz!

Ah, señora de mis sueños, vuestro amador os hace entrega de su alma de poeta.

El hidalgo escribe largamente y con calentura y sofocamiento en la cabeza.

Señora, yo soy prendado de vuestra hermosura, si antes no os dijera de mis amores, bien callados estaba en mí...

Señora de mis sueños, hamlre tengo de paz, recibirme en vuestro corazón que dello os vendrá un amador sin medida. Hacer de este batallar un lecho de sosiego y vuestra mano, curadora de malferidos y echadora de halagos, será el lugar donde mis labios besarán sin desmayamiento ni hartura.

El hidalgo ha suspirado. Tiene en los ojos lumbre, en las manos, temblores; le palpita muy dentro el corazón y relee lo escrito... Entonces, como un sueño, recuerda las palabras del mozo dichas en la hostería y tiene un gesto extraño. Pliega la carta, se limpia el sudor y la guarda en su rancia cartera.

* * *

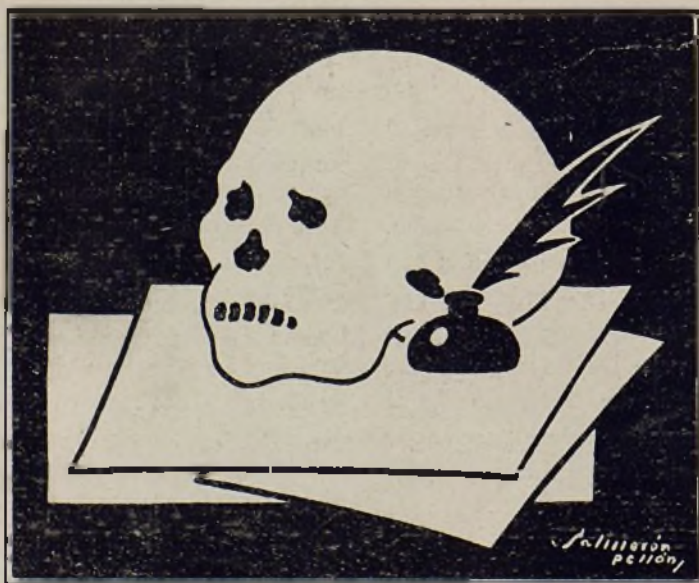
Cada día que pasa aseguran que la locura del hidalgo aumenta. Un papel, dicen, que por entero le volcó el juicio.

* * *

La luna es roja y redonda. Canta un gallo. Las viejas aseguran que cuando en esta hora cantan los gallos, muerte o mala hacienda acude.

En el lecho que nunca supo de parejas, el viejo caballero don Gil agoniza. Tiene el mirar descarriado, la cabeza enterrada en la almohada de vellores. El cura lee un roído breviario encomendando el alma del hidalgo. Chisporrotea el velón y don Gil saca el brazo sarmentoso y desnudo, lo estira, reclama su cartera de rancio y ennegrecido cuero, rebusca en ella, halla el en demoniado papel, que al decir del buen pueblo le robó el seso, ríe dulcemente, lee: *Señora de mis sueños...* y para siempre ha cerrado los ojos.

MANUEL SALMERON PELLON





El Prado en el siglo XVII

Costumbrismo madrileño



No hay madrileño a quien no interese el tema. ¿Cómo era en el siglo XVII el Prado de San Jerónimo? Cada cual lo ha imaginado o recompuesto, literariamente, al antojo de su fantasía, con las noticias que encontró en algunos relatos de costumbres, novelas picarescas, comedias y poesías y singularmente en las obras de los cronistas madrileños Mesonero Romanos, Amador, Rada y Delgado, Fernández de los Ríos y los contemporáneos madrileñistas Castrovido, Répide, Gómez de la Serna, y otros. En verdad, documento material, visión cierta, reconstrucción exacta no existía más que el plano famoso de Texeira de 1656, reproducido por el Instituto Geográfico y Estadístico. Este simple dibujo, que envidiaría hoy un topógrafo aviador, de tal modo era genial «la vista de pájaro» de aquel planógrafo, daba idea de la forma, de la disposición, de las medidas del Prado de San Jerónimo; era difícil, sin embargo, acomodar a esta imagen el uso que los madrileños hacían de su famoso paseo. Faltaba la pintura, el cuadro vivo, la obra de arte que uniera al trazado de las alamedas, de los palacios, de los jardines, de las fuentes, la figura humana. En Mesonero Romanos se hace referencia a un cuadro que existió en la famosa colección del marqués de Salamanca, donde un artista desconocido había reproducido el Prado de San Jeró-

Cómo era el Prado de San Jerónimo

nimo en un día apacible del siglo XVII, con las carrozas y jinetes que lo recorren, con sus damas señoriles y los galanes que las cortejan, con sus vendedores ambulantes de agua, aloja y frutas, con sus corrillos de comentaristas y murmuradores, con los obreros de la Villa que lo riegan a cubos... Este cuadro, como los restantes de la colección de Salamanca, había salido de España, se había vendido en pública almoneda, y, finalmente, había desaparecido, sin que quedara de él ninguna copia ni reproducción grabada en madera o en litografía; acaso, porque se le atribuía poco valor pictórico y porque hasta hace poco tiempo no se comenzó a estimar la importancia de estos testimonios gráficos, como documentos históricos.

Afortunadamente, este cuadro—sin duda ninguna, el mismo a que hizo referencia Mesonero Romanos—, apareció recientemente en Londres, atribuido al pintor madrileño y yerno de Velázquez, Juan Bautista Mazo. Lo rescató para España un prócer, que dedica a la defensa del tesoro artístico español cuidados exquisitos y atención asidua, y figura ya en una colección madrileña. D. Félix Boix ha aprovechado la propicia ocasión y ha dedicado al estudio de este cuadro una interesantísima monografía, demostrando en ella la exactitud minuciosa con que el pintor ha copiado la viva realidad, dándonos idea exacta de cómo era el Prado de

San Jerónimo en el siglo XVII y de cómo lo utilizaban los madrileños.

He aquí la descripción que D. Félix

Boix hace del cuadro, comparándolo con el trazado del plano de Texeira y otros testimonios:

«El cuadro, de bastante tamaño, pues mide 1,60 m. de alto por 2,50 m. de ancho, y que es probablemente el mismo citado por Mesonero Romanos como perteneciente a la colección del marqués de Salamanca, coincide en todos sus detalles con el plano de Texeira, en el que las edificaciones y hasta las fuentes se representaban en perspectiva, lo que permite apreciar su identidad con las que figuran en el cuadro casi coetáneo del plano, del que se acompañan dos reproducciones parciales que abarcan la zona que nos interesa.

«Según puede comprobarse en estas reproducciones del plano, las alamedas del Prado consistían en tres dobles hileras de árboles que formaban dos paseos interiores entre álamos y dejaban otro exterior del lado de la población, limitado por las tapias de los jardines del duque de Maceda y de los condes de Monterrey y del Carpio.

«Del lado opuesto a la población se elevaba mucho el terreno, formando el llamado *Prado alto*, en el que estaba emplazado el antiguo *Juego de pelota*, marcado en el plano con el número 92. Con el número 32 señalaba el mismo plano la *Torrecilla de la música*, que se representaba en perspectiva, y con el 67 la *Fuente del caño dorado*, tan reputada por la excelencia de sus aguas, celebrada, entre otros autores, por Cervantes y Lope de Vega, y al lado de la que hizo descansar el misterioso Fernández de Avellaneda a su falso Don Quijote.

«El palacio del duque de Lerma, con sus jardines, ocupa la esquina de la Carrera de San Jerónimo y Prado de Atocha, en donde hoy se alza el Palace Hotel, y en la opuesta se ven las casas del duque de Maceda en el lugar que actualmente se halla el palacio de Villahermosa.

«Las filas de árboles se extienden hasta la calle de Alcalá, pasada la cual comienza el Prado de Recoletos, en cuya esquina con aquella calle estaban emplazadas, formando un ángulo entrante, las casas del regidor Juan Fernández, hasta donde hoy se extienden los jardines del palacio de Buenavista (actual ministerio del Ejército).

«El cuadro, cuya reproducción de conjunto acompaña a este artículo, está conforme en casi todos sus pormenores con las indicaciones del plano. Aparece tomado desde un punto próximo al que hoy ocupa la fuente de Neptuno, enfilando la alameda principal en dirección a la calle de Alcalá.

«En primer término, a la izquierda, se destaca en oscuro la morada del duque de Lerma y su característico gran mirador de celosías de madera, sostenido por tornapuntas en su parte volada.

«En la esquina frontera de la Carrera de San Jerónimo se eleva el titulado palacio del duque de Maceda, modesta construcción de dos pisos a la que se adosa otra edificación más baja paralela al Prado, ambas en un todo de acuerdo, incluso en la disposición de sus tejados abuhardillados, con las que en el plano aparecen en perspectiva. Más allá se ven en el cuadro las tapias que separan los jardines del Prado y por encima de las cuales sobresalen las copas de los árboles de aquéllos.

Costumbrismo madrileño

«En primer término, a la derecha, se alza la *Torrecilla del Prado o de la música*, que fué mandada cons-

truir, para solaz de los concurrentes, por el regidor de la villa, Juan Fernández, iniciativa que le valió la siguiente cuarteta debida a la cáustica musa del conde de Villamediana:

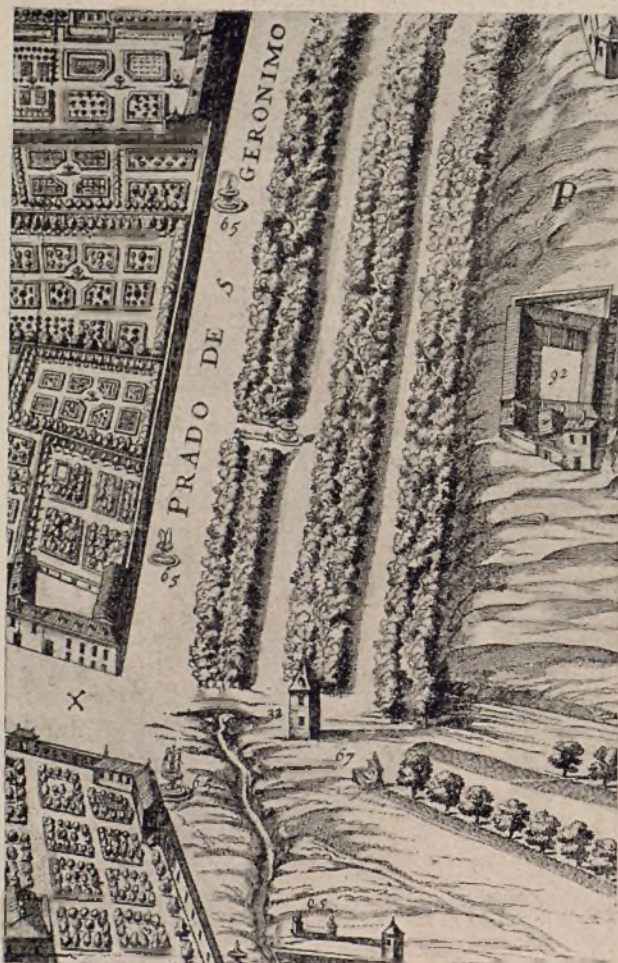
¡Buena está la torrecilla!
¡Tres mil ducados costó!
Si Juan Fernández lo hurtó
¿qué culpa tiene la Villa?

«La torrecilla, de dos pisos y puntiagudo tejado, idéntica a la que en el plano se representa y señala con el número 32, aparece en el cuadro ocupada en su segundo piso por los músicos, algunos de los cuales soplan en instrumentos de viento que asoman al exterior.

«Más a la derecha, y en segundo término, está representada la famosa *Fuente del caño dorado*, que en su situación con relación a la *Torrecilla* no coincide exactamente con la señalada en el plano. Próximas a las casas de Lerma y Maceda y entre los árboles de la alameda principal, están situadas fuentes de modelo uniforme con surtidor en el centro de un tazón, a altura de hombre, del que se vierte el agua en un pilón inferior.

«Lope de Vega, en su comedia el *Acero de Madrid*, muchas de cuyas escenas pasan en el Prado, hace frecuentes alusiones a estas fuentes y a su proximidad a los jardines y huerta del duque de Maceda, cuyos diferentes cuadros estaban separados por celosías de madera pintadas de verde, diciendo a este propósito uno de sus personajes en la escena XIII del acto 1.º:

Campos de Madrid, dichosos
si sois de sus pies pisados,
fuentes que por ver la huerta
del duque subís tan alto
el cristal de vuestros ojos
que asoman los blancos rayos
por las verdes celosías,
muros de sus verdes cuadros.



El Prado de San Jerónimo en el siglo XVII
Del plano de Texeira de 1656 (desembocadura de la Carrera)

«Y en la escena siguiente del susodicho acto 1.º:

Mira ¡y con cuánta belleza
sube hasta querer entrar
por este verde aposento
del jardín del duque, y mira
las blancas perlas que tira,
rota en pedazos al viento!
¡Mira estos árboles verdes
que le hacen toldo y dosel
para que debajo del
de ningún dolor te acuerdes!

«Estas mismas fuentes se ven también en el plano, en el que se las marca con el número 65 repetido en varias de ellas.

Costumbrismo madrileño

»Las alamedas están bordeadas de frondosos árboles, en dobles filas, cuyas elevadas copas se reúnen en la forma que indican los versos anteriores, y en el fondo de la perspectiva de la principal se divisa, muy en último término, el saliente de la casa del regidor Juan Fernández, al otro lado de la calle de Alcalá.

»Las variadas y animadas escenas que en el cuadro se representan, y que pueden apreciarse en su reproducción de conjunto y aun mejor en las ampliaciones de detalle, constituyen la parte más interesante de la obra.

»Cae la tarde de un día de verano y los paseantes y carrozas, alguna de las cuales ofrece un lujoso decorado exterior poco de acuerdo con las pragmáticas suntuarias de la época, después de *ruar* por la calle Mayor se apresuran a concurrir al Prado, siendo de notar que, sin necesidad de la presencia de los modernos guardias de la circulación, los carruajes siguen la también modernísima *dirección única*, marchando unos por la alameda contigua al Prado alto y la mayor parte en doble y triple fila por la principal, pero todos en el sentido Carrera a Alcalá, para volver en dirección opuesta por el paseo próximo a las casas y jardines, del lado de la población.

Una excepción aparece en primer término; pero debe tratarse de dama muy principal, quizá de estirpe regia, que, luciendo cabeza y busto en asiento de estribo de lujosa carroza, recibe el cortesano saludo de un *lindo* que se inclina reverente al paso de la dama marcando una genuflexión que más bien semeja un paso de baile. El carruaje que ocupa la dama lleva un tiro de dos caballos, guiados por un servidor que, pidiendo paso con ademán imperativo, monta uno de ellos, y va escoltado por dos caballeros que, cabalgando briosos corceles, cruzan veloces el paseo, en seguimiento de la carroza, levantando el polvo que tratan de sentar dos jayanes derramando sendos cubos de agua sobre el suelo.

Señoras gozan del fresco modestamente sentadas al pie de los árboles y muchas de ellas sostienen animada plática con algunos caballeros que las hablan, tomando actitudes que recuerdan las que pintorescamente describe Zabaleta en los siguientes términos:

«Siéntanse las damas y sosiegan el paso los galanes. Ellas sentadas toman mejor la apariencia de flores, porque la toman en la estatura; ellos, andando cerca de ellas y hablándolas como en susurro, imitan mucho a las abejas.

»Y más adelante añade:

«Las basquiñas derramadas por el suelo forman una pompa apacible. Asomándose el guardapiés medroso por un lado, embarga matizado la mirada.»

»Circulando por el paseo o sentadas en el suelo ofrecen su mercancía de limas y golosinas algunas vendedoras (*límeras* las llama Zabaleta), y un galán se acerca presuroso a una de aquéllas para comprar, con que obsequiar a la dama de sus pensamientos, alguna *cosa manciativa*, según la frase antes citada del cronista del viaje a España del futuro papa Paulo V. Por cierto que el propio Zabaleta, después de describir una pendencia motivada por un obsequio de limas hecho por un caballero a una dama, lo que fué tomado a mal por un segundo galán, deduce del hecho la conclusión siguiente:

«Más pecados han empezado en las limas que producen hojas

los árboles que las producen.»

»Otras señoras más o menos tapadas discurren por el paseo acompa-

ñadas por galantes caballeros con los que amigablemente departen formando con ellos variados grupos, y el conjunto de tales escenas corresponde bien a la descripción que de la animación del Prado hace el historiador de nuestros días que hemos citado.

»Lugar de paseo y esparcimiento, diversamente juzgado; teatro de desafíos, riñas y pendencias; de intrigas y discreteos galantes; de citas más o menos misteriosas entre *tapadas y lindos*; de meriendas y comilonas, de comitivas y mascaradas regias, el Prado de San Jerónimo fué esencialmente representativo de un aspecto de la vida externa de Madrid del siglo XVII, cuya visión literaria y material hemos tratado de evocar.»

Efectivamente: antes de esta minuciosa comprobación de la exactitud del cuadro en sus prolijos detalles, ofrece D. Félix Boix en su estudio

una visión del Prado de San Jerónimo recogiendo numerosas referencias y testimonios de escritores antiguos españoles y de algunos viajeros extranjeros como el arquero flamenco Enrique Cock que escribió la relación de dos viajes de Felipe II. Así, este estudio recoge y completa, en realidad, toda la bibliografía del Prado de San Jerónimo.

Este rescate del cuadro perdido, esta aportación de tan valioso documento para la historia de Madrid, esta monografía erudita, interesante y amena vienen a aumentar los merecimientos de don Félix Boix, que en paciente y recatada labor de muchos años, ha prestado servicios valiosísimos a las artes españolas y a la cultura popular.

Hay en este hombre singular, templado su carácter en el estudio de las ciencias exactas que constituyen su carrera y su diaria profesión, un fervoroso amor del arte, como no lo poseyeron nuestros artistas y nuestros escritores—y no se diga nuestros políticos y nuestros gobernantes—, y que acaso sólo pueda asemejarse al de un meritísimo español olvidado, D. Vicente Carderera, que salvó de pérdida, destrucción o exportación—que es para nosotros la más afrentosa de las pérdidas—la mayor parte de los dibujos de Goya.

Como Carderera, don Félix Boix emprendió la labor paciente de rescatar y recoger cuantos objetos de arte entregaban

a la chamarilería la ignorancia y la incomprensión. No fué un coleccionista que especializó su afición; fué un defensor del arte español en todas sus manifestaciones; fué un fervoroso creyente de esta hora, que parece próxima, en que España sentirá el amor de las obras bellas que supieron producir sus generaciones y sentirá el dolor y el remordimiento de los tesoros de arte que se ha dejado arrebatar o que bárbaramente ha destruido. Félix Boix ha sido un precursor de esta hora y uno de los obreros que con mayor esfuerzo ha preparado su advenimiento. En las distintas exposiciones organizadas por la Sociedad *Los Amigos del Arte* y en la del *Antiguo Madrid*, se ha revelado esta multiplicidad de cuidados con que don Félix Boix ha salvado cuadros y estampas rarísimos, libros admirables de la tipografía madrileña, encuadernaciones preciosas, manuscritos y planos y otras numerosas obras de arte español. Con modestia, singular también, Félix Boix ha recatado mucho tiempo su labor valiosa. Escritor fácil y claro, abundoso en ideas, de compleja y bien metodizada erudición, ha escrito lo preciso para completar la obra admirable de su colección, donde tantos



El Prado de San Jerónimo en el siglo XVII
Del plano de Teixeira de 1650. X, calle de Alcalá

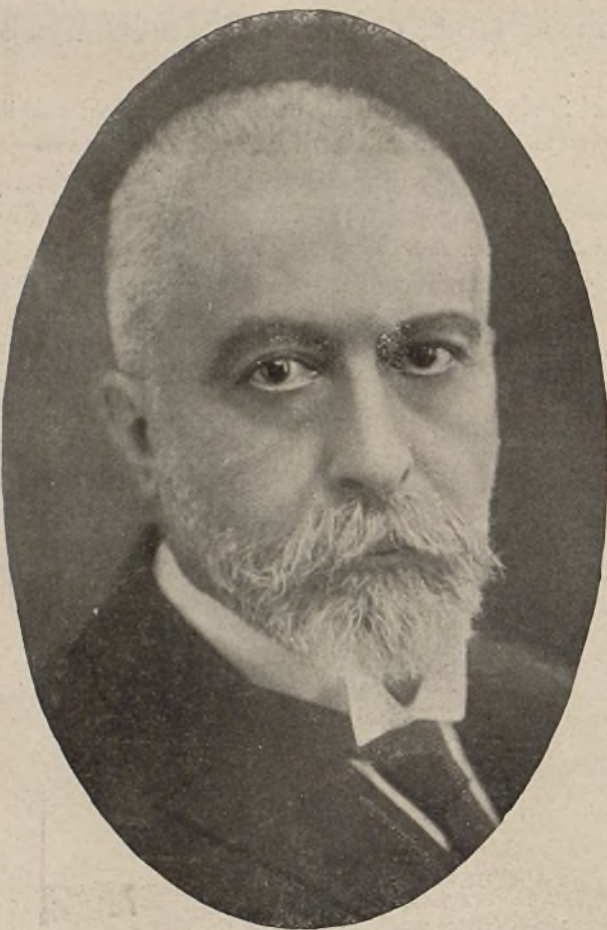
Costumbrismo

escritores hemos encontrado arsenal abundante para numerosos artículos. La Academia de San Fernando premió estos merecimientos y utilizó su capacidad en materias artísticas, eligiéndole académico; pero Madrid, singularmente el Ayuntamiento de Madrid, en representación de la villa, debe a D. Félix Boix un público testimonio, una acción encomiástica, un reconocimiento de los servicios que le ha prestado con abnegación singular—aquí, donde se ha hecho de la chamarilería oficio de nobles herederos—, con estudio paciente, con amor fervoroso y modestia singular.

Pudieran señalarse en Barcelona, en Valencia, en Sevilla, en otras muchas ciudades, sin apelar al ejemplo del Extranjero, casos semejantes, en que los Municipios han mostrado con realidades, y no con fugaces palabras, la gratitud que debían a quienes pusieron esfuerzo y trabajo, ingenio y talento, sacrificio de tiempo y de dinero, en el enaltecimiento de aquellas urbes, en el estudio de su historia, en la difusión de sus bellezas y grandezas.

El caso aquí parece más señalado y obligado. La villa de Madrid y sus municipios no representan sólo una urbe, ni una provincia, ni una región. Tradicionalmente, el Municipio de la villa parecía tener ante el Monarca, cuando era señor absoluto, y ahora ante el Rey y ante el Estado, la representación de toda España. Así, el homenaje que se rindiera a D. Félix Boix tendría, como la labor realizada por este servidor singular de las artes españolas, un carácter nacional.

No sólo como enaltecimiento de una obra meritísima, sino como estímulo para que otros próceres sintieran el deseo de imitarla, debiera



madrileño

crearse una recompensa madrileña, que mostrara la gratitud de Madrid hacia quienes así contribuyen a su gloria.

Se plantearía así, ante la opinión, en la capital, la necesidad de mantener, de exaltar, de fomentar el espíritu local. Precisamente porque de todas las capitales grandes de naciones es Madrid la que más cordialmente acoge a cuantos llegan de las regiones, sin que jamás se invoque el título de nativo madrileño para constituir una preferencia, un privilegio en las cosas y beneficios de puro carácter local, como la administración municipal, por ejemplo; importaría más que se hiciera del madrileñismo, espíritu, y amor, y amparo y defensa de la villa coronada.

Más vario, más cosmopolita que Madrid es París, y más influido está por las ideas o pasiones de toda Europa y aun de otros Continentes, y, sin embargo, en París hay numerosas Agrupaciones, y Sociedades, y Academias y Cofradías dedicadas a rendir

culto a la bella ciudad y a enaltecer el nombre de París, y a rememorar sus glorias y a defender sus monumentos, sus calles y plazas características y representativas, y a hacer propaganda de cuantas reformas pueden engrandecerlo y embellecerlo.

Este ejemplo constante de D. Félix Boix podría ser el punto de partida de una acción madrileña. La creación del título de *ciudadano de Madrid*, con que debiera honrarse a este prócer del madrileñismo, iniciaría la creación de una comunidad madrileña, a semejanza de las similares que hay en Roma, en París y en otras muchas ciudades.

MINIMO ESPAÑOL

2

LIBROS

NUEVOS RETRATOS

por JOSE M.^a SALAVERRIA

Las figuras de Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Maeztu, Bueno, Gómez de la Serna aparecen retratadas en este libro con absoluta sinceridad y valentía.

RENACIMIENTO, 5 PESETAS.

inte-

resan-

tes

C. I. A. P.

EL AMANTE INVISIBLE

por ALBERTO INSUA

La novela más interesante de estos últimos tiempos. Sobre un fondo dictatorial y revolucionario, se desarrolla una sugestionante intriga amorosa.

RENACIMIENTO, 5 PESETAS.

LOS ESCRITORES NUEVOS

Hemos recibido

Asa.—No estamos conformes, amigo poeta. No basta sólo la espontaneidad para escribir buenos versos. Ni agrupar las palabras a capricho. Así estos versos últimos nos han satisfecho menos. La renovación literaria llegará por el camino de una depuradora labor de ejercitaciones culturales, juntamente con esa espontaneidad que es la inspiración.

J. A. (Madrid).—Admitida su prosa.

X. R. (Jerez de la Frontera).—Admiramos en sus versos aciertos loables, pero aun no consigue la necesaria continencia de adjetivación para que la belleza de algunas estrofas no quede invalidada por la vulgaridad de otras.

E. G. C. (El Ferrol).—Su soneto está mejor de fondo que de forma. Aun no es lo que deseamos.

Gil Blas.—De nuevo admitimos con mucho gusto su prosa, tan pulcra de forma como sana de contenido espiritual.

M. R. G. (Madrid).—Vulgar su soneto; no nos sirve.

Guasaryé.—Su prosa nos gusta más que sus versos. Pero no acabamos de comprender bien cómo un hombre puede suicidarse de la manera que usted lo refiere. Además, abusa de los neologismos a lo largo del relato, desvirtuando su fluidez literaria. Sentimos de nuevo, consecuente amigo, tener que producirle un nuevo desengaño. Pero con la virtud de su apellido logrará frutos más en sazón. Trabaje y no se desanime.

J. G. V. (Grazalema).—Sin que podamos decirle que sus versos sean malos, no nos atrevemos a celebrarlos por su falta de novedad. Usted puede lograr mejores frutos.

F. M. (Teruel).—¡Aliviarse, amigo!

D. B. (Toledo).—Triunfa en sus trabajos una evidente y progresiva modernidad: gustosamente admitimos su "Víspera de fiesta".

Madridiño.—Agradecemos los elogios y no admitimos el cúmulo de cuartillas que nos envía.

Por estar esta sección dedicada a los escritores nuevos, a aquellos cuyas aficiones les hacen conocer las costumbres literarias, no hemos hecho algunas indicaciones respecto al envío de los originales, por creerlas innecesarias. Sin embargo, la forma en que se nos remiten algunos trabajos nos obliga a hacer las siguientes advertencias:

1.º Los trabajos en prosa no excederán de tres cuartillas escritas por un solo lado, y las composiciones poéticas de sesenta versos.
2.º Es inútil pretender contestación particular a las cartas que se nos dirijan relacionadas con esta sección. Para admitir o rechazar los originales tenemos la sección "Hemos recibido su trabajo y...", en la que por riguroso turno se contestará a todos los autores. Tampoco se devolverán los trabajos, publicados o no.

3.º El solo hecho de enviarnos un original implica la absoluta conformidad con estas condiciones.

Y 5.º Cada original debe venir acompañado de un cupón.

Capitán de Marina



*¡Capitán de marina! ¡Capitán de un navío
que se mece arrullado por los vientos y el mar...!
¡No tener rumbo fijo ni sentir nunca hastío,
y gustar los placeres de un errante vagar...!*

*¡Bremen! ¡Niza! ¡Marsella...! los encantos de
(Grecia,
las ciudades más bellas de la hermosa Albión;
los paisajes del Norte y la linda Venecia...
todo pasa a mis ojos como extraña visión...)*

*Y una noche de estío perfumada y serena,
ver la luna en las aguas su blancura rielar,
mientras vuela mi buque, y una rubia sirena
me transporta al ensueño con su dulce cantar...*

*Pero el mar se alborota... mis quimeras volaron...
ya la luna, de luto, su albo cuerpo vistió...
ya el encanto se ha roto, ya las ninfas marcharon...
y juguete del viento mi navío quedó...*

*¡Alegrarse conmigo que ganamos la guerra!
¡Que vencimos al viento! ¡Que vencimos al mar!
¡Que el vigia de proa ya divisa la tierra...!
¿Qué es aquello? ¡Mi puerto! ¿Qué es aquello? ¡Mi
hogar...!*

*¡Alegrarse conmigo, que el mal tiempo se quita!
Que las nubes sombrías alejándose van,
y ya escucho en los labios de mi fiel mujercita:
—¡Bienvenido a mis brazos, mi gentil capitán...!*

ROBERTO DEL MAR

Dibujo de Mel

su trabajo y...

Malabar.—"Nocturno de primavera" y "Sin embargo" nada nuevo añaden al concepto que su técnica nos mereció anteriormente. Igual soltura de ritmo. Poca novedad de asunto y excesivas asonancias, incluso a mitad de verso. Es muy bello el de "Sin embargo", romance arbitrario, que necesita un espolvoreo y algunas rectificaciones para destacar las bellezas que contiene. Insista en el cultivo de las bellas letras.

Vol-vis.—No podemos aconsejar a usted lo mismo. No es tan fácil como usted se figura el saber escribir ni medio bien siquiera. Y otras muchas ocupaciones son más productivas.

R. A. L. (Cartagena).—Ni prosa ni poesía; no nos sirve.

Ardebel (Sevilla).—No, no y no.

A. A. A. (Pozoblanco).—Ya hemos dicho que aquí no nos asustamos de nada; pero, ante todo, nos gusta la limpieza, aunque los versos sean malos.

M. M. (Valladolid).—Volvemos a lo de siempre: "ojos" y "enjos", con "roios" y "abrojos", son consonantes poco nuevos para que merezcan ser tomados en consideración.

R. S. (Torreperejil).—Su "Estampa" de don Rodrigo Calderón no es todavía lo que deseamos. Envíenos algo más conseguido.

Ramiro el Manje.—Admitimos su "Sed de infinitos". Lo demás, no nos sirve, aunque apreciemos en esos trabajos una sólida disposición para el cultivo de la literatura.

C. B.—Las tres composiciones que nos envía no las admitimos esta vez porque no acusan ningún progreso. Tienen cierta gracia de ritmo y acusan un fino buen gusto; pero resultan incoloras de técnica, sin novedad alguna. Trabaje con fervor, que en usted hay un poeta.

Un poeta.—Su poesía "A la mujer amada" nos ha gustado mucho; pero no podemos admitirla por no ajustarse a las condiciones exigidas para esta sección.

R. L. C.—No nos sirve su envío. Insista.

Toda la correspondencia de esta sección se contesta exclusivamente desde las columnas de la Revista. Rogamos a nuestros comunicantes que en los envíos de originales consignen en los sobres: "Para la sección Los escritores nuevos". Aparte de los originales que se nos envíen espontáneamente, acompañados del correspondiente cupón, publicaremos en esta misma sección algunos trabajos de escritores conocidos, prestigiando así a los literatos nuevos con su compañía.

«COSMÓPOLIS» CUPÓN

que debe acompañar a todo envío de
Colaboración espontánea











RESURRECCION

¡Como yo la quiero!

La encontré una tarde,
casi anocheciendo,
al volver del campo,
camino del pueblo,
sentada en el borde
del largo sendero,
con la cara escondida en las manos,
llorando en silencio.
Como yo, solita;
como yo, sufriendo;
como yo, sin hogar ni cariños;
como yo, sin caricias ni besos;
sin padres ni hermanos,
ni amigos ni deudos,
y broté en mi alma, muy dentro,
un raudal de piedad infinita
que inundaba mi ser por entero,
y en su pecho volqué las ternuras
que henchían mi pecho.
Ella fue mi todo,
mi bien, mi embeleso,
mi madre, mi hija,
mi reina, mi cielo.
¡Nadie ha de quererla
como yo la quiero! ...
Pero ayer ha encontrado a los suyos,
que llevarla consigo quisieron,
y saltó gozosa
y se fue con ellos,
sin mirarme apenas,
sin decirme una frase de afecto,

sin volver la risueña carita
para verme una vez desde lejos.
Yo he quedado solo,
huérfano de nuevo,
más triste que antes,
más pobre, más yerto.
«¡Sentado en el borde
del largo sendero,
con la cara escondida en las manos,
llorando en silencio!»
Ella ya es dichosa:
tiene hermanos, amigos, dinero,
placeres, delicias,
halagos, requiebros.
¡Pero no ha de encontrar un cariño
como el mío, profundo y sincero,
hondo como el mar,
grande como el cielo,
puro como el sol,
vivo como el fuego,
poderoso y bravo,
compasivo y tierno,
protector y esclavo,
filial y materno,
con la esencia de muchos amores
condensados en un solo afecto!
¡¡Nadie ha de quererla
como yo la quiero!!!

EL BARÓN DE CASAPORTIERRA

Málaga.

Ya suenan las voces cercanas
de claras campanas
que tocan alegres a Resurrección...
Bella serenata
de voces de plata
que llegan al fondo de mi corazón.

¡No sientes, Amada, cómo la alegría
surca los espacios, triunfal y sonora,
cantando la hora
de la Libertad? ¡Ha llegado el día
del vivir intenso! ... ¡Vivamos los dos!
Vivamos, Amada, y en un grito inmenso
que escuchen los hombres y que escuche Dios,
cantemos ya: «¡Libres!»... Rotas las cadenas,
salgamos, Amada, de nuestra prisión,
quemando el Cortejo de todas las penas
en el fuego santo que hay en nuestras venas
al grito sagrado de Resurrección.

Amada:
No añores tu vida pasada...
Vive tu presente con la intensidad
vibrante de un beso...

Piensa en el futuro como piensa un preso
en su libertad...

Piensa bien, Amada,
que «a ser» nunca vuelve aquello que «ha sido»,
porque es el Pasado un eco en la Nada,
y leve ceniza de hoguera apagada
que se pierde al soplo sutil del olvido.
En vano de nuevo en arder se empeña...
«A ser» nunca vuelve aquello que «fue»!
El Presente es fuego, y el Futuro es leña,
para que ese fuego siempre ardiendo esté.

Nosotros tenemos la hoguera prendida...
¡Vivamos, Amada! Que es bella la Vida
cuando está encendida
la hoguera gloriosa de una gran pasión...

¡Cantemos los besos de libres hosannas
que sean como ecos de voces cercanas
vertidas por esas benditas campanas
que tocan alegres a Resurrección!

MARIANO SAN ILDEFONSO





HISTORIA DE LA ALFOMBRA ENAMORADA

CUENTO
INFANTIL

POR

RICARDO
CALVO
CARBONELL



TRIFÓN no tenía en el momento más que una vieja parienta llamada Walburga. Los vecinos aseguraban, haciendo la señal de la cruz, que era bruja, y que la cueva de su casucha estaba repleta de monedas de oro y de moneditas de plata que le había regalado el diablo.

Cuentan algunas historias que cierta noche que cabalgaba en su escoba por los aires Walburga, perdió el equilibrio y vino al suelo desde regulares alturas. Otras aseguran que tal le sucedió por haber tropezado con una estrella. Lo cierto es que la hallaron sin vida una noche sobre los guijarros de la calle.

Pasados cinco días de este suceso, Trifón se vistió con unas ropillas negras y salió del agujero en que vivía, allá en el campanario de la iglesia catedral.

Mientras caminaba iba pensando en la herencia que su tía le había dejado, a no dudar. ¡Monedas de oro y moneditas de plata! ¿Serían muchas?

Llegó al fin a casa de su amigo Olimpiades, que era dueño, de cuatro caballos blancos, cuatro negros y dos carros.

—Amigo Olimpiades—le dijo—necesito tus caballos, y necesito también tus carros.

—Amigo Trifón—le contestó el otro—, llévatelos en buena hora. Pero, dime, ¿estás seguro de necesitarlos todos?

—Todos, Olimpiades, y tal vez tenga que hacer más de un viaje. Voy a recoger la herencia de mi tía Walburga. ¡Y ya tú sabes lo que pesa el oro!

Esto dicho, salió llevando tras sí bestias y carros. Unas y otros los dejó a la puerta de la casa del señor notario, que era un hombrecillo con la barba blanca y el bigote negro.

—Muy buenas, señor notario. Soy Trifón, le dijo.

Y para que nadie pudiera escuchar, lo que hablaban cerró tras sí la puerta muy bien cerrada. Pasados cinco minutos—uno, dos, tres, cuatro, ¡cinco!—comenzaron a oírse desde la calle grandes voces.

Olimpiades, que era un gran curioso, se acercó y puso la oreja junto a la cerradura.

—¡Basta ya con mil diablos!—decía su amigo en aquel momento; y el notario:

—Hijo mío, Trifón, no desesperes. Comprendo tu sorpresa, pero... heredar una alfombra no es una desgracia. Otros heredan menos. Observa que es una alfombra magnífica...

—¡Basta ya con mil diablos!

—...Habrás de conservarla con esmero, hijo mío. Tú eres el único que puede hacerlo, porque es tan larga, que desde ningún balcón de las casas de la villa podría sacudirse con comodidad. Solamente desde el campanario será posible hacerlo. ¡Y qué hermosa alfombra! En comprarla invirtió tu tía Walburga su oro y su plata... Carga con ella, pues, y ve con Dios, Trifón, hijo mío.

—¡Con mil diablos!—chilló éste encolerizado.

Y, llevándola, salió, con tanta furia que, tropezando con Olimpiades, vinieron los dos al suelo, y fueron rodando, rodando, calle abajo, hasta la misma puerta del campanario en que vivía Trifón. Media hora tardó en subir la retorcida escalera que elevaba hasta las campanas.



Cuando estuvo en lo alto puso la alfombra junto a la más grande y se asomó a un ventanuco estrecho y largo como una saetera.

En aquel momento la Reina de la Noche abandonaba su palacio de azabache seguida de sus súbditas. Cada uno llevaba en la mano una estrella, y fueron colocándose en el firmamento en el sitio de costumbre.

Cinco de ellas, que eran muy fuertes, salieron las últimas cargadas con la Luna, y comenzaron a hacerla rodar por el cielo, lentamente.

Trifón vió entonces lo que nunca había visto: una doncella muy linda que, sosteniendo el *Lucero* en alto, le sonreía.

Los cabellos de la doncella eran de un azul muy oscuro. Y estaban todos salpicados de polvo de plata. El viento de vez en vez los sacudía y se llevaba en sus ráfagas partículas de aquél, que luego dejaba caer sobre el agua del mar.

Después Trifón vió otras muchas. Tantas como estrellas. Cientos. Miles. Millones.

Todas se miraron entre sí, y mirándole por último a él, con burla, comenzaron a reír. A reír. Al fin, la que sostenía el *Lucero*, le dirigió estas palabras:

—Eres un simple, Trifón. Como otros muchos ante la desgracia, ante la adversidad, te sientes cobarde. No luchas. No te defiendes. ¡Cobarde, cobarde!

—La desgracia es inconstante, ¿no sabes?—continuó—, y con un poco de ingenio no hay hombre que no pueda burlarla. ¿Qué quieres? ¿Qué quieres, Trifón? ¿Oro? ¡Valiente necio! En fin, si lo deseas puedes tenerlo. No hace falta para ello más que un poco de ingenio. Voy a contarte una historia, y si sabes aprovecharte de ella tal vez lo consigas.

«Erase que se era una vez un duque llamado Erótides. El tal era un gran envidioso. Tanto que no pudiendo soportar que su primo Hermido casase con la segunda hija del Rey, fué a visitar a una bruja, amiga del diablo, para que le diera un bebedizo capaz de tornar un hombre en cosa.

La bruja se lo dió, y el duque, que era un señor muy poderoso de la Corte, le envió, con sus más fieles vasallos, plata y oro en gran cantidad. Tanto como fué necesario para contentar a la bruja. Después hizo beber a su primo, en un gran festín, y mezclado con vino, aquel bebedizo. Y Hermido se convirtió al momento en una hermosa alfombra.

Por último—añadió la de los cabellos salpicados de plata—mandó

LA MARAVILLOSA HISTORIA DE LA ALFOMBRA ENAMORADA

a sus criados que robaran a la bruja el dinero que le diera y pusieron a Hermido, convertido como estaba en cosa, en la cueva de la casucha.

Todo se hizo como lo ordenó. Todo. Y es fama que Hermido sólo podrá recobrar su forma natural cuando, una princesa bese, venciendo su repugnancia, lo que se ha hecho para que todos lo pisen.»

Esto dijo la doncella, y como en el horizonte se veían ya las doradas cri-

nes del caballo blanco en que venía montado el Rey del Día, escapó corriendo, seguida de sus compañeras.

Inmediatamente Trifón cargó con la alfombra, bajó corriendo las retorcidas escaleras, y andando, andando, andando, llegó un buen día a la corte.

Todo estaba dispuesto en la catedral para la boda de la segunda hija del Rey. Lo primero que hizo Trifón fué informarse del nombre del novio.

—Se llama Erótides el duque—le contestaron.

Entonces, sin perder un momento, se presentó al maestro de ceremonias y le dijo:

—Mi Príncipe y Señor, el Gran Turco, envía a la segunda hija del Rey esta magnífica alfombra como regalo de bodas. Y es su voluntad que se ponga desde la puerta de palacio hasta el altar mayor en la solemne ceremonia que vais a celebrar.

Se hizo así y Trifón corrió a casa de un amigo que era sastre y de los principales de la corte.

—Necesito que me desjes unas tijeras—le dijo.

Volvió corriendo a la catedral, y sin que nadie lo viera hizo un corte en la alfombra. Después otro más grande. Y, por último, otro mayor.

En aquel momento llegaban los Reyes con su segunda hija. Erótides, el

duque, la esperaba en la puerta, y juntos entraron en la iglesia. Detrás iban las damas. Los cortesanos. Los palatinos.

De pronto, con gran asombro de todos, la novia dió un tropezón. Después, otro y otro. Al tercero no pudo sostenerse en pie y cayó de bruces, cuan larga era, besando la alfombra.

Inmediatamente la alfombra desapareció y vieron todos en su lugar a Hermido, que galantemente ayudaba a levantarse a la segunda hija del Rey.

Erótides huyó—corriendo, corriendo, corriendo—, temeroso de la ira de su primo; éste ocupó su lugar y Trifón recibió, en pago de su ingenio, tanto oro, que desde aquel día hasta el de su muerte fué el primer contribuyente del Reino.



15.º Certamen

Abril - Mayo - Junio



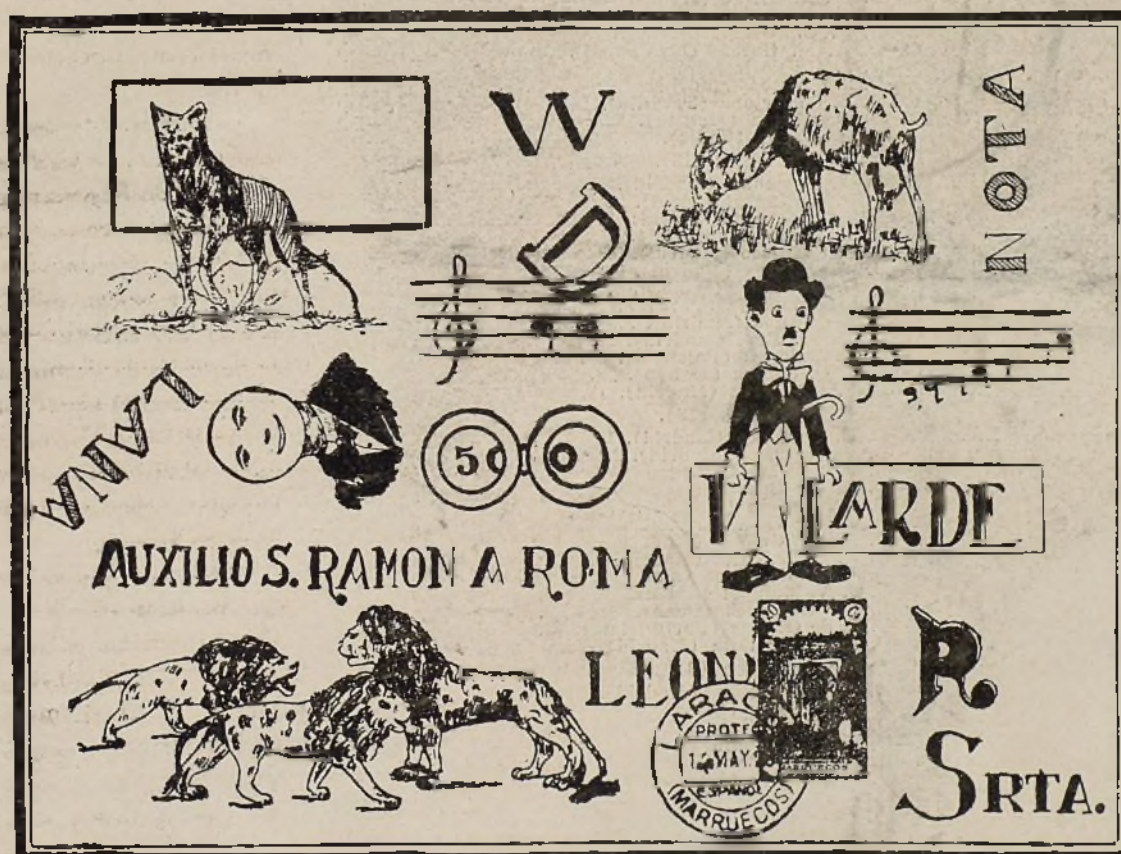
Por FRAMARCON

La criptografía es un arte de origen puramente egipcio; comenzó a practicarse en tiempos muy remotos, cuando aún era desconocida la caligrafía; proviene de las inscripciones enigmáticas que, representadas por diversas combinaciones cabalístico-artificiosas, acostumbraba a ponerse por aquella época sobre monolitos en las tumbas, dólmenes y criptas, para perpetuar la memoria de los familiares fallecidos. La escritura criptográfica llegó a alcanzar gran importancia entre los egipcios; muchas de estas lápidas inscriptivas, generalmente indescifrables, han podido apre-

ciarse en la tumba de los Faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la hierática o sacerdotal, y a ésta la demótica o popular, hasta conseguir la fácil y clarísima hoy en uso. Posteriormente, el descubrimiento de América por nuestros antepasados vino a demostrar que también aquellos hombres poseían sus sistemas de escritura, siendo una de ellas, la más usual, sin duda, la llamada jeroglífica o criptográfica. Así, pues, la criptografía, no obstante su abolición, sigue siendo un arte que tiene por virtud principal instruir deleitando.

NUMEROS 445, 446, 447 y 448.

CRIPTOGRAFIA REVERSIBLE



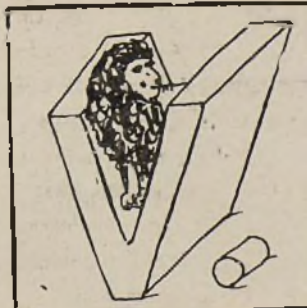
NUM. 449.—¿SE PUEDE?

Consiste este novísimo sistema criptográfico en componer con lo expresado anteriormente cuatro pasatedios, cuyas soluciones son:

- Núm. 445.—(Sobre.) Srta. Concha Calvo Zamora.—Láncara de Luna.
- Núm. 446.—De echarlo, te recomiendo reserves la vacante a Rosendo.
- Núm. 447.—A punto de caer al abismo.
- Núm. 448.—De los tres, León es el mayor contrabandista.

Inspirado este procedimiento en el deseo de aliviar la difícil misión del solucionista, y hacerle ésta más amena, sólo pretendo sea del agrado de mis distinguidos concursantes.

Por último, he de advertir que los cuatro problemas de referencia forman parte integrante de los a constituir el certamen.



Integrado

por los
pasatiempos.

ciarse en la tumba de los Faraones descubierta en las pirámides de Egipto. A la escritura criptográfica reemplazó la hierática o sacerdotal, y a ésta la demótica o popular, hasta conseguir la fácil y clarísima hoy en uso. Posteriormente, el descubrimiento de América por nuestros antepasados vino a demostrar que también aquellos hombres poseían sus sistemas de escritura, siendo una de ellas, la más usual, sin duda, la llamada jeroglífica o criptográfica. Así, pues, la criptografía, no obstante su abolición, sigue siendo un arte que tiene por virtud principal instruir deleitando.

NUM. 450

Murió en la batalla de Rocroy, mandando los famosos Tercios españoles.



Solución

Solución

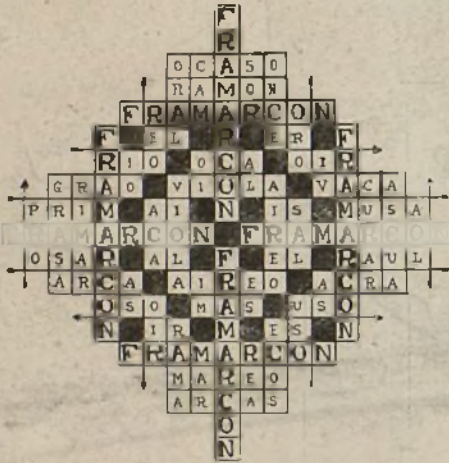
COSMOPOLIS
CONCURSO CRIPTOGRAFICO
Los no suscriptores acompañarán a sus
pliegos tres de estos CUPONES
pegados aisladamente por
este lado y en lugar de
firma.

Extracto completo de la marcha de estos certámenes, desde la aparición de la Revista, diciembre de 1927, hasta enero último.

CERTAMENES BIMESTRALES CELEBRADOS E INDOLE DE LOS TRABAJOS QUE LOS CONSTITUYAN		Trabajos publicados	PLIEGOS RECIBIDOS Y CLASIFICACIÓN			EJEMPLARES ADQUIRIDOS A RAZÓN DE TRES POR CONCURSANTE			PREMIOS ADJUDICADOS					
Núm.	INDOLE DE LOS TRABAJOS		Comple- tos	Incomple- tos	TOTAL	Ejemplares adquiridos	Importe Pesetas	Cts.	SEÑORAS			CABALLEROS		
									Premio a- menazado	Valor Pesetas	Suscrip- ciones ob- ligatorias	Premio a- menazado	Valor Pesetas	Suscrip- ciones ob- ligatorias
1.	Asuntos andaluces	43	4	90	94	282	493	50	»	»	»	4	30	»
2.	Idem andaluces y asturianos	42	13	114	127	371	649	25	1	50	»	2	250	»
3.	Idem mallorquines y Dos de Mayo	34	24	139	163	389	680	75	1	100	»	2	200	»
4.	Idem canarios	39	»	179	179	573	939	75	1	150	»	2	150	»
5.	Número extraordinario	39	5	127	132	396	924	»	2	200	»	1	100	4
6.	Idem corriente	39	40	76	116	348	609	»	2	250	3	1	50	3
7.	Asunto: Aniversario (fusilamiento de Torrijos (con- cursantes)	24	52	40	92	276	483	»	1	40	2	4	260	1
8.	Dedicado a los concursantes	27	38	66	104	312	546	»	1	25	2	4	275	2
9.	Formulados a base de naipes	30	60	39	99	297	519	75	2	70	1	3	230	2
10.	Idem id. e históricos	24	69	41	110	330	577	50	3	142	»	2	158	1
11.	Asuntos de índole histórica	33	60	78	138	414	412	50	1	61	2	4	239	1
12.	Concurso-campeonato 1929	42	1	47	48	144	252	»	»	»	1	4	300	2
13.	Diciembre-enero 1929-30	15	52	63	115	345	345	»	1	31	1	4	269	2
TOTALES		431	418	1 099	1.517	4.477	7.432	»	16	1.119	16	37	2.781	»

OBSERVACION.—Para hacer este resumen se han tenido en cuenta el aumento a 3,75 pesetas del número extraordinario de septiembre y la rebaja a una peseta a partir de diciembre último.

Solución al 417 de palabras cruzadas
publicado en el 13.º concurso



BASES
PARA EL 15.º CERTAMEN
ABRIL - MAYO - JUNIO

El presente concurso comprenderá los meses antes indicados, durante los cuales se publicará una serie de pasatedios no superior a cuarenta.

El plazo de envío de los pliegos de soluciones se fijará en el número de junio o de fin de certamen, con lo que, en el supuesto de un justificando retraso en nuestra salida, se evitará el desconcierto y la desorientación que tal medida pudiera ocasionar, con gran perjuicio para nuestros concursantes y muy principalmente para los de provincias. Los premios serán varios y se adjudicarán por orden de méritos a los concursantes cuyos pliegos resulten contener el total o mayor número de soluciones exactas; en caso de empate o en igualdad de condiciones, los premios se adjudicarán por sorteo en nuestra Redacción el día y a la hora que previamente se indicará. Los objetos, tan prácticos como valiosos, que constituirán dichos premios, se expresarán en el número de junio próximo.

Nombre: D. _____
Pueblo: _____
Provincia: _____
Calle: _____
Núm.: _____
CONCURSANTE

ESTADÍSTICA DE LOS CONCURSANTES AGRACIADOS EN LOS DISTINTOS
CERTAMENES CELEBRADOS POR ESTA REVISTA

- Primeros premios (13).
- Núm. 1.—D. Ramón Maraver (Madrid). 1.º
2.—D. F. Marín (Madrid). 2.º
3.—D. A. G.ª Aguilera (Madrid). 3.º
4.—D. A. Arroyo (Madrid). 4.º
5.—D. F. D. Ollero (Madrid). 5.º
6.—D. A. F. de Cano (Madrid). 6.º
7.—D. A. G.ª Campos (Madrid). 7.º
8.—D. A. M. García (Cartagena). 8.º
9.—D. J. G.ª de la Sota (Madrid). 9.º
10.—D. S. de Dios (Madrid). 10.
11.—D. L. de Arjona (Trujillo). 11.
12.—D. E. Molina (Madrid). 12.
13.—D. E. Duran (Cádiz). 13.

- Segundos premios (13).
- Núm. 14.—D. E. Carmona (Madrid). 1.º
15.—D. F. Jiménez (Madrid). 2.º
16.—D. B. Martínez (Madrid). 3.º
17.—D. B. Salas (Madrid). 4.º
18.—D. C. Carrasco (Madrid). 5.º
19.—D. A. J. Pajares (Madrid). 6.º
20.—D. G. Mesquida (Palma). 7.º
21.—D. J. Garmendia (Portugalete). 8.º
22.—D. S. de Dios (Madrid). 9.º
23.—D. J. del Real (Madrid). 10.
24.—D. D. Zuloaga (Palencia). 11.
25.—D. J. G. Sacasa (Mahón). 12.
26.—D. F. G.ª Pérez (Madrid). 13.

- Terceros premios (13).
- Núm. 27.—D. C. Carrasco (Madrid). 1.º
28.—D. L. Herranz (Madrid). 2.º
29.—D. J. Sicilia (Cartagena). 3.º
30.—D. A. G.ª Cuevas (Madrid). 4.º
31.—D. F. Barbón (Madrid). 5.º
32.—D. A. G.ª Sota (Muriedas). 6.º
33.—D. A. G.ª Cuevas (Madrid). 7.º
34.—D. A. G. Labarga (Madrid). 8.º
35.—D. J. M.ª de Soroa (Madrid). 9.º
36.—D. J. Valdunciel (Salamanca). 10.
37.—D. E. González (Peñaranda). 11.
38.—D. E. de Otaduy (Portugalete). 12.
39.—D. Juan G.ª Sota (Madrid). 13.

- Cuartos premios (8).
- Núm. 40.—D. J. Hernández (Madrid). 1.º
41.—Srta. P. Gillis (Bilbao). 7.º
42.—D. M. Cano Ruiz (Madrid). 8.º
43.—D. D. G.ª Robiu (Madrid). 9.º
44.—D. E. González (Peñaranda). 10.
45.—D. F. Pacheco (Mérida). 11.
46.—D. J. de Soroa (Madrid). 12.
47.—D. A. F. de Cano (Madrid). 13.

- Quintos premios (6).
- Núm. 48.—D. C. F. Hervás (Reinosa). 7.º
49.—D. E. Sánchez (Madrid). 8.º

- Núm. 50.—D. J. San José (Madrid). 9.º
51.—D. A. D. Naranjo (Madrid). 10.
52.—D. J. Albadalejo (Inca). 11.
53.—D. J. Sicilia (Cartagena). 12.

- Suscripciones trimestrales (14).
- Núm. 54.—D. B. Parra (Madrid). 5.º
55.—D. A. M. Pujadas (Inca). 5.º
56.—D. E. de Otaduy (Portugalete). 5.º
57.—D. A. D. Naranjo (Madrid). 5.º
58.—D. A. S. Ezquerria (Madrid). 5.º
59.—D. C. Gato (Reinosa). 5.º
60.—D. A. M. L. Besses (Madrid). 6.º
61.—D. A. E. Plana (Madrid). 6.º
62.—D. A. M. Pierna (Madrid). 6.º
63.—D. M. López (Madrid). 6.º
64.—D. J. Garmendia (Portugalete). 6.º
65.—D. E. de Otaduy (Portugalete). 6.º
66.—Srta. P. Gillis (Bilbao). 8.º

- Suscripciones semestrales (21).
- Núm. 67.—D. A. García López (Madrid). 7.º
68.—D. A. E. Orbea (Portugalete). 7.º
69.—D. A. M. Pujadas (Inca). 7.º
70.—D. J. G. Sacasa (Mahón). 8.º
71.—D. J. R. Mateos (Las Palmas). 8.º
72.—D. A. M. Ruiz (Madrid). 8.º
73.—Srta. M. L. Eguía (idem). 9.º
74.—D. M. Cano (idem). 9.º
75.—D. J. M. Morazo (Mahón). 9.º
76.—D. A. Humanes (Madrid). 10.º
77.—D. A. N. Palacios (idem). 10.º
78.—D. J. P. Tevar (S. Fernando). 10.º
79.—D. A. E. Estrada (Cádiz). 11.º
80.—D. J. de Soroa (Madrid). 11.º
81.—D. A. J. Andrés (Salamanca). 11.º
82.—D. J. Garmendia (Portugalete). 12.º
83.—D. J. M. de Soroa (Madrid). 12.º
84.—D. A. A. Arroyo (idem). 12.º
85.—D. R. Cantalapiedra (idem). 13.º
86.—D. A. M. Cañas (San Fernando). 13.º
87.—D. E. Molina (Madrid). 13.º

Premios obtenidos por los concursantes de Madrid y provincias

Premios	Primeros.	Segundos.	Terceros.	Cuartos.	Quintos.	Total	Suscrip- ciones
Madrid	10	9	8	5	3	35	18
Provincias	3	4	5	3	3	18	16
Total	13	13	13	8	6	53	34

FRAMARCON

PALABRAS NECESARIAS

No ha pasado inadvertida para la Compañía Ibero Americana de Publicaciones, S. A., digna propietaria de COSMOPOLIS desde el presente número, la valiosa y muy estimable cooperación y ayuda que, desde la aparición de la revista (diciembre de 1927), viene prestándola un crecido núcleo de concursantes y solucionistas criptográficos, a quienes por voluntad expresa de dicha Empresa transmito un cordial saludo. Yo, por mi parte, me permito invitar a mis distinguidos concurrentes a que prosigan jalonando, con su bien demostrada cultura, preclara inteligencia y sorprendente intuición, el intrincado camino de la criptografía; así lo espera vuestro criptógrafo y amigo principalmente,

FRAMARCON

DE INTERES

Las irregularidades originadas por el cambio de imprenta y Empresa de nuestra revista dieron lugar a que los números de febrero y marzo (14.º certamen) se pusieron a la venta, principalmente en provincias, con un muy notable y no menos lamentable retraso; por tan poderosas razones, y creyendo interpretar el sentir de nuestros concursantes, hemos creído justo y conveniente ampliar hasta fin de mayo el plazo para el envío de los pliegos de soluciones a este concurso, para el que ya obran en poder nuestro varios de aquellos pliegos; el sorteo tendrá lugar el 5 de junio, a las cuatro de la tarde.



Cartier

LAS PERLAS MÁS LINDAS.
LAS PIEDRAS MÁS PRECIOSAS.
LAS MONTURAS MÁS BONITAS.
LAS CARTERAS MÁS FINAS.
LOS RELOJES MÁS PERFECTOS.

*Gran Joyería CARTIER,
13, rue de la Paix, PARÍS.*



El **12 SIX PEUGEOT**, es el coche preferido por el mundo elegante, por su perfección mecánica, línea impecable, silencio y confort.

Sociedad Anónima de Automóviles

Peugeot

Pi y Margall, 16 MADRID Teléfono 19070

C.ª Gral. de Artes Gráficas (S. A.).—Madrid

Ayuntamiento de Madrid